



EL PENSAMIENTO VIVO DE JAURETCHE

De Gustavo Cangiano

Editado en Internet por Rebelión

INTRODUCCION

EMPEZAR DE NUEVO

Los albores del nuevo milenio encuentran a la Argentina aprisionada en las redes de un "nuevo orden mundial" que la priva de toda capacidad de autodeterminación. El discurso estereotipado repite hasta el cansancio que a partir de 1983 los argentinos recuperamos la democracia y, con ella, la capacidad de tomar las riendas de nuestro destino colectivo.

Sin embargo, ni el retorno de las fuerzas armadas a los cuarteles, ni las periódicas consultas electorales, ni el imperio de la "libertad de prensa", han alcanzado para torcer el rumbo de empobrecimiento que se desenvuelve con una ineluctabilidad inmune a cualquier voluntad en contrario. Las reivindicaciones que hace algunos años parecían tener un sentido unívoco y que convocaban el entusiasmo popular en la pelea contra toda forma de opresión nacional y social, sirven ahora a otros fines. La bandera de los derechos humanos, por ejemplo, fue enarbolada en la segunda mitad de los años setenta para combatir a las dictaduras militares que contaban con el sostén indisimulado del imperialismo y las oligarquías vernáculas. Ahora, por el contrario, son esas mismas banderas las que flamean a cielo abierto cuando se pone en marcha una expedición punitiva contra el díscolo de turno. Lo mismo sucede con la palabra "democracia". Quienes ayer preferían ignorar su existencia la agitan con hipocresía y protegen en su nombre los privilegios de que disfrutaban. ¿Y qué decir del socialismo o de los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo? De los últimos ya nadie quiere acordarse, mientras que los socialistas son hoy indistinguibles de sus adversarios conservadores, con quienes acuerdan la "alternancia" en la administración del statu quo.

Este es el panorama. Pero lo más escandaloso no son los efectos destructivos del capitalismo mundializado sobre el cuerpo social. La polarización de la riqueza, la explotación de los países semicoloniales por las metrópolis opulentas, la mercantilización de las relaciones humanas, la exacerbación del individualismo más egoísta, la alienación ideológica y la degradación moral son inherentes a un sistema económico-social fundado en el lucro y la codicia. Lo más grave de la actual coyuntura es la impotencia generalizada para plantear una alternativa. Los defensores del orden establecido, ante esta situación, no necesitan embellecer la realidad para conservarla. Les alcanza con presentarla como la única posible. De tal modo, si el problema es la desocupación, la solución consiste en bajar los salarios; si los salarios son bajos, habrá que aumentar la productividad extendiendo la jornada laboral. Y así hasta el ridículo: un conocido periodista radial y televisivo llegó a proponer a los trabajadores que pelearan por sus reivindicaciones "a la manera japonesa", es decir, no haciendo huelgas sino trabajando el doble.

El "sálvese quien pueda" emerge en consecuencia como la respuesta individual al drama colectivo: si en el subsuelo de la sociedad el pobre arrebató al pobre una escuálida billetera confiando en encontrar en ella las monedas que le permitan distraer el hambre hasta la mañana siguiente, en las cúspides se recurre a la "timba financiera", a la evasión impositiva o a la corrupción más descarada a fin de acrecentar la cuenta bancaria. Los sectores medios, entretanto, recurren al clientelismo político o académico si no han podido atarse con cadenas de plata a un puesto bien pago en alguna empresa privada. Cada quien se arregla como puede, al tiempo que todos juntos cumplen con la observancia de los autómatas los rituales de una "libertad" y una "democracia" sin contenido sustantivo. La conciencia social se detiene en un vago sentimiento de lástima por el prójimo poco afortunado, y la conciencia nacional consiste en gritar bien fuerte los goles de la selección argentina.

.....

¿Es posible romper el círculo vicioso en el que la miseria material y la desesperanza se alimentan recíprocamente? La respuesta, por supuesto, no está contenida en sitio alguno y será la historia la

encargada de producirla. Pero la historia no es sino el resultado de las acciones emprendidas por sujetos individuales y colectivos que no se resignan a desempeñar el papel de observadores pasivos.

Al poco tiempo de haber sido derrocado, el viejo caudillo Hipólito Yrigoyen reunió a algunos de sus partidarios más jóvenes y les ofreció su último consejo: "hay que empezar de nuevo". ¿Qué significaba, exactamente, "empezar de nuevo"? En la Década Infame todas las piezas parecían estar dispuestas para prolongar en forma indefinida la sujeción del país a los intereses imperialistas y la postración de las mayorías populares ante las minorías privilegiadas. La actividad política se reducía a un juego en el que oficialistas y opositores se mimetizaban progresivamente rindiendo tributo a los "poderes fácticos" y repitiendo con docilidad los lugares comunes de un discurso despojado de toda relación con las necesidades del país profundo. Los intelectuales viajaban física y espiritualmente a Europa, el capital extranjero compraba lealtades con coimas succulentas y el pobrerío subsistía en silencio y con la cabeza gacha. En esas condiciones, "empezar de nuevo" significaba afirmar la voluntad de marchar a contracorriente negándose a jugar el juego que todos jugaban. Significaba rechazar el presente para preparar la conquista del futuro. Hubo quienes siguieron el consejo de Yrigoyen y continuaron luchando cuando otros claudicaban. Uno de esos hombres, quizás el mejor de todos ellos, fue Arturo Jauretche.

.....

Gracias a Jauretche y a quienes batallaron a su lado en aquellos años tan difíciles como los nuestros, tenemos de dónde aferrarnos en el instante en que también nosotros debemos "empezar de nuevo". Por eso hay que volver a Jauretche. Hay que rescatar su pensamiento del rincón en que se lo ha recluido, volcar sus filosas herramientas intelectuales sobre la mesa de trabajo y pertrecharse con ellas para reiniciar la batalla contra la colonización pedagógica y los macaneadores de la "intelligentzia". La tarea no será fácil. Tal como observó Arturo Peña Lillo, "Jauretche tenía tantos enemigos como sofismas había derribado". Esos enemigos siguen vivos y disponen de múltiples recursos para impedir que vuelvan a ser desenmascaradas las "zonceras" con las que envenenan el espíritu de los argentinos.

Uno de esos recursos es el manto de silencio con que se cubre a los pensadores nacional–populares. La gran prensa, la universidad, las sociedades de escritores y todos los espacios por los que circula el pensamiento, estuvieron vedados a Jauretche y lo estarán a quienes sigan su camino. Es cierto que en los años sesenta el silencio fue quebrado y Jauretche hasta se convirtió en "best seller". Pero no fue ese un punto de partida sino un punto de llegada, y tampoco allí Jauretche estuvo a salvo de sus enemigos. Cuando ya no pudieron condenarlo al silencio porque el pensamiento jauretcheano brotaba casi espontáneamente en un terreno social que él había pacientemente sembrado, los enemigos dividieron sus fuerzas: mientras unos lo hostigaban de frente, otros distorsionaron sus enseñanzas y quisieron apoderarse de ellas empleándolas con otros propósitos. Pero tal vez el primer obstáculo que deberá sortear quien desee "empezar de nuevo" volviendo a Jauretche no sea el que presentan los enemigos sino el de los propios amigos. Convertir a Jauretche en un pretexto para reunir una vez al año a nostálgicos sobrevivientes de luchas pasadas, que hoy lloran su impotencia homenajando muertos célebres, constituye también una forma de estar contra Jauretche.

Volver a Jauretche debe significar mucho más que un periódico recordatorio de viejos momentos de gloria. Volver a Jauretche significa sacarlo del mausoleo y llevarlo a la trinchera. Es donde transcurre la vida donde debe estar Jauretche, porque su pensamiento está tan vivo como la realidad de un país que aún no es dueño de sí mismo y que debe luchar por pertenecerse.

.....

Este trabajo no pretende abordar en forma pormenorizada ni la obra escrita ni la trayectoria política de Jauretche. Esa tarea, aunque siempre será merecedora del esfuerzo de un investigador, ha sido realizada en forma más que satisfactoria por Norberto Galasso, su biógrafo más autorizado, y por Honorio Díaz, autor de un libro que reseña con aportes propios la temática jauretcheana. También deben mencionarse el estudio de Miguel Angel Scenna sobre FORJA, las páginas que Juan José Hernández Arregui dedica a esa agrupación y los trabajos de Ernesto Goldar. Lo que en las páginas que siguen se ha intentado, es diseccionar la anatomía conceptual y metodológica del pensamiento jauretcheano y, a partir de allí,

recomponer el cuerpo de su obra mostrando que ella resulta imprescindible para comprender la realidad actual.

El trabajo ha sido dividido en cuatro partes. En la primera se reconstruye el mapa ideológico-político de los años que van desde la caída de Perón en 1955 hasta su regreso al gobierno en 1973. La hipótesis de trabajo es que durante esa "década larga" se desarrollaron dos procesos simultáneos pero de diferente signo: el que dio lugar a la aparición de una "nueva izquierda", como resultado de la crisis del bloque social restaurado por el golpe militar, y el que permitió al pensamiento nacional-popular alcanzar su máxima madurez como expresión del Frente Nacional derrocado. La segunda parte aborda la metapolítica jauretcheana, es decir, las cuestiones relativas a la teoría del conocimiento y a la metodología sobre las que Jauretche efectuó aportes tan originales como rigurosos desde el punto de vista científico. La tercera parte considera los aspectos político-ideológicos de la obra jauretcheana: su diferenciación respecto de la izquierda y la derecha convencionales y su relación con los movimientos populares encabezados por Yrigoyen y Perón. Por último, en la cuarta parte, el objeto de atención se desplaza desde el pensamiento de Jauretche hacia la Argentina contemporánea. De este modo, aunque esta parte final pareciera a primera vista escapar a los límites fijados por un trabajo que versa sobre Jauretche, resulta en realidad decisiva. Es, tal vez, la que más se ajusta al "espíritu" jauretcheano, en la medida que la sustancia del mismo repudia la hagiografía y se desarrolla como una punzante herramienta crítica de la colonización en sus múltiples dimensiones.

Corresponderá al lector juzgar si los propósitos de este trabajo han sido logrados.

PRIMERA PARTE: LA EPOCA DE JAURETCHE

Capítulo 1

EL DEBATE IDEOLOGICO EN LOS AÑOS SESENTA

Según el prestigioso historiador británico Eric Hobsbawm, los tiempos del calendario pueden no coincidir con los tiempos de la historia. Así, en su opinión el siglo XX abarca los años que transcurrieron entre la guerra europea de 1914 y el derrumbe de la URSS. No resultará absurdo, entonces, afirmar que la década del sesenta, en la Argentina, comienza en 1955 y se extiende hasta ya entrados los años setenta.

En efecto, el golpe militar de 1955 inauguró un nuevo período en la historia argentina moderna. Durante los diez años anteriores el país experimentó cambios que resultaron irreversibles. Se habían echado los cimientos de una industria nacional y había nacido un poderoso movimiento obrero que ya no pudo ser ignorado a la hora de tomarse decisiones políticas. Apoyándose en estos sectores, Perón emprendió, mediante un férreo control del aparato estatal, el más serio intento de construir un capitalismo nacional autocentrado.

Pero semejante intento no estaba exento de dificultades. Hacía ya más de medio siglo que el sistema capitalista mundial había ingresado en su etapa imperialista, lo cual significaba que las leyes que regían la polarización centros–periferias operaban como impedimento de un desenlace exitoso de la tentativa peronista. Dicho de otro modo: un país colonial o semicolonial como Argentina no podía cuestionar su lugar periférico en el sistema capitalista mundial sin que ello implicara cuestionar al sistema mismo. Aunque el peronismo no persiguiera conscientemente ese propósito, su sola existencia dejaba abierta tal posibilidad. Ponía de manifiesto que la expansión imperialista no se desenvolvía sin generar conflictos entre sus beneficiarios principales (los centros) y los países relegados (las periferias). Este antagonismo estructural pesaba más que la voluntad de sus protagonistas. La irrupción del peronismo significó,

entonces, que el conjunto de clases y sectores sociales que administraban la condición subalterna del país debió ceder su hegemonía a un bloque social que ponía en cuestión tal condición. En palabras de Osvaldo Caello, sucedía que "el programa librecambista sobre el que la oligarquía ganadera había fundado su hegemonía política, afianzado su gravitación ideológica y con el cual incluso se había ganado la confianza de una apreciable masa de empleados públicos, pequeños comerciantes, profesionales liberales, asalariados de los servicios controlados por el capital extranjero y hasta de una parte de la burguesía agraria del litoral, estaba desactualizado ante la crisis del mercado mundial y la simultánea transformación que experimentó el orden imperialista". Sobre la base del desplazamiento de esas fuerzas sociales, apunta el mismo autor, "luego de más de una década de inmovilismo oligárquico, (el peronismo) durante diez años habrá de desenvolver un programa nacional burgués" (1). La tensión entre el "programa nacional burgués", es decir, entre el intento de construir un capitalismo autocentrado dentro de los marcos del sistema capitalista mundial y la existencia de una base obrera que presionaba con su sola presencia en una dirección superadora de ese programa, determinó que el peronismo asumiera un carácter "bonapartista" dentro del cual "las fuerzas progresivas avanzaron hasta cierto punto, pero dejaron intactas las bases sociales del orden oligárquico burgués" (2).

Esta circunstancia explica el golpe de 1955. El país que había cuestionado su papel subalterno en el sistema capitalista mundial quería ser derogado por un bloque social que aceptaba ese papel. Las clases sociales hegemónicas hasta 1945 recuperaron el control del estado. Pero la Argentina de 1955 ya no era la de 1930.

En octubre de 1945 Félix Luna podía expresar la perplejidad de las clases hegemónicas ante la irrupción de fuerzas cuya existencia desconocían: "Los mirábamos desde la vereda, con un sentimiento parecido a la compasión. ¿De dónde salían? ¿Entonces existían? ¿Tantos? ¿Tan diferentes a nosotros? Habíamos recorrido todos esos días los lugares donde se debatían preocupaciones como las nuestras. Nos habíamos movido en un mapa conocido, familiar: la Facultad, la Recoleta en el entierro de Salmún Feijoo, la Plaza San Martín, la Casa Radical. Todo, hasta entonces, era coherente y lógico, todo apoyaba

nuestras propias creencias. Pero ese día, cuando empezaron a estallar las voces y a desfilar las columnas de rostros anónimos color tierra, sentíamos vacilar algo que hasta entonces había sido incommovible... algo estaba pasando en el país. Pero como no entendíamos qué era exactamente lo que pasaba, nos quedamos mirando sobradamente desde la vereda. Así diez años más" (3).

En 1955, aun cuando Félix Luna y sus amigos todavía no entendieran "qué era exactamente lo que pasaba", sí sabían que "las columnas de rostros anónimos color tierra" "existían" y eran "tantos", y que, aunque se los corriera de los primeros planos de la política, ya no podían ser ignorados por el bloque dominante. Si los conflictos político–ideológicos posteriores a la caída de Yrigoyen en 1930 se desarrollaron sobre la ilusión de que "los rostros anónimos color tierra" no existían, esa ilusión ahora resultaba insostenible. El debate de ideas que conmovió al polo social victorioso a partir de 1955 tuvo como trasfondo la convicción de que "los rostros color tierra" existían y que algo había que hacer con ellos. Una "nueva izquierda" progresista cobró vida en el debate, tomando distancia del liberalismo tradicional. A su lado, de manera diferenciada pero en forma simultánea, terció en la disputa el pensamiento nacional–popular, expresión del polo social derrotado. Ambos procesos, muchas veces confusamente entremezclados, caracterizaron los agitados años sesenta.

Los años sesenta

El derrocamiento de Perón fue obra de las Fuerzas Armadas. Pero no de todas las Fuerzas Armadas ni sólo de las Fuerzas Armadas. Lo primero se puso trágicamente de manifiesto a mediados de 1956, cuando una conspiración militar encabezada por el general Juan José Valle intentó derrocar a la dictadura para devolver el gobierno al presidente depuesto. Lo segundo surge de la participación activa de organizaciones civiles en el golpe. Así, Ernesto Laclau recuerda: "producido el golpe se toman las universidades, se produce una toma conjunta, humanistas y reformistas ocupan la universidad, y el gobierno militar que está recién instalado reconoce la ocupación; es decir, están a cargo oficialmente de

las universidades la FUA, la FUBA y los centros de estudiantes" (4). Entretanto, los partidos políticos son no sólo interlocutores privilegiados de los militares golpistas, sino que sus hombres ocupan ministerios y embajadas. Los escritores nucleados en la revista "Sur", dirigida por Victoria Ocampo, saludan efusivamente la caída del "tirano" y Ernesto Sabato escribe en 1956, en el instante mismo en que obreros y militares peronistas eran fulsilados en los basurales de José León Suárez, un exabrupto escalofriante contra el peronismo, al que califica como "pesadilla" (5).

En 1943 las fuerzas político-ideológicas de la izquierda y la derecha habían comprendido que las diferencias que las separaban durante la Década Infame, y que habían dado lugar a dos polos –la Concordancia conservadora y la Alianza Civil progresista– debían subordinarse al imperativo de combatir al gobierno militar. Surgió entonces la Unión Democrática, que intentó sin éxito evitar el triunfo electoral de Perón en 1946. En 1955 esas mismas fuerzas decidieron actuar conjuntamente, pero no en contra del nuevo gobierno militar, sino en su favor. Una vez logrado el objetivo común –el derrocamiento de la "tiranía sangrienta"–, la reconstruida Unión Democrática comenzó a desplegar sus diferencias internas: nacían los años sesenta.

Dice Oscar Terán: "La recomposición que operó el golpe de 1955 sobre la escena política acarreó efectos profundos en las vinculaciones de la intelectualidad de izquierda con la élite liberal, con la cual había mantenido relaciones ineludibles en su íntima oposición al régimen peronista"(6). Los estudiantes y profesores izquierdistas que coparon la universidad mientras los liberales se instalaban en el ministerio de Economía y en las cúpulas de las Fuerzas Armadas, y mientras socialistas y comunistas se lanzaban sobre los sindicatos, constataron con el tiempo que había entre ellos otros estudiantes –liberales o derechistas– "que luchaban contra el peronismo por lo bueno que tenía, no por lo malo. Figuraban (entre ellos) Mariano Grondona, Bobby Roth, Klopperbach, Vera Villalobos, etc.". Pero por el momento, "nosotros queríamos que cayera el peronismo de cualquier manera" (7).

Los años sesenta se inauguran en 1955, cuando empieza a configurarse un nuevo mapa político-ideológico atravesado por dos conflictos de diferente signo. El primero de ellos es interior al bloque social restaurado por el golpe del 16 de setiembre y dará origen a una "nueva izquierda" que busca

diferenciarse de sus aliados liberales. El segundo conflicto es el que enfrenta a las fuerzas derrotadas por el golpe con las vencedoras, y es el que determinará la emergencia de un pensamiento nacional–popular maduro como expresión de las primeras. Hacia el final de los tres lustros que abarca esta década "larga", la nueva izquierda y el pensamiento nacional–popular acabarán confundándose en una totalidad contradictoria cuyos elementos constituyentes exigen ser sacados a luz.

La nueva izquierda

Dice Terán: "mientras en el sector liberal seguían manifestándose los férreos rencores hacia quienes habían sostenido posiciones cercanas al gobierno durante el período peronista, desde la izquierda se desplegaba aquella amplia tarea de relectura de ese proceso que arrojará vastas consecuencias sobre el campo político–intelectual" (8). Veamos en qué consistió la "amplia tarea de relectura" que dio origen a la nueva izquierda.

Entre 1955 y 1960 el Partido Comunista mantuvo su hegemonía sobre el campo cultural de la izquierda y el progresismo. Muchos intelectuales y escritores, fungiendo como "camaradas de ruta" del stalinismo, encontraron una vía hacia la fama y la consagración. Sin embargo, tanto la dependencia del PC criollo respecto de la URSS, cuyo prestigio comenzaba a declinar a partir de las revelaciones de Kruschev, como el acendrado antiperonismo impuesto por la dirección de Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, contribuyeron a que esa hegemonía comenzara a deteriorarse. "Reconocida ya la realidad política del peronismo –dice Silvia Sigal– la intelectualidad marxista se lanzó a una segunda operación ideológica: escotomizar el papel de Perón, separando al peronismo de su jefe" (9). Si Perón seguía siendo el objeto de rencores insuperables, la clase obrera peronista podía ser reivindicada y recuperada del error que la condujo a dejarse seducir por un "demagogo inescrupuloso". "Comenzó allí el esfuerzo por ocupar el lugar de esa cabeza imaginariamente ausente, lugar que sus lecturas de la sociedad argentina parecían reservarles" (10).

La nueva izquierda comenzó entonces a diferenciarse no sólo de la derecha liberal, sino también de la izquierda tradicional, que se le parecía demasiado. El descubrimiento de la obra de Antonio Gramsci por parte de Héctor Agosti, un dirigente del PC, permitió a los jóvenes intelectuales de ese partido encontrar en la categoría "nacional popular" que el autor italiano había empleado para estudiar la realidad de su país, una vía para escapar del gorilismo de Codovilla–Ghioldi. En 1963 los jóvenes gramscianos fueron separados del Partido Comunista por fundar la revista "Pasado y Presente", una de las biblias de la nueva izquierda.

Paralelamente, un proceso semejante tenía lugar en el seno de la izquierda no encuadrada en el PC. La revista "Contorno", nacida en 1953 como iniciativa de un grupo de jóvenes universitarios interesados en abrir un espacio alternativo al de la revista "Sur", nunca había ocultado su antiperonismo. Su orientador, Ismael Viñas, acompañó al socialista José Luis Romero cuando éste fue designado rector en la Universidad de Buenos Aires por la dictadura militar. Sin embargo, una vez caído Perón, los jóvenes de "Contorno", convertidos con el tiempo en destacados exponentes de la nueva izquierda, encontraron en la categoría sartreana del "intelectual comprometido" un estímulo para ensayar un acercamiento a la clase obrera peronista. De tal modo, si para entender un fenómeno político argentino como el peronismo los jóvenes comunistas recurrían al italiano Gramsci, los jóvenes de "Contorno" apelaban al francés Sartre.

Todo este proceso de distanciamiento de las nuevas generaciones universitarias e intelectuales de la pequeña burguesía respecto de los viejos maestros y las organizaciones tradicionales que los encuadraban fue definido como "nacionalización de las clases medias". Ciertamente, algo de ello había: sea a través del eurocomunismo, del existencialismo o, posteriormente, del estructuralismo, la nueva izquierda intentaba un acercamiento hacia "los rostros color tierra" que alimentaban el aborrecido peronismo. No obstante, puede afirmarse que se trató de una nacionalización muy particular: "Por luminosos que pudieran ser los faros intelectuales que se tomaron como guías de otras realidades (Sartre, Gramsci, Marx...) en el plano local esta generación carecía de modelos", apunta Terán (11). La confesión (se trata de una confesión, puesto que el propio Terán perteneció a esa generación) resulta

sintomática de la exterioridad de esa nueva izquierda respecto del bloque social proscrito desde 1955 y de su pertenencia al bloque dominante. Si la "ausencia de modelos" en el plano local se debía a que quienes podían serlo –desde los Codovilla–Ghioldi hasta las Victoria Ocampo, pasando por los Alfredo Palacios y cía.– se habían extraviado calificando a "los rostros color tierra" como "lumpenproletariado" y al peronismo como "nazi–fascismo", la búsqueda de "guías de otras realidades" repetía la operación ensayada diez años antes por esos mismos modelos rechazados. Es decir, se recurría a categorías y conceptos elaborados por intelectuales europeos para explicar la realidad de los países centrales, pretendiendo que servirían para comprender un fenómeno característico de un país periférico. De tal modo, se rechazaban las consecuencias pero no se modificaban las causas; se combatía el síntoma, pero no la enfermedad. Por otra parte, era falso que no existieran en nuestro país "modelos" en los que inspirarse para abordar la realidad. El pensamiento nacional–popular, que se desarrollaba paralelamente a la nueva izquierda, encontró esos modelos y, a partir de ellos, alcanzó una madurez que le permitió imponerse en el debate intelectual de la época.

El pensamiento nacional–popular: primer momento

Norberto Galasso llama la atención sobre un episodio revelador de la incapacidad de la nueva izquierda para encontrar los "modelos" que tenía ante sus ojos y su predisposición a adoptar aquellos que procedían de "otras realidades".

En 1970 el filósofo Louis Althusser publica en París el folleto "Ideología y aparatos ideológicos del Estado". Señala allí el papel que desempeñan la escuela, la familia, la iglesia, la prensa y otras instituciones como productoras de ideología, es decir de un sistema de creencias funcional al mantenimiento del statu quo. Al desmitificar la pretendida asepsia política del campo cultural y sus aparatos, el trabajo de Althusser fue calurosamente saludado por la nueva izquierda, que convirtió a su autor en uno de los "modelos" de los que habla Terán. Sin embargo, ya en 1957 Arturo Jauretche había

publicado *Los profetas del odio*, que luego completó con una "yapa" en la que desnudaba los mecanismos de la colonización pedagógica. El libro de Jauretche, apunta Galasso, "no provoca mayor interés en los diversos grupos izquierdistas, salvo en esa corriente ideológica que denominamos globalmente 'Izquierda Nacional'". Y concluye con un humor impregnado de amargura: "Quizás ahora que Althusser se pone a nuestro lado para destruir 'zonceras', aumente el número de argentinos que están dispuestos a escuchar los consejos orientadores de ese modesto paisano, nacido en Lincoln, que fue Arturo Jauretche"(12).

La nueva izquierda tardó en digerir la obra de Arturo Jauretche. Cuando muchos años más tarde se le preguntó a Miguel Murmis –uno de los animadores de la nueva izquierda– si por aquella época sabía de la existencia de Jauretche, respondió: "No, no como inserto en el peronismo. Conocíamos su trayectoria en FORJA. Quizás podría haber sido una referencia, pero nosotros no sabíamos de alguna proyección suya por entonces"(13).

Sin embargo, no era casual que Jauretche, el más destacado exponente del pensamiento nacional–popular, no fuera "una referencia" para los jóvenes de la nueva izquierda. Esta distancia entre ambos no fue pasada por alto por Oscar Terán y Silvia Sigal, dos de los principales cronistas de la época identificados con la nueva izquierda. Mientras el primero dice que Jauretche, al igual que Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui, expresaba al "campo nacional–populista" y escribía "en otra clave", la segunda señala que "existen disparidades notables en el cuerpo de ideas defendido por los nacionalistas herederos de FORJA y el que moviliza a la intelectualidad de izquierda(...), los autores nacionalistas (...) ven más benévola la experiencia peronista, expresando así su determinación de ligar la cuestión nacional a la redención popular"(14).

Ciertamente, existían "disparidades notables" entre la nueva izquierda y los pensadores nacional–populares. Mientras la primera expresaba con su radicalismo ideológico la impotencia del bloque oligárquico restaurado para satisfacer las apetencias de su base social pequeño burguesa, los segundos encarnaban las aspiraciones de las nuevas fuerzas sociales surgidas al calor de la experiencia peronista. De allí que su producción teórica se desarrollara "en otra clave". Sin embargo, la descomposición del

bloque restaurado crearía las condiciones para que hacia el final de esta "década larga" se produjera una convergencia de superficie que lejos estuvo, sin embargo, de resolver las divergencias de fondo.

El pensamiento nacional–popular había empezado a cobrar forma tras la caída de Yrigoyen en 1930. Tal como ocurriría veinticinco años después al ser derrocado Perón, el golpe del 6 de setiembre contó con la participación de un amplio abanico cívico–militar: desde los partidos de derecha hasta los de izquierda, desde los nacionalistas hasta los liberales y socialistas, desde los medios de prensa hasta los universitarios, pasando por la oligarquía ganadera y los intelectuales consagrados. Ninguna de las "fuerzas vivas" faltó a la cita, ni siquiera la fracción de la UCR que se hacía llamar antipersonalista por su oposición a la persona de Yrigoyen. Mientras Alfredo Palacios, a la sazón decano de la Facultad de Derecho, arengaba a los universitarios instándolos a acompañar las tropas de Uriburu que marchaban hacia la Casa Rosada, Matías Sánchez Sorondo, un dirigente conservador, definía la jornada del 6 de setiembre diciendo que constituía "una marca en la historia argentina, una de las grandes fechas nacionales. Junto al 25 de mayo de 1810 y el 3 de febrero de 1852, son 'revoluciones libertadoras'"(15). El triunfo de la "revolución libertadora" de 1930, como sucedería más tarde con el de la de 1955, permitió que se manifestaran abiertamente las disidencias internas del bloque social triunfante. Tras el desplazamiento de los nacionalistas de Uriburu, quienes fueron arrojados del gobierno sin pena ni gloria una vez que su misión estuvo concluida (como sucedería después con Lonardi), se conformó un espacio político en el que una derecha conservadora podía competir con una izquierda progresista por las cuotas del poder estatal. Si la proscripción inicial del radicalismo constituía una mancha para el régimen "democrático", pronto pudo ser lavada: muerto Yrigoyen nada impidió a la dirección radical sumarse alegremente al juego electoralista y parlamentarista de los partidos políticos.

Durante todo el período que sucedió a Yrigoyen y precedió al levantamiento militar del 4 de junio de 1943, la izquierda y la derecha se acusaron mutuamente por las prácticas fraudulentas y los negociados escandalosos. Pero callaban el pecado de origen que afectaba a todos por igual. Ese pecado era el que registraría Félix Luna en el párrafo arriba citado: había millones de argentinos, de "rostro color tierra", que permanecían ajenos a los enjuagues políticos de los "libertadores" del 6 de setiembre y sufrían en

carne propia sus consecuencias. Habían sido excluidos y estaban privados de voz, y por ello se llegó a creer que no existían. En 1945, cuando reaparecieron, la reacción de los "libertadores" fue de incrédula sorpresa: "¿De dónde salían? ¿Entonces existían? ¿Tantos? ¿Tan diferentes a nosotros?", se preguntaban por boca de Luna.

En ese contexto, la aparición de FORJA en 1935 –en la que tuvo un papel prominente Arturo Jauretche– introdujo un elemento novedoso en el mapa político–ideológico del país. No sólo por el contenido de su prédica, que significó la más formidable denuncia de todos y cada uno de los engranajes que determinaban la sujeción de la Argentina a los intereses británicos. Para decirlo con la terminología académica empleada por Sigal, FORJA fundó "un lugar de enunciación". Esto quiere decir que el significado del discurso forjista surge de la íntima conexión entre su contenido y el espacio desde el que se lo formula. Las denuncias del imperialismo, de la enajenación económica y de las prácticas fraudulentas de la democracia formal perdían el sentido abstracto que tenían en boca de los críticos de la izquierda, porque intentaban constituirse en el programa concreto de franjas sociales cuya existencia aquellos ignoraban. Este "lugar de enunciación" confirió a FORJA una identidad nacional–popular que se proyectó más allá de ella misma en la historia posterior. Los pensadores nacional–populares de los años sesenta retomaron ese lugar y se convirtieron por ello mismo, a los ojos de los herederos neoizquierdistas de la vieja izquierda, en autores que escribían "en otra clave".

El gran mérito de Arturo Jauretche y de FORJA fue haber inscripto las críticas a la Década Infame en el devenir de la historia argentina que había sido falsificada por los "liberadores". Así, la declaración inaugural del forjismo dirá: "Somos una Argentina colonial, queremos ser una Argentina libre (...). El proceso histórico argentino en particular y latinoamericano en general, revelan la existencia de una lucha permanente del pueblo en procura de su soberanía popular, para la realización de los fines emancipadores de la Revolución Americana, contra las oligarquías como agentes de los imperialismos en su penetración económica, política y cultural, que se oponen al total cumplimiento de los destinos de América. (...) La Unión Cívica Radical ha sido desde su origen la fuerza continuadora de esa lucha por el imperio de la soberanía popular y la realización de sus fines emancipadores. (...) Corresponde a la

Unión Cívica Radical ser el instrumento de esa tarea, consumando hasta su totalidad la obra truncada por la desaparición de Hipólito Yrigoyen. (...) Para ello es necesario en el orden interno del partido, dotarlo de un estatuto que, estableciendo el voto directo del afiliado auténtico y cotizante, asegure la soberanía del pueblo radical, y en orden externo, precisar las causas del enfeudamiento argentino al privilegio de los monopolios extranjeros, proponer las soluciones reivindicadoras y adoptar una táctica y los métodos de lucha adecuados a la naturaleza de los obstáculos que se oponen a la realización de los destinos nacionales (...)" (16).

Pero si en 1935 FORJA reclamaba todavía para la UCR el lugar de la "Causa" contra el "Régimen", muy pronto se convencería de que la pretensión había quedado desactualizada: el radicalismo había dejado de ser el "instrumento" de las masas populares y se había convertido en un partido más del "Régimen". Por eso, Jauretche explicaba en 1941 que "intentamos, primero, recuperar el radicalismo para su función histórica. Después, en pasos sucesivos, conformarnos como fuerza política de sustitución" (17).

Es entonces cuando el pensamiento nacional-popular encarnado por FORJA y Jauretche, que había partido de su identificación con el radicalismo yrigoyenista, advierte que éste no es sinónimo de aquél, sino su referente empírico natural en un momento determinado del devenir histórico. No todos los forjistas lo entendieron. Algunos, como Gabriel del Mazo o Luis Dellepiane, no alcanzaron a percibirlo y prefirieron seguir anclados al radicalismo aun cuando la sustancia nacional-popular que había canalizado comenzara a deslizarse hacia otros horizontes. FORJA se había definido como radical cuando el radicalismo expresaba a "los rostros color tierra", de los que era manifestación intelectual el pensamiento nacional-popular. Pero cuando "los rostros color tierra" abandonan la UCR, en un proceso subterráneo que eclosionó en 1945, Jauretche y la mayor parte de los forjistas también lo hacen.

Esta operación teórica consistente en diferenciar el pensamiento nacional-popular de las formas políticas concretas a las que se entrelaza en cada circunstancia histórica permitió a FORJA conectar en el terreno del pensamiento lo que la historia conectaba en el terreno material. El 17 de octubre de 1945 FORJA emite una declaración en la que advierte en el naciente peronismo (todavía no se llamaba así) la

continuidad del yrigoyenismo: "Como se expresa en la declaración de principios de FORJA, sancionada en el acto de su fundación el 29 de junio de 1935, en la lucha del pueblo contra la oligarquía como agente de las dominaciones extranjeras, corresponde a la Unión Cívica Radical asumir la dirección de la lucha. (...) El Comité Nacional de facto que se atribuye la representación de la UCR se ha pasado al campo de la oligarquía al desoír la opinión y las orientaciones de las figuras representativas del radicalismo yrigoyenista. (...) Frente a la vacancia de la conducción partidaria, es deber de esos hombres representativos el asumirla para que ésta sea expresión clara del pensamiento revolucionario de Yrigoyen en el que encuentran solución integral las inquietudes actuales del pueblo argentino, sintetizadas en: Patria, Pan y Poder al Pueblo" (18).

Pero si el peronismo era ahora el que encarnaba a las fuerzas sociales que se habían expresado a través de Yrigoyen y que habían querido ser conjuradas durante la Década Infame, lo hacía en un momento en que éstas habían madurado y modificado su composición interna. Para decirlo esquemáticamente: los peones rurales de 1916 habían devenido en los obreros industriales de 1945. "Le tocó al radicalismo cumplir un papel nacionalizador, pues le dio cauce nacional a la inquietud política y a las aspiraciones de las clases medias surgidas de la inmigración (...) Yrigoyen expresó solamente ese ascenso de la sociedad argentina que provenía de la economía agropecuaria"(19), dirá Jauretche. Y agrega que con el peronismo, en cambio, "la Argentina entraba a su propio desarrollo capitalista pero en las condiciones del siglo XX"(20).

La caída de Yrigoyen había generado las condiciones para desarrollar el pensamiento nacional–popular como entidad diferenciada del pensamiento colonial en sus diversas versiones. La caída de Perón en 1955 brindaría la oportunidad para desplegar ese pensamiento más allá del punto que había alcanzado hacia el final de la Década Infame. Desde el "lugar de enunciación" que situaba a sus exponentes como intérpretes de las fuerzas sociales derrocadas, el pensamiento nacional–popular volvió a la palestra.

Jauretche había afirmado en 1942, refiriéndose a las posiciones de FORJA, que "desde FORJA se movilizaron las ideas que han producido el despertar, pero, como ya lo dije, nada hay en nosotros que no haya estado ya en la naturaleza de las cosas" (21). Ahora, "las cosas" habían madurado lo suficiente

como para que las "ideas madres" del pensamiento nacional–popular se desplegaran en toda su potencialidad revolucionaria. Fue en el curso de ese despliegue que el pensamiento nacional–popular terminó por hegemonizar el debate político–ideológico de los años sesenta. La nueva izquierda fue seducida por el pensamiento nacional–popular, coqueteó con él, adoptó algunos de sus postulados y lo envolvió finalmente con su activismo febril. Pero nunca llegó a asimilarlo. Así lo atestiguan tanto la tragedia final de la década como las conclusiones que sobre ella sacaron con posterioridad los hombres de la nueva izquierda.

El pensamiento nacional–popular: segundo momento

El peronismo retomaba la herencia yrigoyenista al asumir la representación de las fuerzas sociales que resistían la subordinación del país a los intereses de los grandes centros imperialistas. Pero su base social no estaba formada por las capas medias de origen inmigratorio o por los peones rurales herederos del federalismo provinciano del siglo XIX, sino por una clase obrera moderna que se había ido conformando a partir de 1930.

El pensamiento jauretcheano puso el acento en esta continuidad entre yrigoyenismo y peronismo, concebidos como dos momentos de la identidad nacional–popular. El eje civilización/barbarie, de raíz sarmientina, le sirvió a su propósito: Yrigoyen primero y Perón después encarnaron la temida y aborrecida "barbarie" contra la que luchaban los "civilizadores" desde los tiempos de Rivadavia. Si la "barbarie" había asumido en el pasado diversas formas (caudillismo, federalismo, rosismo, etc.), podría en el futuro adoptar otras de carácter novedoso. Era tarea del pensamiento nacional–popular distinguir las formas, siempre contingentes, del contenido, o sea la "sustancia" que las animaba. Y ese contenido no era otro que las fuerzas materiales que pugnaban por emancipar al país de la tutela imperialista. La "civilización", en cambio, encarnaba con su rostro bifronte de derecha e izquierda a los sectores empeñados en atar el país a los intereses foráneos. La disyuntiva civilización/barbarie, entonces, venía a

expresar el antagonismo fundamental de la historia argentina. Pero los términos de la disyuntiva eran equívocos, producto de la hegemonía política y cultural de una de las partes, que se enaltecía a sí misma autodenominándose "civilización" y estigmatizaba a la otra con la palabra "barbarie". Jauretche vió en el enfrentamiento entre la "civilización" y la "barbarie" el de los opresores contra los oprimidos, el de las minorías extranjerizantes contra las mayorías populares, el de los antinacionales contra los nacionales.

Los principales trazos de esta concepción –el pensamiento nacional–popular– vieron la luz durante la Década Infame a través de la obra de FORJA, que encontró en la experiencia yrigoyenista la materia prima para sus análisis. En la década "larga" de los sesenta, la experiencia peronista brindaba la oportunidad de desplegar en toda su potencialidad el pensamiento nacional–popular.

El peronismo había sido un intento –frustrado– de desenvolver el capitalismo nacional. Pero toda sociedad capitalista supone una contradicción entre la apropiación privada del producto social y su producción colectiva, entre la burguesía y el proletariado. Los distintos componentes sociales del peronismo –expresión coyuntural de las fuerzas nacional–populares en la última mitad del siglo XX– se unificaban en el antagonismo con el bloque social antinacional (oligarquía ganadera, burguesía comercial, pequeña burguesía liberal), pero tendían a diferenciarse a medida que su propio programa se desenvolvía. Podía preverse que si el conflicto entre el campo nacional y el antinacional se resolviera definitivamente a favor del primero, la contradicción principal que éste albergaba afloraría en toda su magnitud. Sin embargo, ambos procesos (el del antagonismo entre los dos campos y la contradicción inherente al campo nacional) se manifestaban en un mismo espacio político y se desenvolvían de manera simultánea. Se trataba de la historia, y no de un laboratorio. En consecuencia, no podía esperarse a resolver un conflicto para recién después abordar el otro. ¿O sí se podía?

Al poner el énfasis en el antagonismo entre el campo antinacional y el antinacional, Jauretche destacaba que "la estructura vertical del 45 es la única garantía para un reordenamiento de las fuerzas de la línea nacional". Y advertía: "la división horizontal de las clases que lo componen (al campo nacional) debe

ser postergada hasta que el triunfo sobre los de afuera nos permita el lujo de las divergencias interiores" (22).

Más allá de la conveniencia o no de "postergar" las divergencias interiores al campo nacional, lo cierto es que en los sesenta éstas se presentaron como resultado de las contradicciones objetivas que encerraba el peronismo. Su expresión intelectual fueron los nuevos pensadores nacional–populares identificados como "la izquierda nacional". Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui y Rodolfo Puiggrós fueron sus principales mentores. Jauretche juzgaba "peligrosas" las tesis de Ramos acerca de la necesidad de que la clase obrera hegemonizara el Frente Nacional. Observaba que estas tesis "están teniendo gran predicamento entre la nueva generación de muchachos que salen a la política"(23). Sin embargo, se pronunció en términos favorables sobre la izquierda nacional: " Esta corriente –decía– se llama a sí misma 'socialista revolucionaria nacional' y revela por su sola presencia el salto histórico de los argentinos para adquirir sus divergencias propias y abandonar las divergencias prestadas de Europa" (24). Y precisaba: "hay que establecer las diferencias entre izquierda nacional e izquierda internacional (...), la primera es un ala del movimiento nacional" (25).

La caracterización de la izquierda nacional como un ala del movimiento nacional y no como una variante de la izquierda tradicional resulta decisiva, tanto para ubicar en su verdadera dimensión al pensamiento jauretcheano como para visualizar la raíz teórica de los extravíos de la nueva izquierda. La insistencia jauretcheana en la "unidad vertical" de las fuerzas nacional–populares y sus advertencias sobre el peligro que acarrearán las tesis de la izquierda nacional han sido interpretadas por los principales estudiosos de la obra jauretcheana como una prueba del carácter "burgués" de su pensamiento. Honorio Díaz, tras destacar certeramente los méritos que encierran los textos de Jauretche, menciona "las flaquezas de su concepción global del movimiento nacional antiimperialista donde la burguesía tiene reservada una hegemonía inalterable", y concluye que "la presencia grandilocuente del ensayista exitoso enmascara al político burgués soslayado que, con cierta decepción, desde su marginación, llama infructuosamente a su clase para que asuma el rol que, según él, la historia le tiene reservado" (26). Norberto Galasso, por su parte, afirma que Jauretche deja "en un cono de sombra una cuestión

fundamental: en el curso de esa lucha contra el imperialismo –seguramente durante la misma y no después del triunfo– será necesario apelar a medidas con las cuales no estarán conformes todas las clases integrantes del frente y por eso, es de suma importancia saber quién estará a la cabeza. Su planteo de concretar primero la liberación nacional y luego, recién, admitir la lucha frontal de las clases nacionales supone una tácita adhesión a la tesis de la revolución por etapas (un largo período de revolución nacional, de desarrollo capitalista y luego, la lucha por la cuestión social) es decir, la creencia de que es posible, en un país del mundo periférico como la Argentina, reproducir las etapas del desarrollo clásico (feudalismo, capitalismo, socialismo)" (27).

Más que revelar el contenido "burgués" de su pensamiento, las referencias a la "unidad vertical" del campo nacional, en conjunción con su aliento (no exento de prevenciones) a la izquierda nacional, parecieran indicar que el pensamiento jauretcheano apunta a diferenciar dos niveles: uno, el metapolítico, donde se constituye la identidad nacional–popular, y el otro, político, en el que se abren diferentes posibilidades: socialista, capitalista nacional, estatismo burocrático, etc. Cada uno de estos niveles hace referencia a las dos clases de conflictos arriba señalados: el que separa al campo nacional del antinacional, y el que atraviesa al campo nacional. Jauretche está interesado en destacar la primacía del primer conflicto sobre el segundo. Con relación a éste último, interroga a la izquierda nacional: "¿quién puede anticipar qué clase social conducirá la gran bandera (de la emancipación nacional)?" . Y hasta allí llega.

La nueva izquierda ignoró la distinción jauretcheana entre el campo nacional y el antinacional. Como resultado, no concibió a la izquierda nacional como un ala del campo nacional sino como una variante de la izquierda, y sus relaciones con ella estuvieron impregnadas de malentendidos. Mientras Murmis ignoraba a Jauretche, prestaba oídos a un hombre de la izquierda nacional, Jorge E. Spilimbergo, "expresando que lo que él quería no era que nos hiciéramos peronistas, pero que había que entender a ese fenómeno social y tratar de acercarse a la clase obrera aun diciéndole que no era peronista, lo que se podía hacer si se expresaba comprensión de los rasgos progresistas del fenómeno peronista" (28). Comprender al peronismo no podía significar más que advertir su naturaleza nacional–popular, de la

que derivaba su progresividad histórica, y no de un presunto carácter socialista que aquél no tenía. Sin esta comprensión –alertaba Spilimbergo– "un giro empírico hacia el peronismo no hace otra cosa que introducir en el movimiento nacional burgués con base de masas, los mismos prejuicios de que se alimentó el antiperonismo clásico de la pequeña burguesía, preparando el fracaso de la generación que despierta" (29). Otro exponente de la nueva izquierda, Ernesto Laclau, abandonaba el viejo socialismo y se integraba a la izquierda nacional: "empezamos las conversaciones con el grupo de Ramos, con la izquierda nacional (...) el ramismo daba una interpretación que unía el nacionalismo al marxismo, que era un poco el tipo de cuestión que yo estaba buscando, que estábamos buscando muchos" (30). Hasta Juan José Sebreli recuerda que "con Masotta fuimos a ver a Silvio Frondizi en su estudio, a Jorge Abelardo Ramos en un comité de la calle Austria, quien nos recibió y desplegó todas sus dotes histriónicas ante esos jóvenes incautos (...). Durante algún tiempo visitábamos con Masotta los domingos por la mañana a Rodolfo Puiggrós en su casa de Palermo" (31).

Para decirlo de una manera gráfica aunque inexacta: lo que a la nueva izquierda atraía de la izquierda nacional era lo que ésta tenía de izquierda, no lo que tenía de nacional. La nueva izquierda pensaba en términos de izquierda/derecha, y la insistencia en lo nacional le parecía un pintoresquismo folclórico cuando no un síntoma de cierto fascismo larvado. Por esa razón las simpatías por la izquierda nacional nunca se extendieron por completo al propio Jauretche. Alcira Argumedo recuerda que las "cátedras nacionales" se dividieron "entre jauretcheanos y cookistas, entre aquellos que seguían pensando que había una capacidad autónoma del pensamiento popular de dar líneas teóricas de interpretación de los procesos sociales y aquellos que pensaban que para que esto fuera realmente viable requería del instrumental teórico–metodológico del marxismo" (32).

Era esta confusión la que intentaba disipar Jauretche con sus advertencias sobre las tesis de Ramos. La nueva izquierda se distanciaba de la vieja izquierda pero sin romper con la raíz de sus errores. Socialistas, comunistas y todo el abanico progresista habían enseñado que el peronismo era un movimiento fascista o de derecha. Pero la historia había desmentido esas enseñanzas. ¿Entonces? Si el peronismo no era la versión copiada del nazismo alemán o del fascismo italiano, ¿cuál era su modelo

original? ¿Dónde había que buscarlo? "Si la vieja izquierda se fugó a Europa, la nueva se puede fugar a China o a Cuba", advertía Jauretche (33). Y le recordaba a David Viñas: "Muchas veces me pregunto si muchos de los que se solidarizan con Castro ahora, se solidarizarían con el mismo si tuvieran que vivir concretamente en Cuba las implicancias del castrismo, donde los hombres son también sucios, llevan los ideales mezclados con los resentimientos, expresan sus inquietudes de maneras primarias y brutales y se lavan las patas donde pueden, como nuestros descamisados en las fuentes de la Plaza de Mayo" (34).

De vuelta de los sesenta

Tanto la subordinación intelectual al pensamiento eurocéntrico como la exterioridad respecto de las fuerzas sociales que componen el bloque nacional–popular habían determinado la crisis de la vieja izquierda socialista o comunista. La nueva izquierda sesentista fue el resultado de esa crisis y les dio la espalda a los "maestros". Pero reiteró sus procedimientos: la "fuga" hacia realidades ajenas para buscar en ellas las herramientas explicativas de la nuestra. Las recetas extendidas por la farmacopea europea –Frente popular, unión democrática, antifascismo, etc– habían resultado un fiasco. Se cambió entonces de recetas, pero no de farmacopea. Y el error señalado por Jauretche persistió: "nuestra *intelligentzia* (...) se limita a deducir del último libro, de la última moda intelectual que le llega, y cuando la realidad no se adecua a la fórmula importada, no intenta la fórmula que pueda surgir de la realidad" (35). Los libros que llegaban de Europa exaltaban la revolución cubana y la lucha vietnamita. El francés Régis Debray propugnaba la "revolución en la revolución" a través de la guerra de guerrillas, y el alemán Daniel Cohn Bendit titulaba un libro *El izquierdismo: remedio a la enfermedad senil del comunismo*. Claudia Hilb, protagonista de la nueva izquierda argentina, escribió años más tarde: "En este contexto de crisis del pensamiento político transformador, los ejemplos revolucionarios a nivel internacional aparecerán como modelos de participación política alternativa, sustituyendo a los modelos tradicionales que se mostraban ya sea complacientes con la represión del peronismo y la limitación de la democracia,

ya sea ineficientes. En particular el ejemplo de la Revolución Cubana, triunfante en el continente latinoamericano, coloca nuevamente el problema de la 'toma del poder' en el centro del imaginario político y del debate. Una de las formas principales que tomará esta influencia, será el predominio de la acción sobre la teoría. La reflexión teórica de la vieja izquierda no ha tenido respuesta ante la crisis política ni ante el peronismo; la nueva izquierda hará el culto de la acción e incluso expresará un fuerte 'antiintelectualismo' en algunos períodos" (36).

La aproximación de la nueva izquierda al pensamiento nacional-popular en los primeros años de la década "larga" de los sesenta contenía los gérmenes de su distanciamiento definitivo en los años finales. A medida que maduraban las circunstancias que permitieron el retorno del peronismo al gobierno, se hacía más evidente la contradicción de la nueva izquierda con el movimiento popular.

Incapaz de comprender la naturaleza del movimiento que Perón encabezaba, la nueva izquierda lo acusó de "traición" cuando se hizo evidente que sus expectativas no coincidían con la realidad. Se consideró "engañada" en el instante en que Perón se colocó en la cúspide de la "unidad vertical" y pretendió encuadrar a las fuerzas de su movimiento en los marcos de las organizaciones "corporativas": CGT, CGE, etc. La "traición" de Perón consistía en querer ser lo que había sido y no lo que los jóvenes de la nueva izquierda deseaban que fuera. Si la realidad desmentía las ilusiones de un Perón fumando habanos y vistiendo la casaca verde oliva, entonces, ¿no habrían tenido razón los "viejos maestros" que lo tildaban de fascista? Si el peronismo no era de izquierda, ¿no sería entonces de derecha?

El golpe militar de 1976, con su orgía de sangre y terror, postergó por casi una década las conclusiones de la nueva izquierda. Pero desde los años ochenta ellas no dejaron de repetirse. Dice Claudia Hilb: "La pregunta que nos planteamos es si la democracia no puede y debe ser pensada como otra cosa que la forma política que toma la explotación, y a la vez, si no es otra cosa que un 'invento' de la burguesía para detener la lucha popular" (37). Héctor R. Leis, otro académico que militó en la nueva izquierda durante su juventud, corrobora: "Valga la confesión de nuestra activa participación en el campo revolucionario de aquellos años y el aún vigente compromiso con el socialismo para evitar malentendidos. No obstante, muchas cosas han cambiado en el país en estas últimas décadas. La más

importante, sin lugar a dudas, es la revalorización de la democracia como idea y como práctica política" (38). Esta regresión neoizquierdista hacia el democratismo liberal del que había amagado escapar a partir de 1955 está presente también en el balance que efectúa Julio Godio: "esa izquierda infantil subestimaba la importancia de la democracia" y no entendió que en 1973 "una mayoría aplastante del 80 por ciento (votó) a favor de un proceso democrático y reformista" (39). Para Silvia Sigal, por su parte, a partir de 1983, "aquellos que, de una u otra manera, habían querido influir en la política argentina durante las décadas anteriores, encontraban, en el debate sobre la democracia, la posibilidad de hablar en nombre propio y no ya, como en el pasado, como portavoz de otras entidades: Pueblo, Nación o Revolución" (40).

Pero el ejemplo paradigmático de este retorno de la nueva izquierda al democratismo del que, al fin y al cabo, procedía, lo proporcionan Emilio De Ipola y Juan Carlos Portantiero, autores de un texto que sirvió de legitimación al intento alfonsinista de resolver los problemas derivados de la situación semicolonial del país mediante el recitado litúrgico del preámbulo constitucional. "Lo que proponemos –dicen– es un pacto entre los argentinos (...) se trata de un pacto democrático, esto es, de un modo político de convivencia que supone reconocer al Otro, en su diferencia misma, como un semejante cuyos derechos y cuya autonomía son valores intangibles" (41).

¿Qué hubiera dicho Jauretche acerca de estas bonitas palabras con que la nueva izquierda muestra su voluntad de retornar mansamente al redil del progresismo bienpensante? ¿Qué dudas caben de que hubiera reconocido en ellas la voz de los viejos "maestros de la juventud" difundiendo sus "zonceras" para "engrupir" al "medio pelo"? La "revalorización de la democracia" significa lisa y llanamente la reaparición de la disyuntiva "democracia o dictadura", derivada directamente de la "zoncera madre": "civilización o barbarie". Jauretche volvería a exclamar ante el espectáculo de la domesticación de los ex jóvenes rebeldes: "¡Ah, genial Sarmiento! Hasta qué profundidades había arado el talentoso sanjuanino. Cuando fui conociendo izquierdas y derechas fui dándome cuenta de la comunidad de base que entre ellas había y de dónde derivaba su incapacidad común para percibir la Argentina real". Y agregaría que detrás de la pretensión de "hablar por sí mismos" (Sigal), de "reconocer al Otro" (De

Ipola-Portantiero) o de creer que en 1973 el pueblo votó por la "democracia" y la "reforma" y no por la liberación y la revolución (Godio), se esconde la confusión entre "la idea de patria, que es anterior, posterior y permanente, base necesaria, con la idea institucional o política que es de forma" (42). Ciertamente, en los años ochenta, o en los noventa, ya no se puede condenar abiertamente las jornadas de octubre de 1945 presentándolas como la irrupción de la "barbarie", y tampoco se puede reivindicar con ligereza el golpe de 1955. Pero el pensamiento colonial, restaurado, creaba las condiciones para que ante condiciones semejantes el posicionamiento de los sectores medios fuera el mismo. Ese, y no otro, es el sentido de la "revalorización de la democracia". "Esto ocurría y sigue ocurriendo –dice Jauretche–, y nuestro intelectual, en el mejor de los casos, termina cerrando el corral después que han fugado las cabras, y descubre 1945 en 1957, y 1930 en 1955. Sigue aferrado a los abalorios con que le adornan la cabeza desde afuera" (43).

Poco antes de morir, Jauretche advirtió sobre las consecuencias nocivas que el comportamiento de la nueva izquierda podría tener para el campo nacional: "Bien se puede hablar de un nuevo fubismo. Si la vieja izquierda se fugó a Europa, la nueva se puede fugar a China o a Cuba (...) Debo advertir que la nueva izquierda tiene que aprender del peronismo y no los peronistas de la nueva izquierda, aunque la nueva izquierda hable un lenguaje muy vistoso, el de la ideología y el peronismo tartamudee la escasa lengua del aprendiz. Pero este es el aprendiz del país real y no de los libros que dan prestigio pero ocultan una visión extraña" (44).

El 25 de mayo de 1974 un infarto apagó para siempre su poderosa inteligencia. Pero las ideas que ella generó durante casi medio siglo de actividad incesante siguen vivas y esperan ser retomadas. La lucha contra la colonización pedagógica es una necesidad impostergable, y las herramientas legadas por el pensamiento jauretcheano resultan imprescindibles en las batallas que sobrevendrán.

Ya va siendo hora de "empezar de nuevo", como alguna vez le indicó Hipólito Yrigoyen a Don Arturo. Y el mejor modo de hacerlo es volver al pensamiento de Jauretche y, desde el pensamiento de Jauretche, dar la pelea.

Notas

- (1) Osvaldo Calello, *Peronismo y bonapartismo (1943–1945)*, CEDAL, Bs. As. 1986, pág. 123.
- (2) *Ibid.*, pág. 9.
- (3) Félix Luna, *El 45*, Sudamericana, Bs. As. 19
- (4) Entrevista a Ernesto Laclau, en Mario Toer, *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, T. 1, CEDAL, Bs. As., 1988, pág. 61.
- (5) Ernesto Sabato, *El otro rostro del peronismo*, Bs. As. 1956.
- (6) Oscar Terán, *Los años sesentas*, Puntosur, Buenos Aires, 1991, pág. 45.
- (7) Entrevista a Emilio Gibaja, en Mario Toer, *ob. cit.*, pág. 20.
- (8) Oscar Terán, *ob. cit.* pág. 52.
- (9) Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Puntosur, Bs. As. 1991, pág. 186.
- (10) *Ibid.* pág. 187.
- (11) Oscar Terán, *ob. cit.*, pág. 152.
- (12) Norberto Galasso, *Imperialismo y pensamiento colonial en la Argentina*, Roberto Vera editor, Bs. As. 1985, pág. 266.
- (13) Entrevista a Miguel Murmis, en Mario Toer, *ob. cit.*, pág. 55.
- (14) Silvia Sigal, *ob. cit.* pág. 211.
- (15) Cit. en Norberto Galasso, *Jauretche, biografía de un argentino*, Homo Sapiens ed., Rosario, 1997, pág. 22.
- (16) Arturo Jauretche, *Forja y la Década Infame*, Peña Lillo ed., Bs. As., 1989, pág. 42.
- (17) Cit. en Galasso, *Jauretche...*, pág. 42.
- (18) Arturo Jauretche, *ob. cit.*, pág. 175.
- (19) Arturo Jauretche, *El medio pelo en la sociedad argentina*, Peña Lillo ed., Buenos Aires, 1967, págs. 171 y 173.
- (20) *Ibid.* pág. 189.
- (21) Norberto Galasso, *Jauretche...*, pág. 43.
- (22) Arturo Jauretche, *Prosa de hacha y tiza*, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1960, pág. 67.
- (23) *Ibid.*, pág. 67.
- (24) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1973, pág. 80.
- (25) *Ibid.*, pág. 69.
- (26) Honorio Díaz, *Jauretche desde Jauretche*, Ediciones del Mar Dulce, Bs. As., 1987, pág. 141.
- (27) Norberto Galasso, *Jauretche...*, págs. 144 y 145.
- (28) Entrevista a Miguel Murmis, en Mario Toer, *ob. cit.*, pág. 40.
- (29) Jorge E. Spilimbergo, *El socialismo en la Argentina*, ed. Octubre, Bs. As. 1974, T. 2, pág. 136.
- (30) Entrevista a Ernesto Laclau, en Mario Toer, *ob. cit.*, pág. 82.
- (31) Juan José Sebrelli, *Las señales de la memoria*, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1991, pág. 162.
- (32) Cit. en Pablo Hernández, *El pensamiento nacional, 1960–1973*, Ed. Biblios, Bs. As. 1998, pág. 142.
- (33) Cit. en Galasso, *Jauretche...*, pág. 262.
- (34) Arturo Jauretche, *Filo, contrafilo y punta*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1986, pág. 120.
- (35) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 94.

- (36) Claudia Hilb y Daniel Lutzky, *La nueva izquierda argentina: 1960–1980*, CEDAL, Bs. As. 1984, pág. 17.
- (37) *Ibid.*, pág. 32.
- (38) Héctor R. Leis, *Intelectuales y política (1966–1973)*, CEDAL, Bs. As., 1991, pág. 38.
- (39) Julio Godio, *Perón. Regreso, soledad y muerte (1973–1974)*, Hyspamérica, Bs. As. 1986, pág. 12.
- (40) Silvia Sigal, *ob. cit.* pág. 13.
- (41) Emilio De Ipola y Juan Carlos Portantiero, "Crisis social y pacto democrático", en revista "Punto de Vista", N° 21, año 1984.
- (42) Arturo Jauretche, *De memoria. Pantalones cortos*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1986, págs. 242 y 256.
- (43) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 33.
- (44) Cit. en Norberto Galasso, *Jauretche...* pág. 262.

SEGUNDA PARTE: LA METAPOLITICA JAURETCHEANA

Capítulo 2

LA EPISTEMOLOGIA JAURETCHEANA

A pesar de la extraordinaria riqueza de su contenido y de la originalidad y el atractivo de su forma, la obra de Arturo Jauretche hoy es repudiada en los medios académicos. Emilio de Ipola, renombrado profesor de la Universidad de Buenos Aires e investigador del Conicet, confiesa sin pudor que "no he leído, por ejemplo, a los autores del nacionalismo y sólo muy poco a los de FORJA, quizá con la sospecha de que iba a ser escaso lo que de esa tradición podría extraer. A un autor de esa línea que sí conozco y no soporto es a Jauretche" (1). Dejemos por ahora de lado la confusión que manifiesta De Ipola entre "los autores del nacionalismo" y el pensamiento de Jauretche y FORJA, circunstancia que podría explicarse por una ignorancia más que sorprendente tratándose de un individuo que presume de científico social. Lo cierto es que De Ipola no es una excepción y que resulta frecuente que los profesores e intelectuales académicos califiquen desdeñosamente a Jauretche diciendo que se trata de un olvidable "político peronista".

En realidad, sería un reduccionismo calificar a Jauretche como político. Max Weber, el padre de la sociología académica, señaló que "quien hace política aspira al poder"(2). Basta recordar que Jauretche resolvió disolver la agrupación que presidía –FORJA– en el instante mismo en que las condiciones aparecían como más propicias para su acción, para advertir el equívoco que encierra el calificativo. Por otra parte, aunque Jauretche enarboló anticipadamente las banderas que más tarde el peronismo haría suyas, y a pesar de que durante veinte años defendió en libros y folletos al justicialismo en tanto encarnación del frente nacional, sus relaciones con el propio Perón nunca fueron buenas y recién se afilió al Partido Justicialista en 1972.

Pero si Jauretche no puede ser calificado como político ni en el sentido vulgar del término ni en el sentido que le da la sociología académica, tampoco sería del todo correcto catalogarlo como historiador, economista o científico social. Nunca dispuso de una cátedra en la universidad y jamás perteneció a

comunidad científica alguna. Más aún, no sólo no escribió desde ninguno de los aparatos ideológicos instituidos, sino que apuntó directamente contra ellos y contra sus administradores.

La obra de Jauretche no puede ser encasillada en los marcos de una disciplina particular. Aunque incursionó en la sociología, la politología, la economía, la psicología social, la crítica de la cultura y la historiografía, no se especializó en ninguna de ellas. Si hubiese que encuadrar a Jauretche en un área del conocimiento, podría decirse que su labor fue metapolítica. En el final de su vida, el propio Jauretche ensayó una definición de su labor: "No soy un político en el sentido aceptado del término (...). Mi tarea, aprendida junto a mi maestro Raúl Scalabrini Ortiz, es la de trabajar en la formación de estados de conciencia y confieso que sólo he utilizado la política como trampolín para esa empresa" (3). A esto se refiere René Orsi cuando dice que "Jauretche fue un político esencial" cuyas cualidades como poeta, tribuno, predicador, conferenciante, pensador, publicista, hombre de letras y soldado combatiente, fueron "herramientas utilizadas en el servicio nacional que prestó hasta que lo sorprendió la muerte" (4).

Ciencia y Metaciencia

Generalmente se llama metaciencia al estudio que toma a la ciencia como objeto y se pregunta desde un nivel superior sobre sus principios, fundamentos, estructuras, condiciones de validez, etc. (5). Si el objeto de estudio de las ciencias sociales es la realidad empírica en sus diferentes dimensiones, el objeto de las disciplinas metacientíficas está constituido por las ciencias mismas.

Definir como metapolítica la labor jauretcheana significa decir que el objeto de ella es la política en sus diversas manifestaciones. Pero en este punto se impone una aclaración. Para las corrientes positivistas, la realidad –la realidad política en este caso– se reduce a hechos atómicos, identificables y observables que se inmovilizan en el presente. Una concepción dialéctica, en cambio, concibe a la realidad como una totalidad inscripta en un devenir donde presente, pasado y futuro se articulan. Tal era la concepción

de Jauretche: "para una política realista la realidad está constituida de ayer y de mañana; de fines y de medios, de antecedentes y de consecuentes, de causas y de concausas"(6).

Es esta realidad multidimensional la que Jauretche entiende como realidad política. Una realidad que abarca no sólo los episodios singulares registrados por el cronista–historiador o por el taxoinomista–científico, sino que se extiende hacia los sistemas conceptuales pergeñados para percibirlos y conferirles significado, poniéndolos simultáneamente en entredicho. La realidad política abordada por la metapolítica jauretcheana abarca, entonces, todos aquellos discursos sociales, económicos, históricos e ideológicos que la constituyen al mismo tiempo que pretenden explicarla. Si se considera que esos discursos operan como conocimiento científico de la realidad social, Jauretche elabora un discurso metacientífico sobre ellos. Si esos discursos, en tanto conllevan una carga ideológica, pueden ser calificados de liberales, marxistas, nacionalistas, etc., el discurso jauretcheano quiere escapar del etiquetamiento situándose en un plano diferente. De allí que haya puntualizado, para escándalo de los De Ipola y cía., que "lo que FORJA aportará a la formación de las ideas argentinas no es, como he señalado ya, una ideología o una doctrina. Es esencialmente un modo, una manera, un método para encarar nuestros problemas"(7). Por la vía de la reflexión metapolítica, Jauretche buscaba eludir el etiquetamiento ideológico que acompaña a la ciencia social. No lo hacía para empantanarse en la pretendida asepsia ideológica del científicismo positivista, puesto que Jauretche tenía en claro que su tarea no era la del científico social: "documentar la falsificación de la historia (...) es la tarea que han cumplido los historiadores revisionistas. Lo mío es señalar las finalidades que persiguió esta falsificación..." (8).

Metaciencia y Paradigma

Thomas Kuhn, un físico y filósofo de la ciencia norteamericano que a partir de los años setenta acaparó la atención de los estudiosos, explicó que la "ciencia normal", es decir la actividad habitual de los

científicos a lo largo de la historia, se desenvuelve bajo la guía de un "paradigma". Las revoluciones científicas sobrevienen cuando un cúmulo de situaciones, tanto de orden intracientífico como extracientífico, determinan el abandono del paradigma vigente y su reemplazo por otro nuevo(9).

Mucho se ha discutido y se discute todavía con relación a los alcances del término "paradigma". A despecho de las críticas que atribuyen a Kuhn cierta ambigüedad o por lo menos vaguedad en su empleo, la palabra "paradigma" cobró vida propia y voló mucho más lejos de lo que Kuhn pudo en un comienzo haber imaginado. Ciertamente, *La estructura de las revoluciones científicas* no ofrece una definición precisa de "paradigma". Sin embargo, a lo largo de sus páginas se proporcionan elementos más que suficientes para hacer comprensible su significado. Veamos esos elementos.

- 1) son realizaciones científicas universalmente reconocidas (p. 13)
- 2) modelo o patrón aceptado (p. 51)
- 3) articulaciones de hechos significativos y teorías aceptadas (p. 66)
- 4) creencias metodológicas y teóricas entrelazadas (p. 43)
- 5) modelos de problemas y soluciones que se presentan a la comunidad científica (p. 13)
- 6) un mismo paradigma puede dar lugar a distintas tradiciones de ciencia normal (p. 9)
- 7) la irrupción de un nuevo paradigma no se produce por una transición paulatina a partir del anterior, sino que supone una ruptura, una revolución científica (p. 139)
- 8) el cambio de paradigma encarna en aquellos individuos que ocupan una posición marginal en la comunidad científica (p. 147)
- 9) quienes no aceptan el paradigma vigente son excluidos de la comunidad científica (p. 46)

La vigencia de un paradigma supone entonces, por un lado, la aceptación de ciertos fundamentos teóricos explicativos (teorías, leyes, hipótesis, etc.) y de un sistema de valores y creencias (metodologías, supuestos metafísicos, etc.) y, por otro lado, reconocer la intervención de instancias de legitimación del conocimiento (la comunidad científica, los autores consagrados, los aparatos ideológicos) tanto como la participación en la vida científica –de manera directa e indirecta– de

determinados beneficiarios de su producción. La particularidad del paradigma es que, en tanto marco conceptual muy general, produce efectos teóricos, políticos, metodológicos e ideológicos, al tiempo que él mismo se invisibiliza a la manera del Edipo freudiano. Concebir la producción científica e intelectual como subordinada a un paradigma implica socavar la pretendida objetividad del conocimiento según la entienden todas las variantes del positivismo. De ese modo, se desnudan las ataduras del conocimiento a determinados intereses sociales. Las esferas del Saber y del Poder, arbitrariamente escindidas por los positivistas, revelan los lazos que las mantienen unidas.

No existen evidencias de que Jauretche haya conocido la obra de Kuhn. Sin embargo, todas sus energías se abocaron a la tarea de identificar el paradigma vigente en el terreno de las ciencias sociales en la Argentina. Si en el *Manual de Zonceras argentinas* disecciona ese paradigma sacando a luz sus elementos constitutivos y mostrando la retroalimentación entre el todo y las partes, en *La colonización pedagógica* aparecen retratados los administradores del paradigma dominante y las instancias que lo legitiman. En *El medio pelo y la sociedad argentina* intentó explicar cuáles son las bases materiales –sociales, económicas– sobre las que reposa el paradigma, y en el resto de sus obras abordó regiones específicas donde el paradigma opera. Así, por ejemplo, en *Política Nacional y revisionismo histórico* se ocupó de examinar al paradigma en el terreno de la historiografía, y en los artículos reunidos en *Política y economía* (y en *El Plan Prebisch*) denunció al paradigma vigente en el campo de la economía aplicada. En todos los casos eligió un término para referirse a ese paradigma capaz de adquirir múltiples rostros donde ocultar su única identidad. Jauretche identificó el paradigma vigente en lo que llamó "pensamiento colonial".

El paradigma colonial como sistema de zonceras

"Las zonceras de que voy a tratar –dice Jauretche– consisten en principios introducidos en nuestra formación intelectual desde la más tierna infancia –y en dosis para adultos– con la apariencia de

axiomas, para impedirnos pensar las cosas del país por la simple aplicación del buen sentido. Hay zonceras políticas, históricas, geográficas, económicas, culturales, la mar en coche. Algunas son recientes, pero las más tienen raíz lejana y generalmente un prócer que las respalda"(10). El carácter axiomático que Jauretche atribuye a las zonceras revela que las entiende como el punto de partida desde el cual se examina la realidad. Se refiere a ellas como a las "anteojeras" que "el pensamiento colonialista ha creado en nuestro pensamiento desde la primera edad, para asentar sobre esos pilotes la arquitectura de su falsedad" (11).

Si las anteojeras sirven para mirar, ellas no pueden mirarse a sí mismas. Como el paradigma del que habla Kuhn, cuya aceptación es la condición necesaria de toda "ciencia normal". Por eso dice Jauretche que las zonceras "no se enseñan como una asignatura" sino que "están dispersamente introducidas en todas"; que son las condiciones que hacen posible el conocimiento y que en su diversidad "participan de finalidades comunes". Apoyándose mutuamente y complementándose unas con otras, las distintas zonceras adquieren la fisonomía de un sistema articulado, configurando lo que Jauretche denominará el sistema de la colonización pedagógica: "la pedagogía colonialista –dice– no es otra cosa que un puzzle de zonceras".

La omnipresencia del sistema de la colonización pedagógica, asentado en todos los aparatos ideológicos de que dispone la sociedad para reproducirse (la escuela, la cátedra, la prensa, las sociedades de escritores, etc.) le confiere un poder formidable del que resulta muy difícil escapar. El propio Jauretche reconoce haber sido tributario de él y haberse descubierto innumerables veces repitiendo zonceras "sin reflexionar sobre ellas y, lo que es peor, pensando desde ellas". Sin embargo, esto no significa que la pelea contra la colonización pedagógica resulte imposible o esté perdida de antemano.

Para Kuhn y sus seguidores, la existencia de un paradigma que sobredetermina la producción de conocimiento científico está en el orden natural de las cosas. La sucesión de paradigmas a lo largo de la historia a través de "revoluciones científicas" indica que el conocimiento de cada época es relativo a sus pautas organizadoras inscriptas en cada paradigma. Esta relatividad del conocimiento científico

implícita en la obra de Kuhn es lo que repugna a sus críticos positivistas y científicistas. Para colmo de males, el cambio de un paradigma por otro, al ser consecuencia de una revolución, incluye factores irracionales, que tienen que ver con relaciones de fuerza y donde intervienen operaciones propagandísticas. Aquí los críticos acusan a Kuhn no sólo de relativista, sino también de irracionalista. Por añadidura, cuando Kuhn proclama que "el mundo cambia con el cambio de paradigma" y que la realidad que tienen ante sí los científicos inmersos en un paradigma difiere de la realidad con que se encuentran quienes hacen ciencia al amparo de un paradigma anterior o posterior, los críticos descubren las implicancias idealistas y subjetivistas de la cosmovisión kuhniana: es el sujeto el que crea la realidad con su mirada y hay tantas realidades como miradas posibles.

Aunque la categoría de "pedagogía colonialista" o "sistema de zonceras" cumple la misma función organizadora del conocimiento que Kuhn atribuyó a la de "paradigma", el pensamiento de Jauretche está muy alejado del relativismo cognoscitivo y, más aún, del irracionalismo y el idealismo. La pedagogía colonialista, puntualiza Jauretche, es "una desviación mental introducida por la desconexión con la realidad" (12) y un buen remedio contra ella es "el buen sentido de lo popular (que) no tiene anteojeras que le deformen la visión" (13). Si para Kuhn todo el conocimiento científico, en cualquier época y lugar, está inevitablemente mediatizado por un paradigma, para Jauretche la pedagogía colonialista además de mediatizar, deforma la realidad.

El escape del irracionalismo, por su parte, estaría dado por la posibilidad de echar luz sobre la naturaleza deformante de la pedagogía colonialista tornando inteligible su significado último, es decir, descubriendo su naturaleza y función: "cuando el zongo analiza la zoncera –dice Jauretche– deja de ser zongo" (14). Y esa posibilidad sólo aparece cuando las condiciones materiales que están en su base lo permiten. "El factor decisivo del triunfo de la revisión de la historia (es decir del desmontaje de las zonceras, GC) ha sido la nueva realidad del país (...). El momento había llegado con las nuevas condiciones históricas" (15).

La pedagogía colonial al desnudo

Jauretche valoraba "el difícil arte de escribir fácil" y repudiaba el lenguaje enrevesado de los intelectuales académicos. "La ciencia de la economía y las finanzas –ejemplificaba– son totalmente accesibles al hombre común, y la apariencia del misterio de que se las rodea es un arte de prestidigitación, cuyo prestigio desaparece cuando se revela al público el secreto (...) se trata del lenguaje y del método (16)".

Ciertamente, el propósito jauretcheano de desplegar en todas sus facetas el paradigma dominante de la pedagogía colonialista, para mostrar sus falacias ocultas y hacer evidentes sus propósitos implícitos, exigía esa suerte de terminología subversiva que caracteriza su obra. La rispidez de la prosa jauretcheana, su agresiva adjetivación, así como su estilo polémico y socarrón, podrán disgustar a quienes estén habituados a leer los insípidos *papers* que proliferan en el mundo académico. Allí, la regla es el cuidado extremo y la solemnidad infatuada para no disgustar a quienes poseen las prerrogativas de decidir la concesión de una beca o al aparato que distribuye el premio de la difusión o el castigo del silenciamiento. Sin embargo, hay que preguntarse: ¿cómo sería posible violentar las ideas establecidas sin alterar los estilos discursivos que les están adheridos? La revolución en el campo del conocimiento –esto también lo decía Kuhn– es comparable a la revolución política. Esta última, ya se sabe, suele irrumpir por la puerta trasera sin pedir permiso. ¿No debe esperarse lo mismo de la primera?

Jauretche no ignoraba que para demoler el edificio intelectual de la colonización pedagógica había que asaltar los recintos sagrados de sus administradores –la comunidad científica o académica– y que la magnitud de la tarea exigía empezar por el principio: subvirtiendo ese lenguaje oscuro y elusivo que los profesores consagrados y los sabios de capilla emplean como argamasa de una producción intelectual que siendo abstrusa y falaz quiere pasar por profunda y reveladora.

De lo antedicho se infiere que el estilo de Jauretche no constituye ni una debilidad de su obra ni tampoco es accidental. La forma está, por el contrario, en íntima conexión con su contenido. El estudioso de la obra de Jauretche que no desee limitarse a la mera apologética ni a repetir lo que en ella

ya ha sido dicho, deberá esforzarse por inteligir la lógica interna que la preside y formalizar ese desorden aparente que, sin embargo, es el requisito de su fuerza. Conseguido esto, se hará evidente, entre otras cosas, que el pensamiento de Jauretche tiene sobrados méritos intrínsecos para difundirse en instituciones como la Universidad, que presumen de ser los espacios privilegiados de circulación del saber.

Aceptado el desafío que supone "el difícil arte de escribir fácil", Jauretche arremete entonces contra la pedagogía colonialista. Dada su condición de paradigma organizador y legitimador del conocimiento, ésta comprende tres instancias que, aunque articuladas y en permanente retroalimentación, resultan diferenciables:

- el sistema conceptual
- los aparatos legitimadores y sus administradores
- los beneficiarios del paradigma

El sistema conceptual

Es en el *Manual de zonceras argentinas* donde Jauretche disecciona el entramado conceptual de la pedagogía colonialista, mostrando simultáneamente la interrelación entre sus componentes. Teorías, conceptos y valores constituyen ese puzzle de zonceras que extravían la comprensión de quienes piensan desde ellas.

La zoncera madre, dice, es la disyuntiva entre civilización y barbarie: "la zoncera de *civilización y barbarie* es una zoncera intrínseca, porque no nace del falseamiento de los hechos históricos ni ha sido creada como un medio aunque después resultase el medio por excelencia, ni se apoya en hechos falsos. Es totalmente conceptual" (17). Esta autonomía de la zoncera respecto de los hechos –su carácter totalmente conceptual– es la que le confiere su carácter paradigmático en tanto "modelo o patrón aceptado", como decía Kuhn. Sin embargo, ello no significa que estos términos opuestos carezcan de referente empírico. Jauretche observa que "plantear el dilema de los opuestos civilización y barbarie e

identificar a Europa con la primera y a América con la segunda, lleva implícita y necesariamente a la necesidad de negar América para afirmar Europa, pues uno y otro son términos opuestos: cuanto más Europa más civilización, cuanto más América más barbarie" (18).

Como puede advertirse, la oposición entre civilización y barbarie conlleva una explícita carga valorativa, que de inmediato se traslada a los referentes de cada uno de los términos: "la mentalidad colonial –apunta Jauretche– cree que todo lo autóctono es negativo y todo lo ajeno positivo". Si Europa encarna un valor positivo (la civilización), la tarea del intelectual progresista consistirá en civilizar ayudando al país a salir de América para entrar en Europa.

Una vez internalizada la zoncera (cuya difusión, como veremos, corre por cuenta de los aparatos de legitimación y sus administradores), queda convertida en "un medio por excelencia" para abordar los fenómenos históricos, políticos y sociales. Conviene insistir: la zoncera no nace del falseamiento de los hechos de la realidad, sino que es la condición misma de tal falseamiento.

Sin escapar de la zoncera (lo que no puede hacerse sin contar con un paradigma alternativo a la pedagogía colonialista), cualquier disputa ideológica acerca de los fenómenos de la realidad político-social se torna irrelevante o distractiva. "Así –observa Jauretche– la oligarquía y su oposición democrática o marxista disienten en cuanto a la ideología a aplicar pero coinciden totalmente en cuanto al mesianismo: civilizar (...). Los fines son distintos y opuestos en cuanto a la ideología en sí, pero igualmente ideológicos" (19). Hoy resulta moneda corriente referirse a los momentos decisivos de la historia argentina del siglo XX –la emergencia del yrigoyenismo y del peronismo– como ejemplos prototípicos de lo que llamaríamos "coincidencia intraparadigmática", es decir, al interior del sistema de zonceras, entre los opuestos ideológico-políticos de la izquierda y la derecha. En tanto que son dos variantes del polo de la "civilización", se vieron en un momento crítico compelidas a hacer causa común contra el polo de la "barbarie". "¿Por qué la parte de la *intelligentzia*, democrática o marxista, no pudo entender un hecho tan evidente en ninguna de las dos oportunidades. La oligarquía trató de invalidarlo porque sus intereses concretos coincidían con los criterios de *civilización* y *barbarie*, pero en otro caso

la explicación sólo es posible a puro vigor de la zoncera: incapaz de salir del esquema y partiendo del mismo supuesto histórico de que las masas en el pasado habían expresado sólo la barbarie frente a la civilización, vio en su nueva presencia una simple recidiva. De ahí lo de 'aluvión zoológico' y 'libros y alpargatas', que son zoncercitas bisnietas de *civilización y barbarie* y cuyo sentido permanente supera la insignificancia de los que las enunciaron, pues revelan el modo de sentir de la *intelligentzia in totum*, incapaz de pensar fuera de la ideología, es decir de lo conceptual ajeno y opuesto a los hechos propios"(20).

Un poeta aconsejó: "si pretendes desentrañar las cosas/ desentraña las palabras/ que el nombrar es del existir la entraña". Y Jauretche siguió el consejo. Al desentrañar la naturaleza de la pedagogía colonialista, desarrolló una tarea "deconstructiva" que se acompañó de una suerte de enderezamiento terminológico y una reconstrucción conceptual valorativa. "Hay que vencer el miedo y los prejuicios –señaló–. Y eso se vence pensando en términos nacionales"(21).

"Pensar en términos nacionales" significa construir un "modelo o patrón" alternativo al que supone la pedagogía colonialista y que permita aprehender la realidad tal como ella se presenta, sin falsearla o distorsionarla. Este punto es importante y merece ser aclarado, pues ciertas expresiones jauretcheanas en las que se reivindica el método inductivo pueden generar malentendidos. Estas expresiones, por otra parte, han servido a los adversarios de Jauretche para justificar, en nombre de un pretendido rigor metodológico, la desestimación de su pensamiento.

Si la pedagogía colonialista elabora un sistema de zonceras para abordar la realidad, el contenido falaz de ese sistema se desprende de su carácter derivado de una realidad focalizada desde un lugar que no es el nuestro. Así, observa Jauretche, hay que tener presente que "lo que conocemos como historia y geografía del mundo, es sólo la historia y geografía de una pequeña península de Asia" (22). Es decir, lo que se presenta como saber "universal" es en realidad un saber eurocéntrico. Para Jauretche, en el terreno de las ciencias sociales, ni las teorías, ni los valores, ni la terminología tienen carácter universal: "bajo la apariencia de los valores universales se (introducen) como tales los valores correspondientes

sólo a un momento histórico o lugar geográfico, cuya apariencia de universalidad surge exclusivamente del poder de expansión universal que les dan los centros donde nacen, con la irradiación que surge de su carácter metropolitano" (23). La propia disyuntiva entre civilización y barbarie tuvo en Europa un significado distinto al que adquirió entre nosotros. "Ocurrió aquí –dice Jauretche– lo inverso que entre los griegos, para los cuales la barbarie es lo exótico a la Hélade y lo culto lo propio".

La zoncera paradigmática "civilización o barbarie", entonces, pierde la autenticidad y operatividad que pudo haber tenido en otro tiempo y lugar para convertirse, en el aquí y ahora, en un producto artificial y reificado que lejos de hacer inteligible aquello que pretende explicar, lo distorsiona. Todas las zonceras derivadas de la zoncera madre heredan este pecado de origen. "¿Qué extrañar entonces –se pregunta Jauretche refiriéndose a Ezequiel Martínez Estrada, aquel "maestro de la juventud" anclado en la disyuntiva colonizadora– que donde nosotros encontramos el enfrentamiento de opresores y oprimidos, de minorías extranjerizantes y mayorías nacionales, de coloniales y emancipadores, él sólo encuentre el de libros y alpargatas, el de 'cultos' y 'bárbaros'" (24).

Estos dos modos antagónicos de entender la realidad –o como un enfrentamiento entre la civilización y la barbarie o como uno entre minorías opresoras extranjerizantes y mayorías populares nacionales– está señalando las diferencias irreconciliables entre la pedagogía colonialista y la pedagogía nacional jauretcheana. Si en el primer caso se trata de un paradigma articulado cuyo centro de irradiación son los aparatos legitimadores del status quo y cuyos beneficiarios son las elites económicas dominantes, en el segundo caso estamos ante el intento de erigir sobre la crítica del primero y en beneficio de las mayorías desprovistas de poder económico y político, un paradigma alternativo de signo opuesto. Si el paradigma colonialista es una herramienta de alienación ideológica al servicio de la opresión social, el paradigma jauretcheano apuesta a desarrollarse como instrumento al servicio de la emancipación.

Los aparatos legitimadores

La pedagogía colonialista requiere de ciertos canales para difundirse. Esos canales son los que el filósofo Louis Althusser denominó "aparatos ideológicos del estado": la escuela, los medios de prensa, la universidad, las academias culturales, etc. "Llamamos aparatos ideológicos del estado –dice Althusser– a cierto número de realidades que se presentan al observador bajo la forma de instituciones precisas y especializadas" (25). Efectuar una crítica de las zonceras inherentes a la pedagogía colonialista sin extenderla a los canales que las difunden significaría recorrer sólo la mitad del camino. Y Jauretche no detuvo su marcha antes de llegar a destino.

La tarea de los aparatos ideológicos consiste en elaborar discursos legitimatorios del orden social. Si las zonceras que ellos difunden constituyen la dimensión discursiva de la pedagogía colonialista, los aparatos mismos, y sus administradores, encarnan la dimensión material. La crítica jauretcheana de la dimensión discursiva puede herir susceptibilidades, pero en la medida que se trata de una crítica de las ideas, puede resultar tolerable. Distinta es la situación cuando la crítica apunta ya no sólo a los discursos, sino también a sus portadores. Es entonces cuando la subversión terminológica y conceptual propuesta por Jauretche adquiere sus ribetes más corrosivos y su obra se torna "insoportable", para decirlo con la expresión de De Ipola.

Otra vez conviene puntualizar: las dimensiones discursiva y material de la pedagogía colonialista se hallan entrelazadas, son las dos caras de una misma moneda. Así lo explicó Jauretche: "Se trata de un círculo vicioso: el aparato de la colonización pedagógica elabora el personaje a través de un proceso en el que éste va haciendo carrera en el profesorado, en el periodismo, en las ciencias o en las letras, en la política, etc. Esta carrera es llevada al nivel de la opinión pública por la gran prensa que le va anotando los elementos de prestigio a través de una amplia publicidad. Que el individuo tenga méritos y cualidades para la técnica en que se dice especializado, no es imprescindible. Si verdaderamente vale, mucho mejor. Pero si no hay uno capaz para el objetivo, el personaje se construye con cualquier farabute, porque lo que importa no es su técnica sino su servicio, y su servicio consiste en utilizar el prestigio que se le da para prestigiar el propio aparato"(26).

Subvirtiendo una vez más la terminología colonialista, Jauretche comenzó por introducir el término "intelligentzia" para referirse a los profesores, académicos e intelectuales que administran los aparatos ideológicos: "señalaré por qué es 'intelligentzia' y no inteligencia la constituida por gran parte de los nativos que a sí mismos se califican como intelectuales". Y agrega: "La intelligentzia es el fruto de la colonización pedagógica" (27).

Quienes realizan la tarea intelectual al abrigo de los aparatos ideológicos forman entonces la intelligentzia. El término abarca desde el maestro de escuela al académico consagrado, pasando por los periodistas de la "prensa libre", los profesores universitarios, los artistas, los escritores y los políticos profesionales. Por supuesto, no todos los intelectuales pertenecen a la intelligentzia. Si el intelectual que difunde las zonceras de la pedagogía colonialista es un exponente de la intelligentzia, aquel que se atreve a denunciarlas y desafiarlas pertenece al campo de la inteligencia nacional. "Intelligentzia" e "inteligencia nacional" son en Jauretche términos antagónicos. Por eso expresó en una ocasión: "No quiero, no admito ser definido como un intelectual. Sí, en cambio, me basta y estoy cumplido si alguien cree que soy un hombre con ideas nacionales" (28). Pero mientras los exponentes de la intelligentzia disponen de los aparatos ideológicos, los pensadores nacionales son sistemáticamente excluidos de ellos. Dice Jauretche: "Recorred minuciosamente, con lupa, la lista de las academias y de las figuras que se prestigian con el aparato, y no encontraréis el nombre de un solo nacional, de uno solo que haya sido consecuente y firme en las posiciones del pueblo cuando éste ha tenido oportunidad, y con los intereses de la nación en las contingencias verdaderamente decisivas" (29).

Los aparatos ideológicos al servicio de la colonización pedagógica establecen las directivas: "Los temas están cuidadosamente reglamentados así como la forma en que deben tratarse. Es una religión, con santoral y diablos, virtudes y pecados, castigos y recompensas, con la particularidad de que nadie cree en ella, pero todos son beatos" (30). Quienes no acatan las directivas son excluidos e invisibilizados. El término "desaparecidos", utilizado a partir de los años setenta para hacer referencia a las víctimas de la represión física de las dictaduras liberales, puede aplicarse aquí a las víctimas de la represión simbólica

ejercida por los aparatos ideológicos. Jauretche experimentó en carne propia, durante la mayor parte de su vida, los efectos de la represión ideológica. "Jamás un libro de FORJA o de los hombres de FORJA mereció el comentario periodístico o radial –rememora–. Nuestros hombres jamás tuvieron acceso a la radiotelefonía y eran ignorados por el reportaje, la encuesta, etc." (31). A mediados de los años sesenta, cuando sus libros circulaban profusamente, Jauretche comentaba con sarcasmo: "Fíjese si eso no es asombroso. ¡Best seller a los sesenta y cinco años! Quiere decir que si yo me hubiera muerto el año pasado, muy pocos habrían sabido de mi labor" (32). Pero, a diferencia de los hombres de la *intelligentzia*, que creen que su difusión en los medios de prensa obedece tanto al carácter "libre" e "independiente" de ésta como a sus propios méritos intelectuales, Jauretche no perdía de vista que "ha sido la nueva realidad del país (...) la que le ha permitido encarnarse (a los pensadores revisionistas y a él mismo) en la conciencia pública y hacerse ya opinión del país sin necesidad de universidad, escuela, prensa y contra ellas"(33).

Una vez establecidos los temas a tratar y reglamentada la forma de su tratamiento, así como efectuada la desaparición de quienes no acatan las directivas, el aparato colonizador se pone en movimiento. Primero, "el aparato de la colonización pedagógica elabora el personaje a través de un proceso en el que éste va haciendo carrera en el profesorado, en el periodismo, en las ciencias o en las letras, en la política, etc." (34). Surge así el "figurón". Luego, el figurón debe devolver los favores recibidos: "su servicio consiste en utilizar el prestigio que se le da para prestigiar lo que el aparato de la colonización sostiene, y aún más: para prestigiar al propio aparato" (35). Jauretche denomina a este proceso "la técnica de fabricación", y lo explica del siguiente modo: "la firma del personaje, o la simple aparición frecuente y destacada en los grandes diarios, sirven para construir el prestigio, prestigio que una vez logrado sirve a su vez para prestigiar las ideas y los hechos que el prestigiado apoya con su autoridad" (36). Así ocurre, por ejemplo, con "la calidad de académico (que) da la más alta jerarquía al figurón". Este individuo, "es académico porque es personaje y personaje porque es académico" (37).

Semejante "organización del recíproco bombo entre los individuos de la *intelligentzia*" (38) se manifiesta en la división de tareas en función de intereses comunes que existe entre la universidad y los medios de prensa. La primera disimula los intereses que vehiculiza invocando los supuestos valores universales del conocimiento, "fiel a la engañifa que presenta el problema del gobierno como una cuestión de cultura y no una cuestión de intereses. Esa es la técnica: que gobiernen bajo la máscara de la cultura los intereses antinacionales, excluyendo los intereses sociales y nacionales por falta de aptitudes técnicas" (39). De tal modo, la universidad queda reducida a la condición de "simple fábrica de expertos, sin otro espíritu que el de la *intelligentzia*, es decir, el de la idea básica de la misma desde su origen, que identifica instrucción con educación y civilización con cultura" (40). Surge así el estudiante "fubista", cuyo adiestramiento técnico se completa con la inoculación de las zonceras de la colonización pedagógica que difunde el "maestro de la juventud". Este último, una "variante coloreada del figurón", es un ex fubista "una vez que ha logrado el título profesional, dicta cátedra y publica libros".

El paso siguiente consiste en abrir el acceso de los figurones y maestros de la juventud a los medios de prensa. "Nada hay más engañoso que la prensa llamada independiente" advierte Jauretche (41), y tras "esa mentira de la libertad de prensa" se esconde "una preocupación enfermiza estimulada por la gran prensa que cuida que esa misma opinión (la "opinión pública") ignore la permanente, regular y sistemática presión de los intereses económicos sobre ella" (42). Al servicio de esa tarea de ocultamiento se prestan los figurones, quienes a cambio de "ocultar la ligazón de esas agencias con los grandes intereses financieros y con los gobiernos de los imperios que prácticamente controlan su orientación informativa" (43), obtienen la posibilidad de revalidar y acrecentar su condición de figurones.

La prensa se prestigia abriendo sus puertas a los figurones y los figurones se prestigian apareciendo en la prensa. Y poco importa si algún figurón tiene veleidades izquierdistas, porque "el contubernio de izquierda y derecha que es la *intelligentzia*" (44) forma parte de "un común frente intelectual contra toda irrupción de lo popular como expresión de autenticidad" (45). Sobre la base de la exclusión o

desaparición de "lo popular y nacional que es la barbarie", no es extraño comprobar que "las tribunas de la oligarquía comentarán, tal vez adversamente, los libros, las conferencias, los hechos de sus adversarios ideológicos, pero los comentarán". Porque "la división entre izquierda y derecha (...) tiene una premisa común en que sigue gravitando el dilema de civilización o barbarie"(46).

No sería correcto considerar la crítica jauretcheana de los aparatos ideológicos como el resultado de una "visión conspirativa". Anticipándose a esta objeción, Jauretche afirma: "no es preciso que la superestructura cultural tenga conciencia definida de la nueva estrategia a aplicar. Son los hechos los que la articulan" (48). Sin perjuicio de que detrás de los "zonzos" que difunden zonceras puedan encontrarse los "vivos" que las usufructúan, y de que siempre haya "un lazarillo que conduce al ciego", lo que a Jauretche le importa es poner de manifiesto que la naturaleza y el funcionamiento de los aparatos ideológicos derivan de una estructura económico-social determinada. Es esa estructura económico-social –tercera instancia del paradigma de la pedagogía colonial– la que Jauretche intenta también desentrañar.

La base económico-social del paradigma. Sus beneficiarios

En las páginas finales de *El medio pelo en la sociedad argentina*, Jauretche confiesa que "toda mi vida se ha concentrado en ese objetivo que ahora consiste en 'modernizar las estructuras económicas y sociales argentinas'"(49). Esta declaración no resulta incompatible con aquella otra citada más arriba en la que define su tarea de siempre como la de "trabajar en la formación de estados de conciencia". Al contrario, revela una concepción alejada tanto del pragmatismo inherente a esos políticos cuyo supuesto apego a la realidad esconde su incapacidad para comprenderla en sus múltiples determinaciones y modificarla, como del escapismo de los ideólogos que invocando la autonomía de las ideas pierden de vista la encarnadura que éstas tienen en la realidad. La lucha en el terreno de las ideas era, para Jauretche, sólo un aspecto de la lucha integral que apuntaba no a derribar una ideología en beneficio de alguna otra, sino a modificar las causas materiales sobre las que se elaboran las ideologías.

En este sentido, el trabajo "en la formación de los estados de conciencia" adquiere un carácter "antiideológico", porque supone conectar las ideas con la realidad, admitir la preeminencia de ésta última y descubrir la polifuncionalidad de aquellas. Así lo expresó Jauretche: "Nuestros papanatas ideológicos, los creyentes de los grandes enunciados, los profesores de ideas abstractas, todos especialistas en el hurto de la realidad, tienen aquí una gran enseñanza. El dirigismo de Estado, como el liberalismo, como el socialismo, como casi todas las fórmulas hechas, son fórmulas simplemente. Lo mismo sirven para un fregado que para un barrido. Pueden servir para el ascenso social del pueblo y hasta para el propio desarrollo del capitalismo nacional, como pueden servir para lo inverso. Todo está en cómo se los maneje y para qué fines" (50).

Habrá entonces que bucear en la realidad para descubrir en ella los determinantes de la pedagogía colonialista y encontrar los fundamentos materiales sobre los que erigir una pedagogía nacional alternativa. Si la pedagogía colonialista tiene el carácter de paradigma o "modelo o patrón aceptado", todo paradigma supone al mismo tiempo, como señaló Kuhn, "articulaciones de hechos significativos y teorías aceptadas", es decir, de "discursos y realidades" que se alimentan de manera recíproca y se suponen mutuamente. Abordar esta dimensión "material" del paradigma es lo que Jauretche hizo en *El medio pelo...*

Reseñando los momentos decisivos de la historia argentina del siglo XIX, Jauretche identifica a las grandes potencias metropolitanas (fundamentalmente Gran Bretaña primero y EE.UU. más tarde) como a "las fuerzas extranjeras que dirigieron y aún dirigen los resortes esenciales de nuestra economía". Esta situación determinó que en el país, "si bien se crearon las condiciones del capitalismo, (...) se impidió el surgimiento de un capitalismo nacional al ponerlo en indefensión frente a la economía imperial"(51).

La disyuntiva entre un capitalismo nacional autónomo y un capitalismo subordinado al mercado mundial resulta constitutiva de la cosmovisión jauretcheana. La tensión entre ambos polos de la disyuntiva confiere inteligibilidad a las luchas políticas y sociales. Así, refiriéndose al rosismo, se pregunta: "¿Pudo, a nivel histórico 1853, planearse una política económica nacional? ¿Existía la

posibilidad de surgimiento de una burguesía nacional que cumpliera ese papel? Y responde taxativamente: "Existía. Y Juan Manuel de Rosas había sido su máxima expresión" (52).

A la frustrada tentativa rosista de erigir un capitalismo "autocentrado" le sucederían otras. "Hacia el 80 se abre otra perspectiva (...) la generación del 80 parece no estar arrodillada ante 'los apóstoles del libre cambio', como Mitre, ni creer en la ineptitud congénita de los argentinos, como Sarmiento(...). Pero todo queda en vagos enunciados teóricos(...) el roquismo, como tentativa de grandeza nacional, se desintegra en las pampas vencido por los títulos de propiedad que adquieren sus primates, ahora estancieros de la provincia" (53). Ya entrado el siglo XX, se presenta una nueva oportunidad: "Aparece en escena el radicalismo (...)". Sin embargo, hacia 1930 "las circunstancias reclamaban una personalidad más vigorosa que la del viejo caudillo en declinación y una política económica más recia que la contenida en los enunciados generales y en la voluntad general que había bastado en el primer gobierno para iniciar la marcha sobre la base de las circunstancias favorables creadas por la guerra" (54). Por fin, con el peronismo, "la Argentina entraba a su propio desarrollo capitalista pero en las condiciones del siglo XX".

El desenvolvimiento de la historia argentina como un conflicto irresuelto entre las tentativas de un desarrollo nacional autónomo y el allanamiento a las exigencias de los centros imperiales se revela entonces como la oposición entre "la Argentina nominal" de una parte y "la Argentina real y profunda" de la otra (55). La primera es "la de los títulos de los diarios, de las entidades representativas, de las academias a la Sociedad Rural, de la Universidad a la Unión Industrial...". La segunda es "la que no tiene medios de expresión ni títulos representativos pero es el país de la multitud...". La primera se engalana con los oropeles de la "civilización", al tiempo que estigmatiza a la segunda calificándola como "barbarie"; la primera se prestigia con "los libros" y la segunda constituye la resistencia de "las alpargatas".

Toda la empresa jauretcheana puede ser sintetizada como un valeroso y brillante intento de elevar hacia la superficie a esa "Argentina profunda" a fin de que pueda desarrollar las potencialidades que subyacen

ahogadas bajo la pesada loza de la enajenación económica y cultural. Para ello debió diseccionar el aparato de la colonización pedagógica criticando tanto las falacias conceptuales que encierra como a las instituciones y "figurones" que lo administran. Pero también descubrir en la realidad misma, en la estructura de clases, a los actores sociales que son sus generadores y beneficiarios últimos.

La introducción del concepto "medio pelo" resulta fundamental. En la Argentina moderna, "dos vertientes concurren a la formación del medio pelo(...). La primera –los primos pobres de la oligarquía (...) la segunda vertiente (...) fundamentalmente está constituida por elementos de la clase media alta, la 'intelligentzia' y la burguesía de los últimos ascensos" (56). La característica del medio pelo es que "construye su status sobre una ficción en que las pautas vigentes son las que corresponden a una situación superior a la suya, que es la que se quiere simular" (57). Tras puntualizar que "se trata de un grupo definido más cultural que económicamente" y que "sus límites son imprecisos", Jauretche remarca que lo distintivo del medio pelo no es la búsqueda de prestigio, sino "la naturaleza artificial y además desnaturalizante de la búsqueda de prestigio". Por esta razón, no lo satisfacen las definiciones ensayadas por la sociología académica –"disociación entre grupo de pertenencia y de referencia"– y por el marxismo –"falsa conciencia"–. Ambas definiciones, referidas a las clases medias, dejan escapar esa especificidad del medio pelo argentino que deriva de la oposición entre "la Argentina profunda" y "la Argentina artificial". El concepto "medio pelo", en cambio, trascendiendo la generalidad de esos "tipos ideales" elaborados en otro tiempo y lugar aunque con pretensiones de universalidad, elucida la modalidad concreta que en sectores sociales concretos de una realidad concreta adoptan la "falsa conciencia" o la "disociación entre grupo de pertenencia y grupo de referencia". Así, Jauretche distingue: "mientras la alta clase media y la burguesía de principios de siglo se comportaron como tales y fueron factores activos de la democratización del país a través de la transformación económica y política con la cual identificaron su destino, un numeroso grupo perteneciente a los equivalentes sectores contemporáneos, toma el rumbo inverso para constituir este status, históricamente anómalo, caracterizado por la adopción de pautas de imitación que marginan a sus componentes del proceso de avance de la sociedad argentina" (58).

El medio pelo, entonces, no es la clase media que se fuga de la realidad "hacia arriba" de la escala social con su "falsa conciencia"; es la fracción de las clases medias que se fuga "hacia fuera" del país real. De ahí el carácter, si se quiere, doblemente enajenado de su falsa conciencia. Y de ahí que para Jauretche "no puede confundirse clase media con medio pelo"(59).

De la oposición entre "la Argentina profunda" y "la Argentina artificial" se sigue la oposición entre los sectores medios que ya en la década del cuarenta fueron "precursores del movimiento político y social que correspondió a la tentativa del país para marchar por la industrialización hacia la integración de la economía" (60) y otro sector de la clase media que rechazó esa tentativa: "la 'intelligentzia', desde el profesor universitario al maestro de escuela, pasando por el grueso de los profesionales, periodistas, artistas; se resintió en su subjetividad de depositario de la 'cultura' y fabricó una interpretación a la medida de sus aptitudes, de izquierda a derecha, y sin que sus diferencias doctrinales impidieran la unanimidad del pensamiento" (61).

Esta línea divisoria trazada verticalmente entre sectores medios ligados al desenvolvimiento de "la Argentina profunda" y sectores medios tributarios de "la Argentina artificial", cuyos parámetros de distinción incluyen tanto variables económico–sociales como culturales, se extiende tanto hacia arriba como hacia abajo. En el primer caso, permite percibir por un lado la existencia de "la alta clase que se ha imbuído de una concepción aristocrática a la que repugna cualquier actividad burguesa (...) esa clase no cumplió el papel que correspondía a una burguesía, se resignó a ser la fuerza interna dependiente cuya misión ha sido impedir toda modificación de la estructura" (62). Por otro lado, frente a esta oligarquía capitalista pero no burguesa (porque es un apéndice del capitalismo internacional y renuncia a la perspectiva de un capitalismo nacional autocentrado), "a la sombra de la expansión del mercado interno y el correlativo desarrollo industrial surgió una nueva promoción de ricos, distinta a la de los propietarios de la tierra, que venía de los sectores medios y aún del rango de los trabajadores manuales, y se complementaba con una inmigración reciente de individuos con aptitud técnica para el capitalismo" (63). Extendiendo la divisoria vertical hacia abajo, Jauretche señala que para "la Argentina artificial",

"el obrero es un ente imaginario de piel blanca y apellido preferentemente italiano, más concretamente, ocupado en los servicios públicos, y con una cultura media que lo pone al margen de los movimientos multitudinarios" (64). Frente a este proletariado, con el que Juan B. Justo soñó construir una democracia social fundada en cooperativas de consumo, emergió el "cabecita negra", producto auténtico de "la Argentina profunda".

Si el prisma deformante de la pedagogía colonial sólo permite a la "Argentina artificial" ver una realidad en la que la divisoria horizontal distingue la clase alta aristocrática y oligárquica, ambiguamente calificada de burguesa, de una pequeña burguesía enfeudada a las pautas extranjerizantes del medio pelo y una clase obrera educada en el juanbejustismo, desechando el resto al campo de "la barbarie", es el prisma superador de la pedagogía jauretcheana el que con su divisoria vertical rescata ese resto de la "barbarie" y lo erige en el bloque heterogéneo capaz de animar "un modo nacional de ver las cosas". A mediados de los años cuarenta, este "campo de la barbarie" se hizo presente en la política argentina: "Ocurrió entonces que un joven teniente coronel, simplemente con realismo político, percibió las nuevas condiciones históricas de la Argentina: el surgimiento de un nuevo proletariado, una nueva burguesía y una nueva clase media, que a su vez escapaban a la culturación colonizante" (65). Si las "viejas clases" (oligarquía, medio pelo, clase obrera ligada a los servicios) estaban en el origen de la pedagogía colonial, será sobre las "nuevas clases" que se construirá la pedagogía nacional. La "cohesión" de estas "nuevas clases" es la base material de la metapolítica jauretcheana: "La cohesión nacional de las clases en ascenso (las de "la Argentina profunda"), es lo que el país necesita para vencer el enorme poder de los intereses preexistentes, nacionales y extranjeros, que se oponen a que seamos potencia".

Notas

- (1) Emilio de Ipola, en Javier Trímboli, *La izquierda en la Argentina*, Ed. Manantial, Bs. As. 1998, pág. 164.
- (2) Max Weber, "La política como vocación", en *El político y el científico*, Alianza, Madrid, 1969, p. 84.
- (3) Cit. Norberto Galasso, *Jauretche, biografía de un argentino*, Homo Sapiens, Rosario, 1997, p. 275.
- (4) René Orsi, *Jauretche y Scalabrini Ortiz*, Peña Lillo ed. Bs. As. 1985, pág. 16.
- (5) Robert Blanché, *La epistemología*, Oikos, Madrid, 1973, pág. 8.

- (6) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, Peña Lillo ed., Bs. As., 1973, pág. 14.
- (7) Arturo Jauretche, *FORJA y la Década Infame*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1984, pág. 53.
- (8) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 42.
- (9) Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, F.C.E., México, 1985.
- (10) Arturo Jauretche, *Manual de zoncetas argentinas*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1980, pág. 12.
- (11) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1967, pág. 178.
- (12) Ibid. pág. 178.
- (13) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 80.
- (14) Arturo Jauretche, *Manual de zoncetas argentinas*, pág. 13.
- (15) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, págs. 58 y 61.
- (16) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, pág. 43.
- (17) Arturo Jauretche, *Manual de zoncetas argentinas*, pág. 34.
- (18) Ibid. pág.34.
- (19) Ibid. pág. 29.
- (20) Ibid. pág. 31.
- (21) Arturo Jauretche, *Política y economía*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1984, pág. 34.
- (22) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, pág. 158.
- (23) Ibid. pág. 145.
- (24) Ibid. pág. 80.
- (25) Louis Althusser, "Ideología y aparatos ideológicos del estado", en *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1974, pág. 109.
- (26) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, pág. 250.
- (27) Ibid. pág. 144.
- (28) Cit. en Norberto Galasso, *ob. cit.*, pág. 293.
- (29) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, pág. 273.
- (30) Arturo Jauretche, *Ejército y Política*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1984, pág.108.
- (31) Arturo Jauretche, *FORJA y la Década Infame*, pág. 70.
- (32) Cit. en Norberto Galasso, *ob. cit.* pág. 210.
- (33) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 58.
- (34) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, pág. 249.
- (35) Ibid. pág. 250.
- (36) Ibid. pág. 253.
- (37) Ibid. pág. 270.
- (38) Ibid. pág. 279.
- (39) Ibid. pág. 189.
- (40) Ibid. pág. 196.
- (41) Ibid. pág. 224.
- (42) Ibid. pág. 235.
- (43) Ibid. pág. 228.
- (44) Ibid. pág. 187.

- (45) Ibid. pág. 206.
- (46) Ibid. pág. 301
- (47) Ibid. pág. 299.
- (48) Ibid. pág. 298.
- (49) Arturo Jauretche, *El medio pelo en la sociedad argentina*, Peña Lillo ed. Bs. As. 1967, pág. 340.
- (50) Arturo Jauretche, *FORJA y la Década Infame*, pág. 47.
- (51) Arturo Jauretche, *El medio pelo en la sociedad argentina*, pág. 33.
- (52) Ibid. pág. 34.
- (53) Ibid. pág. 39.
- (54) Ibid. pág. 177.
- (55) Ibid. pág. 185.
- (56) Ibid. pág. 263.
- (57) Ibid. pág. 19.
- (58) Ibid. pág. 247.
- (59) Ibid. pág. 163.
- (60) Ibid. pág. 215.
- (61) Ibid. pág. 270.
- (62) Ibid. pág. 45.
- (63) Ibid. pág. 50.
- (64) Ibid. pág. 321.
- (65) Arturo Jauretche, "Los movimientos nacionales" (1971), en "El país de los argentinos", CEDAL, Bs. As., 1980., pág. 146.

Capítulo 3

LA METODOLOGIA JAURETCHEANA

La "intelligentzia" que regentea el aparato de la pedagogía colonialista dispone de un método de conocimiento para aprehender la realidad: "Estamos en presencia de una nueva escolástica de anti-escolásticos –dice Jauretche refiriéndose a ese método–, que en lugar de ir del hecho a la ley van de la ley al hecho, partiendo de ciertas verdades supuestamente demostradas –en otros lugares y otros momentos– para deducir que nuestros hechos son los mismos e inducir a nuestros paisanos a no analizarlos por sus propios medios y experiencias". A la "escolástica de los anti-escolásticos", Jauretche contrapone "el método inductivo, que es el de la ciencia"(1).

Al proponer "el estaño como método de conocimiento", Jauretche parece añadir a su propuesta metodológica inductivista una indisimulada defensa del empirismo: "La rectificación por la experiencia del dato aparentemente científico exige haberse graduado en la universidad de la vida", dice. Y ejemplificaba añadiendo: "Creo en la eficacia de utilizar como correctivo del dato numérico la constatación personal para que no ocurra lo que al espectador de fútbol que con la radio a transistores pegada a la oreja, cree lo que dice el locutor con preferencia a lo que ven sus ojos" (2).

Destaquemos, por último, que el inductivismo metodológico y el empirismo filosófico parecen ir acompañados en Jauretche por una suerte de relativismo, en la medida en que distingue por lo menos dos realidades: la propia y la ajena. "Todo nuestro problema consiste en empezar a ver las cosas desde el ángulo de nuestra realidad", sostiene, mientras que la intelligentzia razona a partir de "verdades supuestamente demostradas en otros lugares y otros momentos" (3).

Inductivismo, empirismo y relativismo. Un cóctel difícil de digerir que parece encerrar posiciones ya pasadas de moda y hasta contradictorias entre sí. Esto determinó que aun entre los autores favorablemente dispuestos hacia Jauretche se tendiera a subestimar el rigor metodológico de su obra o, inversamente, a sobrestimarla adjudicándole una originalidad que él no pretendió alcanzar: hay que "entender los casos particulares, generalizarlos y llegar a determinar las leyes naturales que los rigen.

Aquí parece eso anticientífico, cuando es justamente científico, el método inductivo, que va de lo particular a lo general" (4). Esta modesta pretensión de no aplicar otro método que el establecido por la actividad científica debe ser subrayada como prevención frente a los intentos de ciertos autores que encuentran la originalidad del pensamiento nacional–popular donde éste no la tiene para ignorarla allí donde está presente.

Alcira Argumedo, por ejemplo, habla de una "especificidad del pensamiento latinoamericano" que lo distinguiría tanto del marxismo como del liberalismo, que serían discursos meramente europeos (5). Semejante "especificidad" se derivaría de su constitución a partir de una "matriz teórico–política" no europea y original. ¿Y qué es una "matriz teórico–política"? "Denominamos matriz teórico–política –responde Argumedo– a la articulación de un conjunto de categorías y valores constitutivos que conforman la trama lógico–conceptual básica y establecen los fundamentos de una determinada corriente de pensamiento". La "matriz de pensamiento" se parece demasiado al paradigma de Kuhn, pero el interés por ser "original" conduce a Argumedo a establecer diferencias entre ambos conceptos. "Kuhn –dice– señala explícitamente que en su esquema no ha sido considerado el papel que desempeñan el progreso tecnológico o las condiciones externas, sociales, económicas o intelectuales, en la evolución de las ciencias".

¿De dónde sacó Argumedo que Kuhn desestima "explícitamente" la influencia de factores tecnológicos, sociales, económicos o intelectuales en la evolución de las ciencias? Si algo hace Kuhn es exactamente lo opuesto a lo que le atribuye Argumedo, como lo sabe cualquier estudiante que haya cursado el ciclo básico en la universidad. Pero el error de Argumedo no se debe únicamente a que no ha comprendido a Kuhn, sino, principalmente, a su creencia en que el conocimiento científico es sólo conocimiento de sentido común coherentizado y no una construcción cualitativamente diferenciada de aquél (un "concreto reconstruido", diría el "europeo" Marx): "las matrices de pensamiento (...) serían entonces las sistematizaciones teóricas y las articulaciones coherentizadas de esos saberes y mentalidades propios de distintas capas de la población de un país, de los cuales se nutren y a los que, a su vez, les ofrecen

modalidades de interpretación tendientes a enriquecer los procesos del conocimiento y el desarrollo del sentido común".

El resultado de todo este palabrerío es bastante pobre. Cuando Argumedo habla de "matriz de pensamiento" europea, cita autores, explica conceptos, hipótesis de investigación, valores, etc. Es decir, se mueve dentro de la dimensión teórica. Cuando habla de la "matriz de pensamiento" latinoamericana o nacional–popular, se limita a mencionar el levantamiento de Pancho Villa en México, las luchas por el salario, etc. Es decir, se refugia en la dimensión empírica. En consecuencia, la "matriz de pensamiento" latinoamericana, una vez enunciada, jamás llega a ser explicada, y queda la sensación de que Argumedo confunde lugar geográfico con lugar epistemológico. La sospecha se confirma, desgraciadamente, si se pasa revista a los autores que cita elogiosamente en su trabajo: Tulio Halperín Donghi, Juan Carlos Portantiero, Oscar Terán, Juan Pablo Feinmann, José Aricó y muchos otros a quienes nadie consideraría exponentes de un pensamiento nacional–popular emancipado de la "matriz teórico–política" eurocéntrica. Jauretche, más modesto, fue sin embargo más efectivo. No pretendió contraponer a los edificios conceptuales del marxismo, el liberalismo o el positivismo un edificio conceptual alternativo. Simplemente denunció el uso que de tales edificios (o de cualesquiera otros) hace la pedagogía colonial en beneficio de intereses antinacionales y antipopulares. Lo nacional, decía, es lo universal visto desde nosotros.

Ahora bien, ¿es efectivamente el inductivismo el método de la ciencia, como afirma Jauretche? La respuesta a esta pregunta requiere abordar cuidadosamente el asunto.

Inducción y deducción

Los epistemólogos, esa clase de filósofos que empieza tratando de descubrir cuál es el método de investigación y conocimiento que emplean los científicos y terminan tratando de imponerles el suyo

propio, discuten acaloradamente acerca de las ventajas y desventajas que exhiben el inductivismo y el deductivismo.

La inducción es aquella forma de razonamiento que, partiendo de enunciados singulares o de menor nivel o generalidad, concluye afirmando un enunciado universal o de mayor generalidad que el contenido en las premisas. La ventaja del razonamiento inductivo reside en que la información proporcionada por la conclusión es, al mismo tiempo que verosímil, mayor que la contenida en las premisas. Pero allí estriba, simultáneamente, su mayor debilidad: ningún razonamiento inductivo puede proporcionar la seguridad de que lo afirmado en la conclusión sea verdad, aun cuando sí lo sea lo que afirman las premisas. Un buen razonamiento deductivo, en cambio, sí consigue esto último. Pero paga por ello un precio: la conclusión hereda la verdad de las premisas porque, dada la naturaleza tautológica del enunciado, no añade nueva información.

A partir de la identificación de estas dos formas de razonamiento, se ha discutido desde tiempos lejanos cuál de ellas es la mejor garantía del conocimiento. La irrupción de la ciencia moderna hacia el siglo XVI pareció inclinar la balanza a favor de la inducción. Francis Bacon, un cortesano de la reina Isabel que fue calificado en su época como "el más sabio, inteligente y miserable de los hombres" (6), consiguió pasar a la historia como el precursor de la filosofía científicista. A partir de él, a "la verdad" ya no hubo que buscarla en los textos bíblicos o en las obras de Aristóteles –por quien Bacon sentía aversión–, sino que debía ser descubierta en la realidad misma.

La observación desprejuiciada –al igual que la experimentación, que no es sino una de sus modalidades– se convierte en el punto de partida del conocimiento, y el método inductivo adquiere credenciales de científicidad. Sin embargo, los problemas relativos al conocimiento de la realidad no se resolvieron en absoluto, sino que se plantearon en nuevos términos.

¿Resulta posible acceder directamente a la realidad, es decir, observarla sin prejuicios o sin supuestos previos? ¿Acaso el dato científico, esa piedra de toque de las teorías y los sistemas conceptuales que permite corroborarlos o refutarlos, emerge directamente de la realidad? ¿O, por el contrario, esta última es accesible al conocimiento sólo mediatizada por una teoría? ¿Existen los "hechos puros", directamente

observables, y su correlato los enunciados observacionales? ¿O, por el contrario, al ser los hechos el resultado de alguna construcción conceptual, los enunciados que se refieren a ellos son necesariamente teóricos?

El inductivista consecuente está inclinado a postular la existencia de hechos "puros", directamente accesibles a través de la observación o experimentación. En ello radica, en su opinión, la garantía de objetividad del conocimiento. El problema es que no parece tener argumentos de peso para apoyar su postura.

En efecto, todo indica que el dato de la realidad no está dado, ofreciéndosele pasivamente al observador, sino que es producido en el proceso mismo de aprehensión cognoscitiva de la realidad. Un ejemplo del propio Jauretche servirá de ilustración. Refiriéndose a las "villas miseria" que florecieron junto a la industrialización de posguerra, dice: "el escándalo se preocupa que aparezca como un síntoma de pobreza y no de prosperidad, como lo es, cuando la abundancia de trabajo y medios de pago ha creado una demanda que supera la oferta de viviendas. Villa Miseria no es el desiderátum, pero es mejor que Villa Desocupación, y los que están en Villa Miseria no vienen de ningún palacio, sino de chozas mucho peores y sin pan" (7).

¿Dato revelador de la miseria o de la prosperidad? La villa miseria no es para Jauretche lo mismo que para la intrelligentzia. Vista desde la pedagogía colonialista es una cosa y vista desde la pedagogía nacional jauretcheana otra diferente.

Pero si no se puede confiar en los datos, cuyo significado depende de los lentes empleados para registrarlos, ¿es posible entonces el conocimiento objetivo? Todo un sector de la filosofía académica respondió negativamente a la pregunta. Por la vía del nihilismo, terminó desembocando en lo que hoy se conoce como posmodernismo, para el cual, como dice Lyotard, la ciencia es sólo uno de los tantos discursos existentes sobre la realidad y no le asiste derecho alguno de exclusividad (8). Otro sector, en cambio, se aferró a un último recurso para defender la objetividad del conocimiento científico. El proceso de conocimiento (científico) tiene dos momentos: un momento "de descubrimiento" y otro de "justificación". Es en el último donde reside la objetividad que debe ser salvada para evitar caer en el

irracionalismo, porque en él, a través de un procedimiento deductivo, se ponen a prueba las teorías construidas con los datos registrados en el momento del descubrimiento. Es decir, a partir de ciertos datos cuyo registro puede tal vez obedecer a determinados prejuicios o a factores subjetivos, el observador generaliza inductivamente y establece así alguna explicación de orden general o teoría. Una vez establecida la teoría, es posible deducir de ella ciertos enunciados singulares que harán referencia a hechos observables y que permitirán de ese modo su corroboración o refutación. El método de la ciencia, a la hora de justificar las teorías, es deductivo. La inducción queda desplazada hacia el momento de descubrimiento (9).

Por supuesto, la historia es mucho más compleja de lo que estas breves líneas sugieren y existen opiniones encontradas. Pero, en líneas generales, las corrientes científicas terminaron estableciendo una suerte de transacción: en tanto racionalistas y defensoras de la lógica formal, decretaron que el método de la ciencia es el hipotético–deductivo; en tanto empiristas y realistas, ofrecen a la inducción un espacio seguro, aunque subalterno.

A esta altura del debate, los nihilistas y posmodernos andaban sumergidos en el más crudo irracionalismo y se dedicaban a resucitar la magia y otros "saberes" relegados. El profesor Alejandro Piscitelli, por ejemplo, enseña a sus alumnos universitarios que la epistemología "constructivista" a la que adhiere está más allá de los "mitos" subjetivista y objetivista, lo que le permite reivindicar la "experiencia extrasensorial" y defender la consulta a los horóscopos como fuente del conocimiento (10).

Más allá de la inducción y la deducción

Apoyándose en la filosofía de Hegel, a la que se esforzó por "poner sobre sus pies" rescatándola de su pecado idealista, Marx esbozó los rasgos principales del "método de la economía política" que empleó para descubrir las leyes fundamentales de la sociedad capitalista.

Según Marx, el proceso que conduce al estudioso a aprehender su objeto supone tres momentos diferenciados. El primero de ellos, lo "concreto representado", es una "representación caótica" que aparece como "punto de partida" (la población, la nación, el estado, dice Marx, serían las entidades que se imponen al investigador casi intuitivamente). En un segundo momento, procede la "abstracción". Mediante el análisis, el investigador descompone lo concreto representado extrayendo conceptos y categorías: división del trabajo, dinero, valor, etc. El tercer momento es denominado "concreto reconstruido". Aquí, mediante el recurso de la síntesis, el investigador obtendría "la unidad de lo diverso", llegando a construir "espiritualmente" los sistemas económicos, el mercado mundial, etc. Este "concreto reconstruido", previene Marx, "no se engendra a sí mismo", sino que "su premisa es el sujeto, la realidad" (11).

Al puntualizar que "lo concreto reconstruido no se engendra a sí mismo" sino que "su premisa es la realidad", Marx se diferencia de ciertos hipotético-deductivistas para quienes en el origen de una investigación hay un conjunto de hipótesis, teorías o conjeturas que son independientes de la realidad material, constituyendo una suerte de principios generales provenientes ya de Dios o de alguna otra entidad ideal. Al no derivarse de la experiencia, esos principios generales adquirirían un carácter eterno e invariable, a la manera de las ideas platónicas o las categorías kantianas. Por otra parte, al distinguir "lo concreto representado" de "lo concreto reconstruido", Marx toma distancia simultáneamente tanto del empirismo como del inductivismo, ya que las teorías y los conceptos, sin perder su encarnadura material, son producidos teóricamente a partir de los momentos de análisis y síntesis, no siendo una mera generalización de hechos observables.

Si hasta acá la postura de Marx podría confundirse con esa solución de transacción a la que, como se ha señalado arriba, parecen haber llegado algunos positivistas, es al introducir el concepto de "totalidad", donde la realidad se concibe como "síntesis de múltiples determinaciones", cuando la especificidad de la concepción marxiana se torna más clara.

El status del concepto "totalidad" ha sido y es objeto de ásperas polémicas en el campo de la metodología y la epistemología. A comienzos de los años sesenta, los enfoques diferenciados de Karl Popper y Theodor Adorno se batieron polémicamente en una disputa cuyos ecos aún resuenan. ¿Teoría crítica de inspiración marxista (Adorno) o teoría analítica de corte positivista? ¿Cuál de los dos sistemas conceptuales resulta más adecuado para desentrañar la complejidad intrínseca al conocimiento de los fenómenos sociales? (12).

Según Adorno, "los hechos no son ese límite último e impenetrable en que los convierte la sociología dominante de acuerdo con el modelo de los datos sensibles de la vieja epistemología. En ellos aparece algo que no son ellos mismos". De allí que para el filósofo alemán resulte necesario recurrir a la categoría de "totalidad" a fin de explicar los hechos sociales: "la interpretación de los hechos lleva a la totalidad sin que ésta misma sea a la vez un hecho (...) la totalidad no es algo fáctico como los fenómenos sociales particulares a los que se limita el criterio de verificabilidad sustentado por (el popperiano) Albert". Estas palabras significan para los positivistas algo así como escupir sobre un rosario. "El lugar del sistema hipotético–deductivo viene a ser ocupado aquí por la 'explicación hermenéutica del sentido' (...) la totalidad acaba por revelarse como un 'fetiché', fetiché que sirve para que unas decisiones 'arbitrarias' puedan aparentar que son conocimientos objetivos", retruca Hans Albert.

Lo que parece indiscutible es que el objeto social no es el mismo para los popperianos y para los partidarios de la "teoría crítica" Para estos últimos, la realidad no puede reducirse a hechos simples porque "se instala la simplificación como norma" y se "eliminan virtualmente las contradicciones objetivas". Los popperianos, por su parte, responden apelando al latiguillo con que pretenden exorcizar los fantasmas metafísicos: "no se, realmente, lo que se quiere decir con ello", repite Albert.

Al concebir el objeto social de distintas maneras, resulta natural que se prefieran diferentes alternativas metodológicas. Adorno puntualiza que "cuando domina la voluntad metodológica de convertir todo problema en 'falsable', en unívocamente decidible, sin mayor reflexión, la ciencia se ve reducida a

alternativas que sólo emergen en virtud de la eliminación de variables, es decir, haciendo abstracción del objeto y, en consecuencia, transformándolo. De acuerdo con este esquema, el empirismo metodológico trabaja en dirección contraria a la experiencia". Para Albert, en cambio, "rechazados tales métodos de contrastación en virtud de su insuficiencia, lo que viene a quedar no es, en definitiva, sino la pretensión, metafóricamente sustentada, de un método cuya existencia y superior naturaleza se afirman, sin que esta última sea nunca más directamente aclarada".

Independientemente de otras cuestiones que aparecieron en el curso mismo de la polémica, la naturaleza de la explicación en las ciencias sociales no fue un asunto de menor importancia. El hecho puro, atómico, susceptible de ser directamente contrastado, debe definir el objeto de las ciencias sociales en opinión de los positivistas. El hecho social, contenido en algo "que no es él mismo", según dice provocativamente Adorno, es algo muy diferente. Para acceder a él no alcanza con el sistema hipotético–deductivo. Estas dos posturas señalan los vértices entre los que se han movido las diferentes escuelas que abordaron problemas metodológicos y epistemológicos.

Es en este contexto, signado por la complejidad de una problemática que llenó de tinta miles de páginas, donde Jauretche formuló sus apreciaciones de carácter metodológico.

El método de Jauretche

El equívoco al que conduce resaltar los componentes inductivista, empirista y relativista de la metodología jauretcheana no obedece a que tales componentes no estén presentes en ella. Esos componentes están presentes en cualquier metodología, incluso en el "todo vale" de los antimetodólogos posmodernos. Lo peligroso de tal señalamiento es que pase por alto la articulación concreta que asumen esos componentes dotando de vida a un cuerpo teórico y metateórico que, organizado de otra manera, estaría muerto o sería estéril.

Así, cuando Jauretche dice que "el único camino que tenemos para construir algún día lo que todavía es el germen de una doctrina nacional, es entender los casos particulares, generalizarlos y llegar a determinar las leyes naturales que los rigen" (13), corresponde ponderar más la negación del apriorismo deductivista (cuyo contenido antinacional rechaza), que la adscripción al empirismo inductivista. Prueba de ello es que al mismo tiempo advierte contra "la falacia del dato", a partir de la cual "la 'información científica' es utilizada, y aun los datos correctos, de manera hábil para despistarnos" (14).

Es verdad que a la "nueva escolástica de los antiescolásticos" o pone "el método inductivo, que es el de la ciencia", pero también advierte contra "la superstición científicista (que) se alimentaba de una gran simplicidad que suponía que entre la lente del microscopio y la del telescopio podía haber todo el universo" (15).

Si Jauretche proponía "el simple sistema de mirar sin anteojeras y juzgar según el sentido común", ello se debía a que ese era el camino posible para comenzar a desmontar el edificio de zonceras que da forma a la pedagogía colonial: "no hemos tenido ni literatura, ni maestros (...), y los que había estaban ocultos bajo la abrumadora carga de literatura y enseñanzas destinados a ponernos anteojeras(...). Tuvimos que fabricarnos nuestras propias armas y construir con atisbos, intuiciones y datos aislados lo que para las nuevas generaciones ya es una verdad arquitectural (16). Dicho en términos de Marx, si lo "concreto reconstruido" era el sistema de zonceras montado por la pedagogía colonial, y si ésta "no se engendra a sí misma" sino en "la realidad", pero en la realidad de los centros imperialistas, entonces hay que reemprender el camino del conocimiento partiendo de "lo concreto representado" hasta llegar a un "concreto reconstruido" engendrado en la realidad de un país semicolonial.

No corresponde, en consecuencia, confundir la metodología jauretcheana con un empirismo ingenuo anclado en el "sentido común". Por eso no se excede Norberto Galasso cuando califica de "revolución copernicana" la obra jauretcheana: "Jauretche sacude las aguas calmas de un razonamiento cómodamente colonial y echa el revulsivo de un nuevo enfoque que aunque, en apariencia, resulta sólo una reflexión sensata, adquiere en última instancia el carácter de un planteo revolucionario en el orden

de las ideas. No exageramos entonces, si decimos que hay allí una verdadera revolución copernicana que nos lleva a colocar el sol de nuestra realidad en medio del espacio celeste de las ideologías, arrancándonos de la vieja manera de pensar –cultivada tanto por la izquierda como por la derecha– que pretende hacer girar nuestra realidad en derredor de los más insólitos mundos exóticos" (17).

La distancia entre la metodología y la teoría del conocimiento jauretcheanas respecto del empirismo y el inductivismo se manifiesta también en el modo de concebir la realidad que está en la base de cualquier sistema conceptual. Se trata de una realidad compleja, que nada tiene que ver con el hecho aislado –el dato– de los positivistas. Es una realidad que "moviliza el tiempo", como dice Goldar (18), porque estás construida "de ayer y de mañana", y en la que "el hecho cotidiano es un amasado con el barro de lo que fue y el fluido de lo que será, que no por difuso es inaccesible e inaprensible" (19).

Una realidad, además, que sólo puede ser aprehendida una vez que "el pueblo se hace protagonista de la historia y pone con su presencia en el escenario condiciones" que permiten su aprehensión (20). El "relativismo" jauretcheano, entonces, no se resuelve en una concepción subjetivista que proclama la imposibilidad del conocimiento objetivo y de alcance universal. Está, por el contrario, contenido como un momento del proceso de conocimiento de una realidad compleja, "síntesis de múltiples determinaciones", en la que no sólo se imbrican el hoy con el ayer y el mañana, sino el "aquí" del país semicolonial con el "allá" de las potencias imperialistas.

¿Significan estas consideraciones que la metodología jauretcheana deberá ser considerada como de raíz marxista? Tal es la opinión de Juan José Hernández Arregui: "Fueron estos hombres –que no eran marxistas– los primeros en analizar la historia nacional en su relación con América Latina con criterio metodológico e histórico muy próximo al marxismo", dice refiriéndose a FORJA. (21). El propio Jauretche, sin embargo, hubiera rechazado la calificación de "marxista": "No quisiera agolparme con quienes se darán de codazos para citar libros impresionantes como *El Capital*, que reconozco haber leído fragmentariamente y ayudado por sus comentaristas. Reconozcamos que ni *El Capital* ni la *Suma*

Teológica se pueden leer así. No me los anoten(...). Me parece un acto elemental de honradez reconocerlo" (22).

En definitiva, lo que en última instancia caracteriza a la metodología es su mayor o menor productividad a la hora de entrar en acción, y no las credenciales de cientificidad que reclama apelando a nombres célebres. Si bien es cierto que para comprender la realidad se requieren las herramientas conceptuales adecuadas, también es necesario saber manejarlas. Habrá que ver entonces cómo despliega Jauretche su instrumental metodológico en el estudio de la realidad nacional.

Notas

- (44) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, Peña Lillo ed., Bs. As., 1967, pág. 44.
- (45) Ibid. pág. 11.
- (46) Ibid. pág. 35.
- (47) Arturo Jauretche, *Política y Economía*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1984, pág. 200.
- (48) Alcira Argumedo, *Los silencios y las voces en América Latina*, Ed. del Pensamiento Nacional, Bs. As., 1993 (todas las citas pertenecen a este libro).
- (49) Anthony Quinton, *Francis Bacon*, Alianza editorial, Madrid, 1985.
- (50) Arturo Jauretche, *Política y Economía*, pág. 97.
- (51) Jean F. Lyotard, *La condición posmoderna*, Rei, Bs. As., 1989.
- (52) Gregorio Klimovsky, *Las desventuras del conocimiento científico*, A-Z editora, Bs. As., 1994, cap. 10.
- (53) Alejandro Piscitelli, *Ciencia en movimiento. La construcción social de los hechos científicos*, CEDAL, Bs. As., 1995, capítulos 1 y 5.
- (54) Carlos Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1984.
- (55) Th. Adorno y otros, *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1973 (las citas que siguen corresponden a este libro).
- (56) Arturo Jauretche, *Política y Economía*, pág. 200.
- (57) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, pág. 17.
- (58) Arturo Jauretche, *El medio pelo en la sociedad argentina*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1967, pág. 23.
- (59) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, Peña Lillo ed. Bs. As., 1973, pág.
- (60) Norberto Galasso, *Las polémicas de Jauretche*, 2º parte, Buenos Aires, Los nacionales, 198, pág. 147.
- (61) Ernesto Goldar, ob. cit.
- (62) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 14.
- (63) Ibid. pág. 52.
- (64) Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Plus Ultra, Bs. As., 1973, p. 334.
- (65) Ver Ernesto Goldar, *Jauretche*, Cuadernos de Crisis, Bs. As., 1975, pág. 22.

TERCERA PARTE: LA POLITICA JAURETCHEANA

Capítulo 4

JAURETCHE FRENTE A LA IZQUIERDA Y AL NACIONALISMO

A la hora de intentar ubicar el pensamiento jauretcheano en el mapa de las ideas políticas contemporáneas, se impone una decisión previa. ¿Hay que aceptar los criterios clasificatorios convencionales que distinguen a la derecha político-ideológica de la izquierda? ¿Resulta aceptable la divisoria comúnmente trazada entre liberales, socialistas y nacionalistas? ¿O, por el contrario, para caracterizar correctamente el pensamiento jauretcheano se debe ir más allá de esas convenciones clasificatorias y emplear las que pudieran surgir del propio pensamiento de Jauretche? Una objeción posible a este último criterio podría consistir en que lleva implícito una suerte de círculo vicioso: caracterizar el pensamiento jauretcheano a partir de las categorías elaboradas en él significaría algo así como dar por demostrado aquello que debe demostrarse. Así, definir la concepción jauretcheana como nacional –diferenciada tanto del pensamiento de izquierda y de derecha como del socialismo, el nacionalismo y el liberalismo– implicaría que previamente se ha aceptado que la posición nacional es una entidad específica y original, lo cual se deriva de una cosmovisión –la pedagogía nacional, opuesta a la pedagogía colonial– sin cuya aceptación aquella entidad se desmorona. ¿Habría entonces que ensayar una definición del pensamiento jauretcheano a partir de los criterios tradicionales que, aún con su carga de vaguedad, son aceptados por los estudiosos de las ciencias sociales y los analistas de la política?

Ciertamente, la tarea fue realizada, pero sus resultados distan de ser satisfactorios. Ya se ha mencionado a Emilio de Ipola, un "científico social" que además es uno de los inspiradores del llamado "club socialista", ese centro de estudios creado a comienzos de la década del ochenta para asesorar al gobierno de Raúl Alfonsín. Para De Ipola, Jauretche, además de ser "insostenible", es un exponente del

pensamiento nacionalista. La socióloga argentina radicada en Francia, Silvia Sigal, por su parte, se refiere a Jauretche como a "uno de los intelectuales de la nueva orientación nacionalista" aparecida durante la década del sesenta. Y lo caracteriza más específicamente como "nacionalista antiiluminista", lo cual constituye un doble pecado para la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales* que la emplea (1).

En este punto, como en tantos otros, nuestros académicos repiten a los estudiosos extranjeros. Así, por ejemplo, el norteamericano David Rock, un profesor de la Universidad de California, definió a Jauretche como "prominente intelectual nacionalista". Y el nacionalismo, para Rock, tiene rasgos "autoritarios", "fundamentalistas", "antidemocráticos" y "conspirativos" (2). Esta ubicación de Jauretche dentro del nacionalismo también es compartida por Marcos Merchensky, un autor que expone las posiciones historiográficas del desarrollismo frigerista. Para Merchensky, el pensamiento de Jauretche expresa un "nacionalismo formalista" y merece su inclusión en un capítulo de su libro denominado "Del nacionalismo reaccionario" (3). Para Horacio Pereyra, un autor que intenta despojar al pensamiento de Jauretche de sus aristas más conflictivas para el aparato de la colonización pedagógica, "el populismo es antiintelectual (...). Estimo que el autor de *El medio pelo* no escapa a esta apreciación" (4).

Como puede advertirse, la operación clasificatoria efectuada por los investigadores académicos y por el desarrollismo termina no sólo por diluir la originalidad del pensamiento jauretcheano, sino, también, por atribuirle el contenido reaccionario que le sería inherente a toda forma de nacionalismo. Otros autores, en cambio, para quienes el nacionalismo no conlleva una carga valorativa negativa, también incluyen a Jauretche en esta corriente. Así, por ejemplo, el periodista y dirigente sindical Antonio Balcedo dice que "en el nacionalismo o en el pensamiento nacionalista, no lo olvidemos, revistaron figuras ilustres como Raúl Scalabrini Ortiz y el propio Jauretche" (5). Y Ernesto Goldar califica como "metodología nacionalista" a la cosmovisión jauretcheana. También estos autores –aun sin quererlo– son tributarios de una clasificación ensayada por autores académicos extranjeros. Marysa Navarro Gerassi había llamado a Jauretche "forjista", y caracterizado a FORJA como el exponente "de lo que los

argentinos llaman el nacionalismo de izquierda" (6). Quienes no están de acuerdo con incluir a Jauretche dentro del nacionalismo son algunos historiadores de esta corriente. Antonio Capponnetto ubica "las alegres alocuciones de Jauretche" en el campo de "los discursos peronista y marxista" que rescatan de Perón "el costado plebeyo, a veces cursi y sensiblero, el tono igualitarista, el carácter homogeneizante, cuyo símbolo fue y sigue siendo el 'descamisado' o el 'grasa'..." (7).

Lo que para Capponnetto es motivo de condena, para otros autores es digno de reivindicación. Tal el caso de Horacio González, un académico con veleidades de outsider, que sostiene: "¿Cómo puede dialogar la izquierda con Jauretche, aquel que promovió ostensiblemente la unión entre el pueblo y las Fuerzas Armadas, a través de una pieza teórica escandalosa? Hasta estudiarlo como lo haría un historiador de las ideas de los años cuarenta, cincuenta o sesenta, enturbia el espíritu". Sin embargo, concluye que "Jauretche es también alguien a revisar" porque aunque "era un pensador de la clase terrateniente"(sic), "tenía una especie de marxismo visceral" (8). Como se observa, si para algunos Jauretche era nacionalista y para otros un hombre de izquierda, para González no es algo distinto sino una mezcla de ambas cosas, y algo más: un pensador de la clase terrateniente poseedor de un marxismo visceral y autor de propuestas escandalosas como la convergencia de pueblo y fuerzas armadas, típica del nacionalismo. En definitiva, el intento de encasillar a Jauretche en alguna de las categorías político ideológicas convencionales arroja un resultado confuso y hasta contradictorio. ¿Nacionalista o marxista "visceral"? ¿Reaccionario anti-iluminista u hombre de izquierda? Será cuestión de gustos tomar uno u otro elemento de la obra jauretcheana para asignarle un sitio en la taxonomía tradicional. Pero la clasificación tendrá que ver más con el clasificador que con el clasificado.

Ahora bien, si Jauretche no encaja en ninguna de las categorías convencionales (o encaja parcialmente en cualquiera de ellas, lo cual para el caso es lo mismo), ¿habrá que apelar al sistema conceptual del propio Jauretche para ubicarlo? Pero invocar el sistema conceptual jauretcheano como punto de partida para ubicar su producción teórica, ¿no presupone la aceptación de aquello que todavía debe ser

demostrado, es decir que su producción no encuadra en ninguna de las corrientes político–ideológicas mencionadas? ¿No estaríamos así ante una típica falacia de círculo vicioso?

En realidad, tal círculo vicioso es más aparente que real. La obra de Jauretche, como se explicó en la primera parte de este trabajo, posee una dimensión metateórica o metapolítica que constituye un nivel de análisis superior a aquel en el que se plantean las corrientes político–ideológicas de izquierda o de derecha. Estas últimas, en tanto discursos o teorías explicativas de la realidad socio–política, se hallan subordinadas a un marco conceptual más general –el paradigma– que es el que las hace posibles y las dota de significación y operatividad. Su objeto de estudio, su referente empírico, es la propia realidad. En el caso del paradigma, en cambio, el objeto de estudio lo constituyen (también) las corrientes político–ideológicas; su referente son los discursos que dan cuenta de la realidad. Quienes se enfrascan en el debate sobre si Jauretche era nacionalista o izquierdista operan condicionados también por un paradigma, sólo que no son conscientes de ello. Jauretche, haciendo visible lo que permanecía invisible, desnudó la naturaleza de ese paradigma –la pedagogía colonial–, mostró la dependencia respecto de él de las diferentes corrientes político–ideológicas y trazó los puntos nodales de un paradigma alternativo –la pedagogía nacional– para, a partir de allí, descender al terreno del debate político ideológico. Cuando Jauretche adopta una posición con relación al peronismo, cuando toma partido por Yrigoyen y contra Alvear, cuando reivindica la política nacional defensiva de Rosas, cuando efectúa una vívida pintura de la clase media, cuando critica a los partidos de izquierda, cuando defiende al ejército sanmartiniano, etc., está ubicándose en la dimensión político–ideológica. Pero lo hace a partir de una revisión crítica y consciente de los presupuestos metateóricos que están implícitos en esos análisis. El pensamiento jauretcheano constituye así una totalidad en la que los momentos teórico y metateórico están articulados. En consecuencia, estudiar a Jauretche desde Jauretche no implica incurrir en la falacia de círculo vicioso, sino respetar esa totalidad que le da sentido a su pensamiento, proporcionándole una coherencia interna que no puede ser percibida desde el paradigma colonial.

Pero hay algo más. Abordar el estudio de la realidad a partir de las categorías creadas por la pedagogía colonial, o, por el contrario, hacerlo a partir de las categorías emergentes de una pedagogía nacional, no constituyen opciones igualmente válidas, como podría sostener una postura relativista. La elección de una u otra alternativa tendrá consecuencias que pueden contrastarse con la realidad. En un caso, como veremos a continuación, la realidad político-social se torna incomprensible, atravesada por anomalías irresolubles; en el segundo, como veremos posteriormente, esas anomalías desaparecen y la realidad se vuelve cristalina.

Izquierda y derecha para la pedagogía colonial

Las categorías "izquierda" y "derecha" son ordenadoras de las fuerzas político-ideológicas actuantes en la sociedad moderna. En momentos de escribirse estas líneas, por ejemplo, los chilenos han sido convocados a votar por el socialista Ricardo Lagos, de la Concertación por la Democracia, o por Joaquín Lavín, de la Unión Demócrata Independiente. El diario "Clarín" del mismo día en que tienen lugar los comicios titula un artículo: "Chile elige entre la derecha y el socialismo". Sin embargo, se dice a continuación que uno y otro candidato adhieren a los lineamientos políticos establecidos sin solución de continuidad desde los tiempos de Pinochet. El lector no puede entonces dejar de preguntarse en qué consiste una elección entre dos opciones que son en realidad la misma cosa. La contradicción entre la presunta alternativa y su significado real resulta evidente, pero al periodismo le pasa inadvertida. (En el capítulo sexto de este trabajo se trata con mayor detenimiento la concepción de la democracia como "elección obligatoria y sin alternativas", expuesta por Giovanni Sartori, un "cartógrafo del pensamiento").

Y Chile no es la excepción. El teórico de la nueva izquierda mexicana, un intelectual procedente del Partido Comunista que goza de prestigio en los medios capitalistas y se llama Jorge Castañeda, escribió el libro *La utopía desarmada* para proponer que las fuerzas progresistas que se oponen al

neoliberalismo del PRI acepten las reglas de juego "democráticas" y los cambios "estructurales" de la economía (privatizaciones, desmantelamiento de la legislación social, subordinación a los "ajustes" del FMI, etc.) como "horizonte estratégico". A partir de ello, concluye, "el gran legado de la izquierda es su reformismo" (9). Luego de escribir su libro, que gozó de amplia difusión en toda América Latina, Castañeda pasó a desempeñarse como asesor, pero no del candidato del "izquierdista" PRD, Cuahutemoc Cárdenas, sino del "derechista" Jaime Fox, del PAN. El aparente contrasentido estaría por resolverse: Fox y Cárdenas están pergeñando una alianza electoral para enfrentar al PRI en las próximas elecciones, conformando un polo opositor "progresista" y económicamente adherido a las recetas liberales.

En Uruguay, las últimas elecciones enfrentaron al "izquierdista" Tabaré Vázquez, del Frente Amplio–Encuentro Progresista, contra Jorge Batlle, un "derechista" del Partido Colorado. Sin embargo, también aquí la alternativa era sólo aparente: las advertencias de Batlle contra el "peligro marxista" fueron acompañadas por la confesión de Vázquez, quien aseguró que respetaba la economía de mercado y no impondría, en caso de triunfar, un programa socialista (Vázquez es, sin embargo, dirigente del Partido Socialista uruguayo). En Brasil, para tomar otro ejemplo, el programa neoliberal, de "derecha", ha sido aplicado por un presidente que proviene de la "izquierda", Fernando Cardoso, y el líder de la oposición laborista, Lula, no se cansa de repetir que no se propone dar marcha atrás con el programa de su contrincante. Mencionemos por último a la Argentina, donde la Alianza radical–frepasista, expresión del "izquierdismo" vernáculo, catapultó a la presidencia a un hombre como Fernando de la Rúa que desde hace treinta años milita en el ala derecha de un partido que nadie calificaría de "izquierdista".

En definitiva, puede observarse que si por un lado el universo político se ordena a partir de la disyuntiva izquierda/derecha, por el otro resulta cada vez más confuso el contenido de esa disyuntiva. Si la izquierda y la derecha se mimetizan hasta volverse indiferenciables desde el punto de vista programático o ideológico, podría pensarse que las diferencias entre una y otra aparecen en el terreno de las clases y sectores sociales que representan. Pero aquí también las diferencias tienden a desdibujarse.

En algunos casos, como en Brasil, podría suponerse que la clase obrera y las franjas más castigadas por el neoliberalismo acompañan a la izquierda, mientras que la burguesía y las porciones de clase media acomodadas prefieren a Cardoso, pero en la Argentina, en cambio, la Alianza izquierdista carece de inserción en el movimiento obrero y sus puntos de apoyo son los sectores medios y acomodados.

Es sabido que los términos "izquierda" y "derecha", aplicados a las fuerzas políticas e ideológicas, tienen su origen en la Revolución Francesa de 1789: a la izquierda del hemiciclo parlamentario se agrupaban los diputados partidarios de llevar a fondo la destrucción del Antiguo Régimen; en la derecha del recinto, en cambio, se sentaban los diputados más moderados. El Viejo Continente terminó adoptando esa terminología, cuyo uso se extendió durante los siglos XIX y XX. Así, los partidos socialistas pasaron a ser la "izquierda", mientras que las organizaciones conservadoras fueron la "derecha". Las corrientes liberales fueron de "derecha" comparadas con los socialistas, pero de "izquierda" en relación con los conservadores. La aparición de los partidos comunistas luego de la Revolución Rusa, significó la irrupción de fuerzas políticas posicionadas a la izquierda de los socialistas, mientras que la emergencia del fascismo poco después devolvió el equilibrio al mapa político al ocuparse el flanco de la extrema derecha. Para entender la realidad política de los países europeos, desde la atrasada España a la poderosa Alemania, pasando por Francia, Italia y hasta por los países nórdicos, había que observar a partir de la línea divisoria ordenadora o paradigmática.

La historia política y social latinoamericana del siglo XIX resulta incomprensible a partir de la disyuntiva izquierda/derecha. Pero en el siglo XX, una vez completada la inserción de los distintos países en la economía mundial capitalista, cruzaron el Atlántico no sólo las manufacturas industriales y los capitales financieros. Junto a ellos, a su lado, llegaron las ideas europeas, que también eran productos manufacturados ("concretos reconstruidos").

En la Argentina, la creación del Partido Socialista en 1896 y su desarrollo una vez entrado el siglo XX, significó el acta de nacimiento de la "izquierda". Juan B. Justo, el fundador del PS, concibió a la organización como la expresión de una "política científica" que acabara con los vicios de la "política

criolla", signada por el "caudillismo" y la "demagogia". Pero la "política científica", para ser tal, requería no sólo de una "izquierda" encarnada en el socialismo, sino, también, de una "derecha" expresada por las fuerzas conservadoras. El régimen político "democrático", cuyas reglas emanaban de una constitución aceptada por todos, permitiría dirimir diferencias y distribuir cuotas de poder político. La disyuntiva izquierda/derecha, de este modo, se consolidaba como reflejo de lo que ocurría en las sociedades avanzadas de Europa occidental, y el "progreso" era medido en función del mayor o menor parecido con ellas. Pero si en los países de Europa el esquema político-ideológico se hallaba en concordancia con la estructura económico-social, aquí no ocurría lo mismo. Francia había tenido su revolución y Alemania a Bismarck. También Italia o Inglaterra se habían constituido como naciones modernas. El desenvolvimiento del capitalismo, que en el terreno social disparaba contradicciones y antagonismos de los que da cuenta lo que Jauretche llama "la mecánica de Marx", confería autenticidad a la disyuntiva izquierda/derecha: esquemáticamente, puede decirse que la clase obrera canalizó sus aspiraciones a través de la izquierda, mientras que la burguesía organizó los partidos de derecha. En la Argentina, como en toda América Latina, la situación era diferente. Observa Jauretche que el error al emplear esa terminología consiste en que ella "es el producto de una transferencia europea, expresa la transculturación con los consiguientes prejuicios ideológicos" (10). Y agrega: "se ha tomado el continente por el contenido, la forma por la sustancia, lo adjetivo por lo sustantivo" y de lo que se trata, en cambio, es de "ser nacional o no serlo, ésa es la cuestión y no izquierda o derecha" (11). La disyuntiva izquierda/derecha, que en las metrópolis europeas es la traducción al terreno conceptual de una "disyuntiva" o antagonismo entre opresores y oprimidos que se manifiesta en el terreno de la infraestructura, opera invertidamente entre nosotros. En lugar de derivarse de la realidad que la genera, pretende imponérsele y moldearla. De ese modo, grafica Jauretche, "el cuerpo debía ser para el vestido y no el vestido para el cuerpo" (12).

Enfocada desde la disyuntiva izquierda/derecha, la realidad argentina pudo ser explicada mientras las contradicciones y antagonismos que maduraban en su profundidad no afloraban a la superficie. Cuando ello ocurrió, mostró su naturaleza artificial. Ni el yrigoyenismo ni el peronismo, los dos fenómenos de

masas que atravesaron la sociedad argentina durante el siglo XX, pudieron ser explicados en términos de "izquierda" y "derecha". En ese momento se puso de manifiesto, según Jauretche, que "los términos izquierda y derecha no son generalmente sino distintos modos de eludir la 'cuestión nacional', en beneficio de intereses exteriores" (13). Fue también entonces cuando se reveló la subordinación de esa disyuntiva a una disyuntiva anterior, de la que aquella es consecuencia: "civilización o barbarie". "Si en las ideas abstractas son opuestos –dice Jauretche refiriéndose a la "izquierda" y la "derecha"– la zoncera *civilización* y *barbarie* los unifica en cuanto son la *civilización*. De donde resulta que los que están mas lejos ideológicamente son los que están más cerca entre sí (...) como ocurre cada vez que la realidad enfrenta a todos los *civilizadores*. Entonces se unifican contra la barbarie, que es como llaman al mundo concreto donde quieren aplicar las ideologías" (14).

Al dejar afuera al yrigoyenismo y al peronismo, es decir a "la chusma" y a los "cabecitas negras", que eran las mayorías populares, la disyuntiva izquierda/derecha se condenaba a la impotencia explicativa y ponía de manifiesto que sus términos constitutivos no eran sino variantes de una misma categoría: "civilización". En tanto variantes de la "civilización", la izquierda y la derecha competían "civilizadamente" aceptando reglas de juego comunes. Cuando la irrupción del yrigoyenismo y del peronismo puso en tela de juicio esas reglas de juego, las variantes dejaron de competir para pasar a colaborar en la tarea común: la destrucción de la "barbarie". Porque si la "civilización" puede desenvolverse a partir de un juego de opuestos que la presuponen, no puede hacerlo sino a condición de exterminar a la "barbarie". Puede todavía hoy hablarse de "alternancia" entre izquierda y derecha, pero resultaría absurdo aceptar una "alternancia" entre civilización y barbarie: o se impone la "civilización", o se impone la "barbarie". Es por esa razón que el padre de la disyuntiva civilización/barbarie, Sarmiento, aconsejaba "no ahorrar sangre de gauchos", y que sus continuadores de "izquierda" y "derecha" siguieron el consejo en 1930, 1955 y 1976.

De todo esto resulta que, aunque la alternativa civilizada entre una izquierda y una derecha suele presentarse como la expresión más cristalina de la "democracia", ella esconde un carácter decididamente totalitario. En lugar de "reconocer al otro", como dicen sus apologistas, sólo reconoce el complemento

necesario de sí misma, su mitad "izquierda" o su mitad "derecha". El verdadero Otro, reducido a la condición de barbarie, pierde todo derecho a la existencia, y ella misma, la "civilización", es la totalidad más allá de la cual está el abismo. Elie Wiesel, el Premio Nobel de la Paz 1986, expresa esta concepción afirmando que "es un deber ser intolerante con la intolerancia" (15). El absurdo es evidente: ¿cómo llamar "tolerante" a quien tolera todo salvo aquello que le resulta intolerable? Si Wiesel está en lo cierto y "es un deber ser intolerante con la intolerancia", entonces la "tolerancia" se reduce a una fachada despojada de todo contenido.

¿Cómo sorprenderse, entonces, de que el pensamiento jauretcheano, no encajando ni en la izquierda ni en la derecha sea silenciado? "Recorred minuciosamente, con lupa, la lista de las academias y de las figuras que se prestigian con el aparato, y no encontraréis el nombre de un solo nacional, de uno solo que haya sido consecuente y firme en las posiciones del pueblo cuando éste ha tenido oportunidad, y con los intereses de la nación en las contingencias verdaderamente decisivas" (16).

Izquierda y Derecha en la pedagogía nacional

Queda dicho, entonces, que para Jauretche la distinción entre izquierda y derecha se plantea en el nivel teórico a partir de una disyuntiva lógicamente anterior, metateórica, entre civilización y barbarie. "Allí —dice Jauretche—, en 'civilización y barbarie', la zoncera madre, esta el punto de confluencia de las ideologías, es decir, de la negación de toda posibilidad para el país nacida del país mismo. Es como si dijéramos la 'unidad democrática' tácita de que surgen todas las otras". Esta disyuntiva metateórica o paradigmática explica que izquierda y derecha "conviven entre gruñidos y se tiran mordiscones, pero siempre entre 'civilizados' que se defienden en común de los 'bárbaros', es decir del país real" (17).

La pedagogía nacional jauretcheana deberá entonces comenzar por esclarecer la naturaleza de la disyuntiva metateórica para posibilitar de ese modo que la falacia contenida en la disyuntiva izquierda/derecha revele su auténtico significado. Refiriéndose a Martínez Estrada, Jauretche apunta: "donde nosotros encontramos el enfrentamiento entre opresores y oprimidos, de minorías

extranjerizantes y mayorías nacionales, de coloniales y emancipadores, él sólo encuentra el de libros y alpargatas, el de 'cultos' y 'bárbaros'" (18).

El desplazamiento de significado que supone referirse al polo "civilización" como al de los opresores y al de la "barbarie" como el de los oprimidos, tiene implicancias que van mucho más allá de lo meramente terminológico. En efecto, si en realidad la cuestión fuera la de cultos vs. bárbaros, entonces "las agresiones imperialistas (serían) simples coscorrónes necesarios para la educación del discípulo" (19). Deberían ser apoyadas, tal como efectivamente han hecho la derecha y la izquierda cuando EE.UU bombardeó Irak o cuando en 1989 invadió Panamá y secuestró al general Manuel Noriega. Por otra parte, desde un punto de vista teórico, debe puntualizarse que si la "civilización" se cierra sobre sí misma y excluye por definición a la "barbarie", asumiendo de ese modo un carácter totalitario que desmiente la vocación democrática que proclama, la concepción jauretcheana resulta, en cambio, esencialmente democrática, en la medida que visualiza en esa "barbarie" a las mayorías nacionales cuya condición de oprimidas reclama la emancipación. Los "bárbaros" de la pedagogía colonial "resultan ser los verdaderamente cultos, dice Jauretche, y los "civilizados" son los que regentan "esa falsa democracia que motiva la adhesión de nuestros reaccionarios de izquierda y derecha", quienes ejercitan "su capataceo de disfrazados de argentinos" (20). En un reportaje de la revista "Extra", se extiende sobre el punto: "no se da esa oposición entre cultura y pueblo, sino que lo que ocurre es que tenemos dos culturas: la que se elabora en la vida por el contacto con la realidad, carente de pedantería y de ciencia infusa, que es la del pueblo y la 'otra cultura'. Esta última es la 'cultura de pega', administrada por el aparato de la colonización pedagógica, que trabaja desde la escuela la enseñanza secundaria, la universidad y los medios de difusión" (21).

La disyuntiva izquierda/derecha, conceptualmente subordinada a la "zoncera madre", civilización/barbarie, es una construcción teórica que contiene un vicio de origen, en la medida que constituye entre nosotros el reflejo de las construcciones discursivas elaboradas en los países capitalistas centrales para legitimar su expansión mundial. (Es la "cartografía conceptual difundida por los Norberto

Bobbio o Alain Touraine, de la que trata el capítulo 6 de este trabajo) ". La disyuntiva jauretcheana entre opresores/oprimidos o nacionales/extranjerizantes encuentra su legitimidad en el hecho de que concibe al sistema capitalista mundial como una formación económico-social que funda y reproduce una polarización entre centros imperiales y periferias coloniales o semicoloniales.

El manifiesto de FORJA, elaborado por Jauretche, comienza diciendo: "Somos una Argentina colonial, queremos ser una Argentina libre". Para realizar tal propósito se torna imprescindible enfrentar a "las fuerzas extranjeras que dirigieron y aún dirigen los resortes esenciales de nuestra economía" (22). La cuestión decisiva, entonces, es la cuestión nacional. Y si para abordarla hay que asumir una posición antiimperialista –que es civilizadora, aunque no "civilizada"–, ese antiimperialismo debe ser concreto y no abstracto, producto de la comprensión de la realidad y no del recitado de fórmulas aprendidas, estériles y esterilizantes. Refiriéndose a la Argentina de los años treinta, Jauretche observa: "Toda la izquierda, unánimemente sólo miraba en América hacia el Caribe y de México a Nicaragua. La Enmienda Platt, la conquista de Texas o la ocupación de Panamá eran temas de todas sus tribunas, mientras con prolija unanimidad cerraba los ojos al fenómeno imperialista tal como se manifestaba en la Argentina" (22). Aquí, se había convertido "el problema del país en una simple cuestión de garantías electorales que el pueblo comprendió era la disputa entre los distintos grupos de capataces" (23). Para Jauretche esto enseña que las doctrinas, como las ideologías, son instrumentos polifuncionales y "lo mismo sirven para un fregado que para un barrido. Pueden servir para el ascenso social del pueblo y hasta para el propio desarrollo del capitalismo nacional, como pueden servir para lo inverso. Todo está en cómo se los maneje y con qué fines" (24).

Esta polifuncionalidad de las ideologías, cuyo significado se deriva menos de sus características intrínsecas que de los intereses sociales y nacionales que en diferentes circunstancias vehiculiza, condujo a Jauretche a concebir su propia tarea no como "la formulación de una doctrina y menos de una ideología, sino como dirigir el pensamiento nacional hacia hechos concretos y sus implicancias económicas, sociales y culturales propias, para tratar de contribuir a la elaboración de un pensamiento

propio" (25). Esta tarea, definida como "promover el modo nacional de ver las cosas" constituye "el punto de partida previo a toda doctrina política para el país, precisamente lo inverso de lo que hacían los partidos de doctrina" (26). En lugar de adoptar una posición político ideológica de izquierda o de derecha, nacionalista, liberal o lo que fuere, y a partir de ella ajustar el cuerpo (la sociedad argentina) al traje (la ideología), Jauretche se situó en el terreno metateórico a fin de crear las condiciones para que sea el traje (la ideología) el que se ajuste al cuerpo (la sociedad). Sólo a partir de este requisito el debate sobre si el traje debe ser claro u oscuro, de un modelo u otro, etc., resulta legítimo: siempre se tratará de un traje (mejor o peor) para el cuerpo y no de un cuerpo para el traje.

Se comprende entonces que Jauretche haya diferenciado la posición nacional de la ideología nacionalista. "Baste esto para explicar por qué prefiero emplear el término 'nacional' a 'nacionalista'", dice. Y continúa: "La incapacidad de la *intelligentzia* hizo que el concepto 'nacionalista', en lugar de corresponder a una posición propia, se identificase frecuentemente con ideologías de importación", (y) "los nacionalistas (...) no supieron ser nacionales porque compartían, aunque desde la vereda de enfrente, los efectos de la mentalidad colonial".

Si las izquierdas y derechas liberales o "marxistas" se concebían a sí mismas como el eco local del liberalismo anglosajón o del "comunismo" de los burócratas rusos, los "nacionalistas" resultaban tan antinacionales como sus adversarios liberales o izquierdistas. Las diferencias entre unos y otros eran el reflejo local de la disputa entre "imperialismos realizados" e "imperialismos insatisfechos". Y esa disputa era ajena a los intereses nacionales (27).

Puede advertirse, en consecuencia, que el error de los "científicos sociales" y analistas políticos que intentaron ubicar al pensamiento jauretcheano en las casillas correspondientes a la izquierda, el nacionalismo, etc. deriva de una equivocada comprensión acerca del nivel en que tal pensamiento se desarrolló. ¿Cómo introducir a Jauretche en alguna de las "casillas" establecidas cuando el pensamiento jauretcheano fue el intento más vigoroso de cuestionar la pertinencia de tales "casillas"? En tanto discurso crítico de los discursos existentes, el pensamiento jauretcheano opera como metadiscurso, y sólo en tanto tal puede ser comprendido. Así, la posición de Jauretche es la "posición

nacional", y él mismo ensayó una definición de ella: "entendemos por tal una línea política que obliga a pensar y dirigir el destino del país en vinculación directa con los intereses de las masas populares, la afirmación de nuestra independencia política en el orden internacional y la aspiración de una realización económica sin sujeciones a intereses imperiales dominantes. Esta posición no es una doctrina, sino el abecé, el planteo elemental y mínimo que requiere la realización de una nacionalidad, es decir, la afirmación de su ser. No supone ni una doctrina económica o social, de carácter universalista, por más que no puede ni debe prescindir de una visión de conjunto en el mundo, ni tampoco una doctrina institucional, pues todas son contingentes al momento histórico y sus condiciones. Esto no excluye la posibilidad del desarrollo de una doctrina nacional o de una de carácter general a condición de que ésta sea histórica, es decir, que nazca de la naturaleza misma de la nación y se proponga fines acordes con la nación misma" (28).

Puede entonces comprenderse el enfado de Jauretche cuando advertía los intentos de incluir su pensamiento en alguno de los casilleros políticos, ideológicos o doctrinarios derivados de la pedagogía colonialista: "También forma parte de la imbecilidad esto de que los derechistas me consideren de izquierda y los izquierdistas de derecha, cosa que después le pasó a FORJA, como le había pasado a Yrigoyen y como le pasó a Perón. Porque donde todo el mundo anda de contramano el que lleva su mano parece que es el que contraviene las ordenanzas. Y la mano es la del buen sentido, la del realismo nacional, en que esos matices caben para la disputa interna, pero sólo en la medida en que vayamos realizando paralelamente la disputa externa de nuestra liberación, siguiendo aquel orden que ya se dijo: para repartir la torta hay que tenerla" (29).

Sin embargo, la posición nacional no debe ser entendida como una identidad fija e inamovible que caracterice de una vez y para siempre a sus portavoces ocasionales como el yrigoyenismo y el peronismo. También estos pueden sufrir el embate de la colonización pedagógica y cambiar de naturaleza. Goldar lo expresó con acierto: "intelligentzia no es sólo patrimonio nefasto de los liberales. Se mete en las filas nacionales, embauca la manera de pensar y de decir. Nadie está exento de la

'colonización pedagógica'" (30). De allí que la adscripción jauretcheana al yrigoyenismo y al peronismo se subordinara a la capacidad de ambos movimientos populares para interpretar la posición nacional. Este punto no debe ser obviado a la hora de considerar las relaciones de Jauretche con Yrigoyen y con Perón.

Notas

- (66) David Rock, *La Argentina autoritaria*. Ed. Ariel, Bs. As. 1993.
- (67) Marcos Merchensky, *Las corrientes ideológicas en la historia argentina*, Ed. Crisol, Bs. As., 1979, págs. 139 y ss.
- (68) Horacio Pereyra, *Arturo Jauretche y el bloque de poder*, Cedal, Bs. As. 1989, pág. 47.
- (69) Antonio Balcedo, *Bases para la formación del Frente Nacional*, Corregidor, Bs. As. 1999, pág. 28.
- (70) Marysa Navarro Gerassi, *Los nacionalistas*, Ed. Jorge Alvarez, Bs. As. 1969, pág. 138.
- (71) Antonio Caponnetto, *Los críticos del revisionismo histórico*, I. B. 'Antonio Zinny', Bs. As. 1998, p. 431.
- (72) Entrevista a Horacio González en Javier Trímboli, *La izquierda en la Argentina*, Manantial, Bs. As. 1998, pág. 94.
- (73) Jorge Castañeda, *La utopía desarmada*, Ariel, Bs. As. 1993.
- (74) Arturo Jauretche, *De memoria. Pantalones cortos*, Peña Lillo ed. Bs. As. 1986, pág. 256.
- (75) Arturo Jauretche, *Ejército y política*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1984, pág. 121.
- (76) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, Peña Lillo ed. Bs. As. 1973, pág. 27.
- (77) Ibid. pág. 68.
- (78) Arturo Jauretche, *Manual de zonceras argentinas*, Peña Lillo ed. Bs. As. 1980, pág. 29.
- (79) Elie Wiesel, entrevista de Furio Colombo, en "Clarín", 3/2/2000.
- (80) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, Peña Lillo, Bs. As. 1967, pág. 277.
- (81) Arturo Jauretche, *Manual de zonceras argentinas*, pág. 32.
- (82) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, pág. 80.
- (83) Arturo Jauretche, *De memoria. Pantalones cortos*, pág. 24.
- (84) Arturo Jauretche, *Ejército y política*, pág. 50.
- (85) Cit. en Norberto Galasso, *Las polémicas de Jauretche, 2º parte*, Ed. Los nacionales, Bs. As. 1982, p. 150.
- (86) Arturo Jauretche, *El medio pelo en la política argentina*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1967, pág. 27.
- (87) Arturo Jauretche, *FORJA y la Década Infame*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1989, pág. 62.
- (88) Arturo Jauretche, *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje*, Ed. 45, Bs. As., 1955 p. 5.
- (89) Ibid. pág. 68.
- (90) Ibid. pág. 22.
- (91) Arturo Jauretche, "Los movimientos nacionales", en *El país de los argentinos*, Bs. As., Cedal, 1980
- (92) Arturo Jauretche, *FORJA y la Década Infame*, pág. 21.
- (93) Arturo Jauretche, *Política y economía*, Peña Lillo ed. Bs. As. 1984., pág. 148.
- (94) Ernesto Goldar, *Jauretche, Cuadernos de Crisis*, Bs. As., 1975, pág. 57.

Capítulo 5

ENTRE YRIGOYEN Y PERON

El pensamiento jauretcheano, que alcanza su vértice de maduración durante la década del sesenta, comenzó a vertebrarse en los años treinta. El derrocamiento de Hipólito Yrigoyen, en el que intervinieron mancomunadamente las fuerzas de la izquierda y la derecha, del liberalismo y del nacionalismo, reordenó el mapa político de acuerdo al esquema "civilización y barbarie". Mientras la "barbarie" retornó al subsuelo de la sociedad, del que había emergido tímidamente en 1916, la "civilización" ocupó el centro de la escena comenzando a desplegarse en un amplio abanico en el que oficialistas y opositores desempeñaban el papel asignado por las formas institucionales de la democracia liberal. Mientras los conservadores (la derecha) controlaban el ejecutivo nacional, los socialistas y demócrata–progresistas (la izquierda) disponían de un considerable espacio en la legislatura y controlaban una buena parte de los aparatos ideológicos. La Unión Cívica Radical fue muy rápidamente incorporada al campo de los "civilizadores". Muerto Yrigoyen en 1933, la conducción nacional del radicalismo en manos de Marcelo T. de Alvear levantó la abstención en 1935 para sumarse al juego electoral, una iniciativa que fue favorablemente acogida, paradójicamente, por quienes habían propiciado el golpe militar cinco años antes. Completando el panorama político–ideológico, en el extremo izquierdo operaban el Partido Comunista y algunas pequeñas organizaciones trotskistas, mientras que en el extremo derecho se situaban diferentes agrupaciones nacionalistas. Eran los "tiempos de la República", como dijera Federico Pinedo, pero que pasarían a la historia como la Década Infame, según bautizara al período el periodista y escritor José Luis Torres.

Ciertamente, la democracia brilló por su ausencia en estos años. Pero no porque las instituciones supuestamente encargadas de garantizarla se encontraran proscriptas. La división de poderes, los actos comiciales, las estructuras partidarias y la "prensa libre" funcionaron desde 1932 hasta el golpe militar

de 1943 sin solución de continuidad. Quienes presentan la historia argentina del siglo XX como un conflicto entre civiles y militares o entre la democracia y la dictadura no debieran olvidar que los altos mandos del Ejército –encarnados en la figura del general Manuel Rodríguez, presidente del Círculo Militar y ministro de Guerra de Justo– postulaba unas fuerzas armadas profesionales y apolíticas limitadas a cumplir con su "función específica". Es decir, que estuvieran subordinadas a la civilidad.

¿Significa esto que no existió el fraude electoral durante la Década Infame? No. Existió y alcanzó proporciones escandalosas. Si el general Agustín P. Justo –"el presidente más fraudulento de la historia", en opinión de Roberto Ferrero (1)– había llegado al gobierno a través de comicios viciados por la proscripción de la UCR, su sucesor Roberto Ortiz, un abogado de los ferrocarriles ingleses de origen radical, hizo lo propio recurriendo al fraude más vergonzoso: cambios de urnas, manipulación discrecional de los resultados, etc. Pero las prácticas fraudulentas no eran patrimonio exclusivo del ala derecha de la "civilización" nucleada en la Concordancia. También el "ala izquierda" recurría a ellas: la dirección del Partido Socialista fue denunciada por uno de sus concejales a raíz de maniobras tramposas realizadas para imponerse en los comicios internos, y si en el Partido Comunista no hubo denuncias parecidas ello se debió a que a ninguno de sus militantes se le hubiera ocurrido exigir a la dupla Codovilla–Ghioldi elecciones libres. En cuanto a la UCR, la dirección alvearista apeló en repetidas oportunidades a esta clase de recursos para doblegar a los sectores yrigoyenistas que sobrevivían en su seno.

Las prácticas fraudulentas sin dudas existieron y fueron un rasgo distintivo y repudiable de la Década Infame. Pero no está allí la razón última que explica la ausencia de democracia. El problema no consistía en los excesos, accidentes o anomalías que afectaban las reglas del juego, sino que estaba presente en las reglas mismas. De un individuo puede decirse que no está enfermo porque tiene fiebre, sino que tiene fiebre porque está enfermo. Lo mismo vale para el régimen político de la Década Infame: no careció de contenido democrático porque lo afectaran las prácticas fraudulentas, sino que estaba afectado por las prácticas fraudulentas debido a que carecía de contenido democrático. Confundiendo el síntoma con la enfermedad, la pedagogía colonialista se centra en el abuso para disimular el uso. Y de

ese modo deja en pie un fetichismo democratista que confunde deliberadamente formas "democráticas" con contenidos auténticamente democráticos. Unas y otros no son la misma cosa y es perfectamente admisible que entren en colisión. El problema de la Década Infame no era de formas sino de contenidos: con el derrocamiento de Yrigoyen se había excluido a la "barbarie" y su exclusión era el axioma indiscutible sobre el que se erigía todo el armado institucional de la "democracia".

De aquí se deriva que el levantamiento de la proscripción radical que había afectado la legitimidad de los comicios de 1932 no significara más democracia sino menos: Alvear comenzó reivindicando el golpe de 1930 porque "Yrigoyen, con una ignorancia absoluta de toda práctica de gobierno democrático, parece que se hubiera complacido en menoscabar las instituciones", luego continuó apoyando a Ortiz y finalmente acabó avalando una eventual candidatura presidencial de Justo por la UCR. A la luz de semejante recorrido, ¿qué necesidad podía justificar la continuación del fraude y la proscripción? Simplemente, ¡ya no hacía falta! Por la misma razón que no hace falta poner el bozal a un perro que no muerde.

El abandono de las prácticas fraudulentas, en tales condiciones, no significaba el triunfo de la transparencia democrática, sino que "el triunfo de la transparencia democrática" era el resultado de la capitulación de los opositores. La supresión del fraude y otras anomalías, entonces, adquiere un significado inverso al que le atribuyen los fetichistas de las instituciones. Ellas son más transparentes cuanto menos capaces son de vehiculizar intereses ajenos a los que están llamadas a defender. Toda la historia enseña que cuando esos intereses ajenos irrumpen no lo hacen a través de las instituciones existentes, sino violentándolas y reconstruyéndolas según su conveniencia.

La respuesta al problema de la democracia, entonces, no debe ser buscada en el plano superestructural de las formas institucionales. Hace falta, como alguna vez expresó Marx, "bajar del cielo a la tierra". Esto significa elevar el análisis pasando de las formas a los contenidos, del régimen político a los intereses sociales y nacionales que subyacen en las profundidades de la sociedad. Sin hacer esto, el debate sobre el fraude y la transparencia se torna artificioso. En la Década Infame sólo un puñado de

jóvenes yrigoyenistas emprendió la tarea. Se agruparon en FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) y Arturo Jauretche estuvo entre ellos.

Democracia teórica y democracia del pueblo

En 1939 Jauretche publicó un artículo en el que desentrañó las falacias formalistas del régimen "democrático": "Democracia y electoralismo no son términos equivalentes y sí muchas veces incompatibles. Por ejemplo ahora. Porque el voto es sólo un medio y no un fin. El medio para expresar la totalidad del pueblo cuando existe un mecanismo legal –aspecto formal y real, aspecto sustantivo– del gobierno democrático. Pero cuando éste no existe, no queda excluida la democracia, pues el pueblo tiene otros modos de expresión; la lucha armada, por ejemplo (...). Porque si el Estado es una gerencia de intereses antinacionales, los partidos políticos simples facciones de capataces que aspiran a sustituirse en el usufructo del poder, y la ciudadanía no existe porque los hombres sólo están atentos a la gestión de particulares intereses, la fuerza que aspira a la reparación radical de esos males no puede constituirse como un partido, con igual jerarquía histórica que los otros, sino como el instrumento de la nación para salvarse..." (2).

Un año después, avanzando en esta caracterización, escribía: "Grupos capitalistas tienen en sus manos la universidad, la escuela, el libro, el periodismo y la radiotelefonía. No necesitan recurrir a la violencia para reprimir los estados de conciencia que les son inconvenientes. Les basta con impedir que ellos se formen. Dan a los pueblos la oportunidad de pronunciarse por una u otra agrupación política, pero previamente imposibilitan materialmente la formación de fuerzas políticas que respondan a las necesidades populares y cuando ellas existen, tal como existía entre nosotros la Unión Cívica Radical, movilizan para el soborno sus cuantiosos medios económicos, como lo hicieron para provocar el levantamiento de la abstención radical y la coparticipación de los dirigentes en los crímenes contra el pueblo y la Nación. El ciudadano tiene la ilusión de que elige y sólo se limita a escoger entre la reducida

lista que los financieros han decretado apta para el consumo popular. El político y su partido lo saben y saben por consecuencia que antes de someterse a la elección popular han de tener el visto bueno de los financieros, y este visto bueno se obtiene a cambio de la entrega de los intereses populares" (3).

La crítica a la democracia y al electoralismo, que recorre toda la obra de Jauretche, aparece ya dibujada en los años treinta, durante su militancia en FORJA. Hacia el final de su vida, en 1971, seguía insistiendo en ella. Interrogado por un diario católico sobre si las siguientes elecciones aportarían alguna solución a los problemas del país, respondió: "Claro que no. Gane el que gane, a los tres meses quedan planteados los mismos problemas. (La solución es) la revolución, aplicando un programa nacional" (4).

Pero crítica de la democracia no supone para Jauretche su negación, sino la superación de su forma fetichizada a fin de permitirle recuperar el contenido perdido. Porque si "la democracia, según sus mentores habituales, necesita suspender su ejercicio cada vez que empieza a funcionar", ello se debe a que "la democracia toma formas de expresión que, como en los viejos tiempos federales, desbordaban las previsiones de los institucionalistas, demandas y resistencias, que estorbaban el plan previsto en el orden social y económico, y una voluntad de afirmación nacional en el concierto del mundo, que contrariaba también el papel asignado a la Argentina". Es entonces cuando la democracia, entendida como "presencia del pueblo en el Estado se pone en contradicción con la democracia formal de nuestros titulados demócratas" (5).

El pensamiento jauretcheano busca emancipar al término "democracia" de sus ataduras con un sistema jurídico–institucional particular que al apropiarse de él pervierte su contenido real. Por eso contrapone la "democracia del pueblo", capaz de adoptar diferentes formas en cada circunstancia histórica, con la "democracia teórica" de los "titulados demócratas" de la derecha y la izquierda "civilizadoras": "La idea unitaria que ponía el 'como ser' del país antes que el ser, era común a las dos sastrerías. El cuerpo debía ser para el vestido y no el vestido para el cuerpo". De tal modo, "la democracia era demagogia para los oligarcas y 'política criolla' para la izquierda" (6).

Desde esta perspectiva, las prácticas fraudulentas que signaron a la Década Infame (y no sólo a ella) dejan de ser anomalías y se convierten en la consecuencia lógica de los presupuestos que animaban a

sus promotores y beneficiarios: "como las instituciones se identifican con el ideario que las fundó, va implícito que el ciudadano así logrado debe oponerse a cualquier transformación en el devenir nacional que altere la identificación ideario–instituciones. Aun las que resulten del mismo juego institucional en cuanto este libre juego pone en peligro la libertad según la concepción de la ideología" (7). Por apearse a la forma, los "demócratas" se olvidan del contenido, y cuando éste se abre paso por canales diferentes a los preestablecidos, se recurre a aquella para deslegitimarlo: la forma, entonces, no expresa al contenido sino que lo bloquea, y los "demócratas se revelan entonces como los auténticos enemigos de la democracia, aunque nunca dejen de llenarse la boca con esa palabra. Para salvar el "vestido" deben condenar el "cuerpo"; para construir la "civilización" deben destruir la "barbarie".

Un antiimperialismo concreto

Para desfeticizar la democracia, Jauretche avanza entonces desde las formas hacia los contenidos, desde las apariencias a la esencia. "Así como hay una técnica de la democracia, hay una técnica de la liberación. La primera consiste en exhibir lo aparente y ocultar lo real; la de ésta, en desnudar de apariencias las cosas para atenerse al cuerpo cierto de los hechos" (8).

Desnudar las apariencias significa, en consecuencia, correr el velo democratista (lo formal, lo aparente) para acceder a los determinantes últimos que aquel oculta. En consecuencia, tras afirmar que en la Década Infame "la infamia del fraude y el vejamen al ciudadano (...) es la infamia de la forma", advierte que "la infamia de fondo es la traición deliberada y consciente al destino del país, porque el fraude en sí no es más que un medio" (9). Y avanzando un paso más identifica en los "civilizadores" de la izquierda y la derecha a los responsables de la traición: "Los fraudulentos arguyen su mayor capacidad técnica como gobernantes para justificarse; los defraudados, la autenticidad de su representación. Todos se dicen democráticos, y hasta se lo creen; sólo que unos dicen postergar la hora del sufragio auténtico al momento en que los argentinos se capaciten para ser ciudadanos, los otros creen que estos ya están

capacitados, pero unos y otros son ajenos a las finalidades que van implícitas en la vigencia de un gobierno popular. Pronto el país percibirá que el conflicto es exclusivamente un conflicto entre políticos (...). Las multitudes se irán alejando paulatinamente de la pasión política" (10).

La distinción entre la forma y el fondo, o la apariencia y la realidad, le permitió a Jauretche advertir que la disputa entre quienes practicaban el fraude y quienes exigían transparencia escondía el común extravío en el fetichismo democratista. La misma operación conceptual le sirvió para comprender la naturaleza de los problemas planteados alrededor de la política económica.

Los famosos Cuadernos de FORJA, cuyo contenido ha sido examinado por diferentes autores, constituyen la más formidable denuncia de lo que Jauretche denominó "Estatuto Legal del Coloniaje". Desde las Juntas Regulatoras hasta la creación del Banco Central, desde el Tratado Roca–Runcimann hasta la corporación de transportes, pasando por los negociados, las coimas, etc., todo ello fue examinado con rigor y sacado a la luz por FORJA, y hoy forma parte de la conciencia colectiva de los argentinos. Pero en la Década Infame, como ocurriría después, "el problema no es una cuestión teórica entre la economía liberal y la dirigida", sino que "la base de este desastre está en el abandono de la política nacional y su sustitución por las teorías internacionales que profesaron los sucesivos consejeros y ministros, agentes del interés internacional o mentecatos que repiten los lugares comunes de la cátedra..." (11).

Los años treinta fueron los años de John Maynard Keynes. Se planteó el debate entre los defensores de la teoría clásica del *laissez faire* y los partidarios del intervencionismo regulatorio del estado. Eludiendo "esa fraseología de importación (que) contribuye a confundir una cosa concreta como es la economía nacional y división internacional del trabajo y subordinación a economías extranjeras con esa teoría que es el debate entre dirigismo y libre empresa" (12), Jauretche planteó la disyuntiva: "se trata de una cuestión entre economía nacional y economía colonial".

Si en el plano político–jurídico el debate entre la izquierda y la derecha acerca del fraude y la transparencia era un debate entre "civilizados" que presuponía la decisión de construir un sistema de reglas que garantizara la exclusión de la "barbarie", en el plano político–económico la situación era

idéntica. El liberalismo ortodoxo de la derecha se contraponía al intervencionismo fiscalista de la izquierda, pero sobre el presupuesto de que el país accediese mediante el "progreso" a la "civilización" sepultando a la "barbarie". Así como el fetichismo político–jurídico era incapaz de explicar la aparente paradoja de que la "democracia" necesitara de manipulaciones y fraude para funcionar, el fetichismo político–económico estaba igualmente imposibilitado para comprender que hasta "los liberales eran dirigistas, pero para impedir que el país se dirigiera a sí mismo" (13).

"El dirigismo tiene el sentido que le da el que dirige, y siempre hay dirigismo –apunta Jauretche–. Sólo que se llama dirigismo cuando dirige el Estado y libertad económica cuando dirigen los grupos monopólicos particulares, que a su vez están dirigidos por la política del imperio predominante" (14).

Por esta razón, no tenía reparos en proponer en materia económica que el país avanzara "hacia el estado empresario en la economía de base". Y cuando le señalaron que esa era la posición marxista, respondió:

"Yo no soy marxista, pero no habrá más remedio que hacerlo así. Las grandes empresas deberán ser del Estado y no hay otra salida. El Estado es el único que puede tener interés en el desarrollo del país; las empresas tienen interés en el desarrollo de ellas mismas: prefieren un mercado pobre en monopolio que un mercado rico en competencia" (15).

Descubriendo una vez más el contenido que subyace a la forma (o la realidad que ocultan las apariencias), Jauretche rehuye el debate liberalismo–dirigismo y plantea la disyuntiva entre economía nacional y economía colonial, que es el correlato de la que en el plano político–jurídico se abre entre la "democracia del pueblo" y la "democracia teórica". Así como la "democracia teórica" es indisociable de la economía colonial, en la medida que ambas se fundan en el fetichismo de las formas inherente a la "civilización", la "democracia del pueblo" se conjuga con la economía nacional en una unidad profunda como expresión de la "barbarie". "Lo nacional está presente cuando está presente el pueblo –dice Jauretche–, y la recíproca: sólo está presente el pueblo cuando está presente lo nacional" (16).

Denunciados ya el fetichismo democratista y la enajenación económica, el pensamiento jauretcheano prosigue examinando la realidad sin las anteojeras de la "civilización" hasta alcanzar su plena madurez. Convencido de que "no hay política económica separada de la política internacional y de la social,

porque la política nacional es una" (17). Jauretche planteó desde una fecha tan temprana como 1937 los esbozos de una geopolítica nacional.

"La única razón geográfica por la que el norte aparece arriba en los mapas actuales es que ellos se han originado en el Hemisferio Norte; al heredar la cultura, la hemos heredado sin adecuarla a nuestra propia realidad y la incapacidad para crear un punto de vista propio que revela la posición de los mapas no es más que un índice de que la cultura no se asimila sino que se copia" (18). Esta constatación no era sino una nueva manifestación del mismo problema, pero servía para extraer nuevas conclusiones.

Al pensarse a sí misma desde el Norte y no desde el Sur, la pedagogía colonialista consideraba el conflicto que dividía a Europa en los años treinta como un conflicto propio. Había entonces que tomar partido. Mientras que la izquierda y la derecha presentaban el conflicto europeo como un enfrentamiento entre la civilización (la democracia) y la barbarie (el totalitarismo), FORJA levantó la bandera de la neutralidad: "Las llamadas potencias totalitarias, imperialismos insatisfechos, disputan a las llamadas grandes potencias democráticas, imperialismos realizados, la hegemonía que éstas detentan. No son ideologías las que se aprestan. La lucha es por el dominio material del mundo. Una vez más media docena de estados pretenden decidir los destinos del mundo entero. Lo mismo que durante la guerra de 1914. Se quiere mezclarnos en la contienda" (19).

La visualización de la pugna entre las potencias como una contienda entre "imperialismos insatisfechos" e "imperialismos realizados" significaba una vez más superar el fetichismo de las formas –las ideologías– para ir de lleno hacia el contenido que ese fetichismo no permitía desentrañar. La pedagogía colonial –partidos políticos de izquierda y derecha, "prensa libre", *intelligentzia*–, siendo incapaz de concebir una posición independiente de algún amo mundial, infería que el neutralismo era el apoyo al amo ajeno, ya que se negaba a apoyar al propio. FORJA fue calificada entonces como "nazifascista". Pero lejos de serlo, se abocaba en cambio a sentar las bases de una "tercera posición". "No sólo hay un hemisferio Oriental y Occidental –explicaría Jauretche más tarde–, hay también un hemisferio Sur y uno Norte". Si el esquema Este–Oeste es el de las grandes potencias que luchan por la hegemonía mundial, y que presupone la subordinación del Sur al Norte, el esquema que destaca como central el

conflicto Norte–Sur "es el de los países imperiales y de los países coloniales y semicoloniales (...), eufemismo de países desarrollados y subdesarrollados, que en definitiva es lo mismo, porque lo otro es la característica política del hecho" (20).

Quedaban delineados así, desde la Década Infame, los trazos esenciales del pensamiento jauretcheano. En los años sesenta ese pensamiento alcanzaría su madurez. Si en su punto de partida el pensamiento jauretcheano expresó la sorda resistencia de la "barbarie" ante la ofensiva "civilizadora", en su hora de madurez asistió a una correlación de fuerzas diferente: los "civilizadores" se hallaban a la defensiva y la "barbarie" emergía con fuerza incontenible hacia la superficie de un país que no había sido pensado para ella sino contra ella. Algo había sucedido en el medio: el peronismo. Como apunta Jorge Abelardo Ramos, con la fundación de FORJA y su denuncia de la Década Infame, "al buscar la resurrección histórica del radicalismo, Jauretche se encontró con el peronismo", lo cual confirió a su pensamiento el carácter de "eslabón vivo que enlazó al yrigoyenismo declinante con el surgente peronismo", permitiéndole establecer "la íntima relación dialéctica entre ambos movimientos nacionales" (21).

El edificio conceptual de la pedagogía nacional jauretcheana fue capaz de percibir la encarnadura material de la pedagogía colonial en la subordinación del país al imperialismo, de la que la Década Infame ofreció vivo testimonio. Pero también dispuso de la capacidad de pensarse a sí mismo como expresión de las tentativas del país por escapar de su posición subalterna. Es en esta relación que Jauretche establece entre la pedagogía nacional y los dos movimientos populares del siglo XX, donde el pensamiento jauretcheano termina de construir su propia identidad como pensamiento nacional–popular.

Pensamiento nacional, yrigoyenismo y peronismo

El pensamiento nacional, al igual que cualquier sistema conceptual, es tributario de determinadas condiciones materiales que son las que constituyen sus condiciones de posibilidad. La *intelligentzia*,

intoxicada por el vapor emanado de sus propias cavilaciones, tiende a olvidar esta relación de dependencia y a reclamar para sí un papel "autónomo" que la enaltece. De este modo, el terreno de las ideas se independiza de la realidad que las hace posibles y pretende tener la capacidad de moldearla a su antojo.

Jauretche escapó de esta alienación inherente a la *intelligentzia* –inclusive a la parte de la *intelligentzia* especializada en explicar lo que significa "alienación"– y nunca perdió de vista que las posibilidades de desarrollar un pensamiento nacional–popular dependían en última instancia del grado de desenvolvimiento de las fuerzas sociales y nacionales. Refiriéndose a la difusión del revisionismo histórico en los años posteriores a 1955, escribía: "El factor decisivo del triunfo de la revisión histórica ha sido la nueva realidad del país (...), esa realidad es la que le ha permitido encarnarse en la conciencia pública y hacerse ya opinión del país sin necesidad de universidad, escuela, prensa y contra ellas" (22).

Lo que vale para el revisionismo histórico, vale también para el pensamiento nacional en su totalidad. La existencia de los dos grandes movimientos populares del siglo XX –yrigoyenismo y peronismo– está en el origen de su desarrollo y consolidación. ¿Corresponde entonces identificar al pensamiento nacional con la identidad yrigoyenista o peronista? Jauretche no deja esta cuestión sin resolver.

"Con el triunfo de Yrigoyen en 1916 –dice Jauretche– el pueblo argentino, excluido del escenario público desde la derrota de la Confederación, avanza hacia el primer plano. (...) La coalición contra Yrigoyen de los partidos políticos de izquierda y derecha extranjerizantes anticipa la Unidad Democrática" (23). Ante esta disyuntiva entre el yrigoyenismo y la Unión Democrática, el pensamiento nacional emerge como expresión conceptual del primero. Pero la defensa del yrigoyenismo no supone una adhesión inalterable, ya que la realidad es un devenir. Dice Jauretche: "Paulatinamente el radicalismo fue perdiendo su sentido histórico y es corroborante de lo que venimos sosteniendo señalar que ese proceso es paralelo con la pérdida de su sentido nacional y social, que comenzando con la desvirtuación alvearista terminó por colocarlo en la vereda de enfrente, en la misma línea que la oligarquía con posterioridad a 1935, cuando fue batida la línea yrigoyenista y el radicalismo se

constituyó en uno de los partidos del sistema. La línea histórica se retrajo en FORJA buscando el reencuentro con el pueblo que halló en el cauce común de 1945, o en la tímida reticencia de algunos intransigentes" (24).

En consecuencia, si hasta 1930 "la oposición a Yrigoyen era en esencia la oposición a la Política Nacional que empezaba de nuevo a definirse", a partir de 1935 la defensa de esa "Política Nacional" no podía efectuarse desde la identidad radical. La UCR se había convertido "en uno de los partidos del sistema" y se sumaba a la Unidad Democrática. Entonces, "la línea histórica", es decir el pensamiento nacional, "se retrajo a FORJA" y preparó "el reencuentro con el pueblo" que se daría a partir de 1945. La conclusión es obvia: la identificación del pensamiento nacional con el radicalismo yrigoyenista dura mientras éste es el cauce a través del cual se expresan las fuerzas populares que motorizan la Política Nacional. Dicho en términos de la pedagogía colonial: el pensamiento nacional se identifica con el radicalismo cuando éste encarna la "barbarie" y se diferencia de él cuando es cooptado por la "civilización".

Lo mismo sucede en relación con el peronismo. Jauretche dirá en 1965: "Peronismo y antiperonismo son nombres. La realidad son las tendencias nacionales y colonialistas (...). Hay que entender que lo que está en juego no es el peronismo–antiperonismo, sino el destino de la Nación, y que debajo de esas palabras, está lo nacional y lo antinacional. Hay nacionales que no saben serlo por antiperonismo. Y hay peronistas que no saben ser nacionales por anteponer lo partidario. No identifico lo nacional en el peronismo sino a la inversa; el peronismo es nacional, pero lo nacional es más amplio" (25).

El peronismo, tal como antes el radicalismo, encarna en un determinado momento del devenir histórico al conjunto de fuerzas sociales interesadas en abrir un curso de desarrollo propio para el país, opuesto al que se proponen "las tendencias colonialistas". Ello explica que el pensamiento nacional, expresión de aquellas fuerzas sociales, adopte una identidad peronista o defienda al peronismo de sus enemigos. Sin embargo, sería incorrecto adherir el pensamiento nacional a la identidad peronista. Esta última, al igual que la identidad radical, es susceptible de modificar su contenido en el instante que la "civilización"

logra restarla de su pertenencia a la "barbarie". Es allí cuando el pensamiento nacional debe estar atento para "retraerse" –según la expresión de Jauretche– y preparar su "reencuentro con el pueblo".

Frente Nacional y Frente Popular

Jauretche recurrió a una categoría teórica que le permitió tanto comprender la naturaleza del yrigoyenismo y del peronismo como proyectar el pensamiento nacional hacia el futuro evitando que sea atrapado por la inmediatez de la empiria. Esa categoría es la de "Frente Nacional".

La cuestión principal de la Argentina, decía Jauretche, es la cuestión nacional. Esto es: el conflicto de intereses entre el país semicolonial que pugna por escapar de esa condición y las potencias imperialistas que buscan perpetuarla. A su manera, la pedagogía colonialista reconoce este conflicto, pero pervierte su significado presentándolo como el de la "barbarie" contra la "civilización".

El Frente Nacional es la respuesta político–organizativa que el país semicolonial ensaya para batallar contra el conjunto de clases y sectores sociales que se subordinan a los dictados de las potencias imperialistas. Cuando el Frente Nacional se construye, como en 1916 o en 1945, sus enemigos también se agrupan en una suerte de frente con el propósito de combatirlo. Pero se trata de un frente de signo inverso al anterior. La historia ha encontrado un término para designar a este frente antinacional: Unión Democrática. En tal sentido, "unión democrática" es una categoría teórica que trasciende a la coyuntura que le dio celebridad en la década del cuarenta y deriva de la naturaleza capitalista semicolonial del país.

La pedagogía colonialista, aplicando el método "analógico" consistente en mirar la realidad argentina desde el paradigma eurocéntrico ("los intelectuales en política son así –dice Jauretche–. Primero estudian el catálogo y después clasifican por analogía lo que ven en su país" (26)), confundió el Frente Nacional con los movimientos fascistas europeos. La guerra civil española había enfrentado al bando de los "republicanos" contra el de los "nacionales". Este último fue apoyado por Hitler y Mussolini. El uso de una terminología semejante entre los "nacionales" de extrema derecha en Europa y los nacionales

argentinos era para la mentalidad colonial una prueba de la identidad de objetivos. La pedagogía colonialista olvidaba, como dice Jauretche, que "lo que define las cosas no es el nombre, sino los objetivos" (27) y que si el objetivo de los "nacionales" europeos era pelear por una mayor tajada en el reparto del globo, el de los nacionales de una semicolonias es oponerse a cualquier reparto en nombre del antiimperialismo.

Con el propósito de enfrentar al fascismo, los frentes populares se habían constituido en algunos países europeos a partir de 1935. La URSS y la Internacional Comunista los habían impulsado y siguieron haciéndolo hasta por lo menos el inicio de la "guerra fría" en 1947. En la práctica significaban que los partidos comunistas renunciaban a la lucha por la "dictadura del proletariado" y buscaban una alianza con sus antiguos enemigos, la burguesía, sus partidos y sus gobiernos, siempre que fueran "democráticos".

La incapacidad de los frentes populares para detener el fascismo en Europa fue trágicamente demostrada por los acontecimientos. Pero si la conformación de los frentes populares encontraba en el viejo continente al menos cierta justificación en la existencia y el crecimiento de los movimientos fascistas, su traslado a América Latina resultó francamente ridículo. "El planteamiento de frentes populares es fundamentalmente eurocéntrico", señala Ruperto Retana Ramírez, un estudioso de los movimientos de izquierda en Venezuela, Cuba y México (28). En América Latina los frentes populares se crearon para luchar contra un fascismo que no existía. Pero si no existía... ¡había que inventarlo! Una vez más, no se buscaba un traje para el cuerpo sino que se pretendía crear un cuerpo para el traje. En la Argentina, la Unión Democrática fue la versión local del Frente Popular, y el lugar del fascismo lo ocupó el Frente Nacional antiimperialista conformado en 1945.

En los años sesenta el fascismo europeo ya había sido derrotado y en consecuencia no resultaba posible continuar considerando a los frentes nacionales de las semicolonias como una reproducción de aquel. Pero el método analógico de la pedagogía colonial, insistiendo en encasillar un fenómeno de la realidad argentina según las categorías emergentes de la realidad europea, descubrió que el Frente Nacional era en verdad la reproducción de... ¡los frentes populares europeos! Si el Frente Nacional había dejado de

ser la expresión de la burguesía fascista, pasaba a ser la expresión de la burguesía antifascista, y como tal, debía ser combatido en nombre de la "independencia de la clase obrera". Semejante descubrimiento procede de los autores de la nueva izquierda. El pensamiento jauretcheano salió al cruce de esta nueva manifestación de la pedagogía colonialista, encubierta ahora con los ropajes del socialismo "puro".

Polemizando con Silvio Frondizi, dice Jauretche: "Todo el mundo sabe que el Frente Popular significó, en la Década Infame, la alianza de los comunistas, los liberales, la izquierda en general y la oligarquía probritánica y antinazi. Pero el profesor se hace el confundido y al negar la posibilidad de un Frente Popular en nuestros días lo hace con un argumento especioso: 'por la profunda y total divergencia de intereses entre la política obrera y la burguesa'. Pero un frente entre la burguesía y el proletariado no sería un Frente Popular tal cual fue dado por la historia, sino un Frente Nacional, según el modelo ofrecido por el año 45. Con esta deliberada confusión terminológica, el profesor persigue dos objetivos: darse aires de 'revolucionario', desechar una fórmula totalmente desprestigiada y rechazar al mismo tiempo el Frente Nacional contra el imperialismo. A continuación se digna revelar su verdadero pensamiento científico: 'De aquí que, a la formación de frentes populares, condenados históricamente al fracaso, nosotros oponemos la formación de frentes de izquierda'" (29).

La condena de Silvio Frondizi al Frente Popular no se debe, entonces, a su significado concreto en la Argentina: su conformación como Unión Democrática a través de la cual un bloque político-social buscó y busca impedir la conformación de un Frente Nacional de contenido antiimperialista. Se condena al Frente Popular en tanto "alianza de clases", sin considerar que el contenido de esa alianza sea diferente en un país imperialista y en un país semicolonial. Treinta años después de Silvio Frondizi, uno de sus discípulos, Jorge Altamira, lo expresó con claridad: "En Argentina, por ejemplo, el yrigoyenismo intentó ganar el apoyo de la clase obrera, así como el peronismo lo hizo en un cierto momento. Pero cuando el desarrollo de la clase obrera y del propio capitalismo y la separación entre las clases es mayor, habiendo llegado la clase obrera a un nivel independiente, la colaboración de clases inevitablemente lleva a la derrota de la clase obrera. Ese es el significado del Frente Popular, y se expresa tanto en los países imperialistas como en los sudesarrollados" (30).

La confusión entre Frente Popular y Frente Nacional, así como la analogía entre este último y el fascismo europeo, reflejan una incomprensión de la cuestión nacional, es decir de la distinción entre países centrales y periféricos, entre países imperialistas y países coloniales o semicoloniales. El pensamiento jauretcheano, partiendo de esta distinción, visualizó en el Frente Nacional a la herramienta política del conjunto de clases y sectores interesados en la liberación nacional. Comprendió, al mismo tiempo, que el yrigoyenismo y el peronismo son expresiones contingentes de ese Frente Nacional en diferentes momentos de la evolución de sus fuerzas constitutivas, y de ese modo evitó quedar fijado a esas identidades y declinar junto a ellas. Es en esta comprensión, por añadidura, que la validez de las afirmaciones del pensamiento jauretcheano cobra dimensiones "universales", porque "la visión propia permite, en primer término (...) apreciar la importancia, ya definitiva, del papel que juegan los pueblos coloniales y semicoloniales, o subdesarrollados, que constituyen los tres quintos de la población humana y la mayor superficie terrestre" (31).

Mirar el mundo desde "nuestra realidad", es decir desde el lugar propio en el contexto global, no supone, entonces, prueba de relativismo o limitación cognoscitiva sino de una correcta apreciación de la naturaleza compleja y contradictoria de esa realidad: "la aparente audacia de mis afirmaciones –dice Jauretche– no es tal, ni aun para la visión desde el otro hemisferio, sino el resultado de una auténtica concepción global y no sólo los que hasta ahora se han tenido por exclusivos" (32).

Notas

(95) Roberto Ferrero, *Del fraude a la soberanía popular*, Ed. La Bastilla, Bs. As. 1980.

(96) Miguel Angel Scenna, *FORJA. Una aventura argentina*, Ed. La Bastilla, Bs. As. 1972, pág. 406.

(97) Ibid. pág. 500.

(98) Cit. en Ernesto Goldar, *Jauretche*, Cuadernos de Crisis, Bs. As., 1975, pág. 66.

(99) Arturo Jauretche, *FORJA y la Década Infame*, Peña Lillo ed. Bs. As. 1989, págs. 26 y 27.

(100) Ibid. pág. 27.

(101) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, Peña Lillo ed., Bs. As., 1967, pág. 176.

(102) Arturo Jauretche, *Política y economía*, Peña Lillo ed., Bs. As., 1984, pág. 198.

(103) Arturo Jauretche, *El medio pelo en la sociedad argentina*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1967, pág. 178.

(104) Ibid. pág. 179.

- (105) Arturo Jauretche, *Política y Economía*, pág. 31.
- (106) Ibid. pág. 15.
- (107) Ibid. pág. 163.
- (108) Ibid. pág. 15.
- (109) Cit. en Ernesto Goldar, ob. cit. pág. 65.
- (110) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, Peña Lillo ed., Bs. As., 1973, pág. 61.
- (111) Arturo Jauretche, *Política y economía*, pág. 65.
- (112) Arturo Jauretche, *FORJA y la Década Infame*, pág. 66.
- (113) Cit. en Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Ed. Plus Ultra, Bs. As., 1973, pág. 350.
- (114) Arturo Jauretche, *Ejército y política*, Peña Lillo ed., Bs. As., 1984, pág. 162.
- (115) Jorge Abelardo Ramos, *Adios al coronel*, Ed. Época, Bs. As., 1975.
- (116) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 58.
- (117) Arturo Jauretche, *Ejército y política*, págs 101/103.
- (118) Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, págs. 62/3.
- (119) Cit. en Norberto Galasso, *Las polémicas de Jauretche*, 2º parte, Ed. Los nacionales, Bs. As., 1982.
- (120) Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la yapa*, pág. 108.
- (121) Arturo Jauretche, *Ejército y política*, pág. 33.
- (122) Ruperto Retana Ramírez, *Izquierda y modernidad en América Latina: Venezuela, Cuba y México*, UNAM, México, 1996.
- (123) Arturo Jauretche, *Prosa de hacha y tiza*, Ed. Coyoacán, Bs. As., 1961, pág. 64.
- (124) Jorge Altamira, *Teoría marxista y estrategia política*, Ed. Rumbos, Bs. As., 1998, pág. 50.
- (125) Arturo Jauretche, *Ejército y política*, pág. 9.
- (126) Ibid. pág. 10.

CUARTA PARTE: PENSANDO CON JAURETCHE

Capítulo 6

LOS CARTOGRAFOS DE LA COLONIZACION PEDAGOGICA

(¿Bobbio o Jauretche?)

Ray Bradbury imaginó en *Fahrenheit 451* un país en el que un estado totalitario quemaba libros y prohibía leer para mantener inalterable el orden social. Como suele ocurrir con la narrativa futurista o de ciencia ficción, ella dice más sobre el presente que sobre el futuro. *Fahrenheit 451* desnuda la filiación iluminista de su autor y de su época. Reproduce en el terreno artístico la creencia desmentida por la historia de que el totalitarismo es antagónico a la cultura y de que los aparatos represivos prevalecen sobre los ideológicos.

En realidad, las técnicas de control social son mucho más sofisticadas de lo que pensaba Bradbury. El general Videla, al igual que Bradbury, creía que la prohibición de todas las ideas era la mejor manera de impedir que aquellas que pudieran resultar subversivas circularan. Raúl Alfonsín, en cambio, advirtió que la circulación indiscriminada resultaba más favorable para el mantenimiento del statu quo.

En los tiempos de la globalización, los libros y las ideas circulan casi sin restricciones por todo el orbe. Sin embargo, la penuria espiritual y la estrechez intelectual son sólo comparables al derrumbe moral que las acompaña. Y no son los hombres y mujeres comunes quienes llevan la delantera en esta degradación, sino los intelectuales y profesores que presumen de "conciencia crítica de la sociedad". En el terreno de las ciencias humanas o sociales, lejos de haber florecido "cien flores", como pregonaba Mao para la sociedad socialista, existe una única escuela monocorde que niega la diferencia invocándola y disfraza su carácter totalitario con los ropajes ya demasiado raídos de la "democracia".

Hágase la prueba. Visítese una librería y se comprobará que sus anaqueles desbordan de textos confeccionados por autores norteamericanos, franceses, italianos o ingleses que proclaman en todos los

idiomas, géneros y niveles discursivos las bondades de la democracia, y que no temen señalar sus falencias porque auguran que ellas serán superadas en breve plazo. La diferencia desaparece, paradójicamente, en el instante mismo en que parece estar permitida. Váyase luego a la universidad y se advertirá la gran variedad de autores que los profesores ofrecen a la virginidad intelectual de sus alumnos. También aquí el pensamiento disonante está ausente, ahogado en el estereotipo que se reproduce a la velocidad de los roedores.

Bradbury se equivocó. Al conformismo social propio del totalitarismo no se llega únicamente por el camino de la quema de libros. Se llega, también, por el de su producción indiscriminada. Un poder que se construye sobre la base de prohibiciones es un poder endeble, siempre al borde de su derrumbamiento. Por el contrario, un poder asentado sobre la permisividad presentada como libertad es dueño de una fuerza que obliga a sus objetores a repensar las formas de la emancipación.

Durante una de sus visitas al país, Alain Touraine, un prestigioso académico que difundió las recetas privatistas del Banco Mundial, expresó en un programa televisivo: "los intelectuales somos los cartógrafos del pensamiento".

En efecto, ¿cuál es la función de los intelectuales en una sociedad fundada en la división del trabajo sino producir el molde conceptual dentro del cual circulan las ideas? Dicho en los términos de Kuhn: los intelectuales orgánicos de las metrópolis imperiales, es decir la comunidad científica, trabaja bajo el abrigo de un paradigma que difunde sin respetar fronteras y que permite la circulación de discursos legitimadores del orden social. Podría decirse: "dentro del paradigma todo, fuera del paradigma nada".

No se trata de que no existan diferencias entre Touraine, Umberto Eco, Norberto Bobbio, etc. Se trata de que las eventuales diferencias son meras variaciones de lo mismo; de que una vez diseñado el mapa, el caminante puede optar por una u otra vía, pero cualquiera de ellas habrá sido previamente establecida por el cartógrafo. Es él quien decide dónde está el sitio buscado, el punto de partida y las vías que los unen. Los Touraine, los Eco, los Bobbio, son los cartógrafos; nuestros Portantiero, Di Tella, O'Donnell, etc. son los caminantes. No por casualidad se llamó *El Caminante* la revista fundada hace unos años por

un ex revolucionario de la nueva izquierda sesentista que, ya de vuelta del sarampión juvenil, quiso ganar un lugar en el espacio de la intelectualidad vernácula (1). También hay quienes, como Ernesto Laclau, al trasladarse de Buenos Aires a Londres, ascienden de caminantes a cartógrafos. "Hay un elenco estable (...), todos bailan con la misma música", ironizaba Jauretche (2).

Si la existencia de un paradigma (una cartografía) es condición para comprender el mundo, y si el modo de comprenderlo determina las posibilidades de modificarlo (o de conservarlo tal como está), entonces la profusión bibliográfica juega un papel relevante. El poder necesita de ella porque en ella está la clave de su vitalidad. La creencia iluminista de Bradbury, de que el libro es enemigo del poder y de la dominación, constituye un error. Puede ser su mejor aliado. Los ejemplos sobran. Veamos.

El mencionado Norberto Bobbio reúne las condiciones necesarias para ser un cartógrafo del pensamiento: es europeo, tibiamente progresista, devoto de la democracia y adversario del extremismo. Tiempo atrás volvió a salir a la palestra con el libro *Izquierda y Derecha, razones de una distinción política* (3). Según Bobbio, en política no hay enemigos sino adversarios: la izquierda y la derecha. Unos resaltan el valor de la igualdad social y otros el de la libertad. La aceptación compartida de las reglas democráticas es lo que garantiza la convivencia pacífica entre ambos polos y la que permite su alternancia en el gobierno. Si hay un verdadero enemigo, es el que se sitúa en los márgenes de ambas posiciones: la extrema derecha y la extrema izquierda, que no aceptan ni la democracia, ni la Razón, ni los métodos civilizados (electorales) de dirimir posiciones. He aquí, en estado puro, una cartografía conceptual, es decir, un paradigma liberal, una pedagogía colonial.

El problema de este paradigma es el de las anomalías que presenta, es decir, el de su desajuste con la realidad. En efecto, ¿cómo explicar, por ejemplo, el peronismo (¡nada menos que el peronismo!) desde esta perspectiva?, ¿en cuál de los casilleros en los que Bobbio nos propone meter la realidad cabe el movimiento surgido el 17 de octubre de 1945? ¿Y qué decir de movimientos semejantes aparecidos en otros rincones de América Latina o del Tercer Mundo? ¿Juan Velasco Alvarado era de izquierda o de derecha? ¿Y Gamal Abdel Nasser? ¿Y Saddam Hussein, que desafía al imperialismo norteamericano

desencadenando las represalias de la ONU con el beneplácito de tantos intelectuales expertos en Marx?
¿Son de izquierda o de derecha los Felipe González, Tony Blair, Massimo D'Alema y demás
abanderados de la socialdemocracia y del ajuste neoliberal? ¿Dónde está la izquierda y dónde la
derecha? ¿En los laboristas israelíes o en los niños palestinos que los combaten en nombre del Islam?

Como hemos visto, Jauretche se orientaba por un paradigma diferente a fin de comprender la realidad
argentina. La izquierda y la derecha, decía, se subordinan a las categorías nacional y antinacional.
Nacionales son quienes pugnan por el desarrollo autónomo del país y antinacionales quienes lo quieren
envuelto en "relaciones carnales" con las potencias de turno. En cada uno de los campos, agregaba, cabe
una izquierda y una derecha; nacionales en un caso, antinacionales en el otro. Todo esto ha sido
desarrollado en los capítulos precedentes de este trabajo. Cabe entonces la pregunta: ¿no resulta más
fácil responder a los interrogantes anteriores a partir del paradigma jauretcheano?

Kuhn señaló que el reemplazo de un paradigma por otro entraña una auténtica revolución. Una
revolución en el campo del conocimiento que resulta inimaginable sin una revolución en el campo de
las relaciones políticas y sociales. En Argentina, entonces, hoy impera Bobbio sobre Jauretche porque el
FMI y el Banco Mundial imperan sobre los argentinos. Y la partidocracia demoliberal, con su izquierda
y su derecha, es al FMI y al Banco Mundial lo que nuestros Portantiero y cía. –los caminantes– son al
profesor italiano –el cartógrafo–. ¿Seremos algún día los caminantes argentinos también cartógrafos?
¿Construiremos nuestros propios mapas conceptuales? El primer paso para elaborar una pedagogía
nacional –decía Jauretche– es hacer la crítica de la pedagogía colonial. Detengámonos entonces en
algunas manifestaciones de ésta última.

La democracia como apología del nuevo orden mundial

Volvamos a Alain Touraine. El prestigio intelectual que lo acompaña desde hace treinta años es
inseparable del servicio que su producción teórica brinda a los intereses políticos y económicos de la

burguesía francesa. De otro modo no habría podido escalar posiciones en su carrera académica y extender su influencia hacia los países periféricos como el nuestro, donde una pléyade de profesores y ensayistas de segunda mano, –los "maestros de la juventud"– añade a la ausencia de pensamiento propio la fascinación acrítica por lo foráneo.

Touraine dirigió desde 1960 la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de Francia –la misma en la que completaron su adiestramiento intelectual muchos representantes de la nueva izquierda como Silvia Sigal–, dispone de una cátedra en la universidad, un generoso espacio en la gran prensa y ha publicado una veintena de libros que fueron rápidamente celebrados en los medios académicos, según la técnica del "bombo recíproco". Que la subordinación de los escarceos discursivos a los intereses materiales de sus mandantes obedece a una decisión consciente, además de ser una necesidad estructural en la sociedad capitalista, lo demuestra este párrafo revelador de su obra *El postsocialismo*, publicada en 1980: "en el preciso momento en que declaro fenecido al socialismo, trato de apresurar la descomposición de las ideas socialistas" (4).

Expresado así, con tal contundencia, el objetivo político–práctico de su producción intelectual, no cabe sino rechazar la pretensión que todavía abrigan ciertos cultoiros del "saber puro", para quienes cualquier intento de desenmascarar el significado de una teoría apelando a la intencionalidad de su autor constituye una falacia inadmisibles. Muy por el contrario, examinar al pensador junto a sus pensamientos contribuye a clarificar el mejor significado de la maraña discursiva a la que tan afectos son los profesores eruditos. Ya lo decía E. H. Carr, el destacado historiador británico: "antes que estudiar la historia, estúdiense al historiador"(5).

También el libro de Touraine *¿Qué es la democracia?* merece ser analizado a la luz de estas consideraciones (6). Confiesa el autor que fueron las Naciones Unidas las que le encomendaron en 1989 organizar un coloquio sobre la democracia en la Checoslovaquia de los ex burócratas stalinistas convertidos abruptamente al capitalismo. Como ese coloquio sirvió de puntapié inicial al libro, Touraine expresa su gratitud diciendo que "me sentí tan solidario con las víctimas de Budapest y de

Poznam en 1956, de Praga en 1968 y de Polonia en 1981, como con las de Franco, las de Pinochet o las de los coroneles griegos". La omisión de toda referencia a las víctimas del imperialismo francés en Argelia o Indochina resultaría incomprensible si se renunciara a vincular las solidaridades del intelectual con los intereses de sus empleadores.

¡En el mismo instante en que las Naciones Unidas bombardeaban Irak para restituir en el trono a la monarquía de Kuwait, Touraine teorizaba sobre la democracia y apoyaba el bombardeo! Conviene no olvidarlo, aunque los defensores del "saber puro" nos prevengan sobre los peligros del "argumentum ad hominem".

El libro de Touraine abunda en ese palabrerío insustancial que tan grato resulta a la conciencia autosatisfecha del pequeño burgués bienpensante. Por ejemplo: "la democracia es el régimen en el que la mayoría reconoce el derecho de la minoría", o "la mayoría de hoy reconoce el derecho de la minoría", o "la mayoría de hoy puede convertirse en la minoría de mañana y se somete a una ley que representará intereses diferentes a los suyos". (Obsérvese, de paso, que a Touraine parecen preocuparle más los derechos de "la minoría" que los de "la mayoría").

Sin embargo, tras las frases altisonantes y huecas, emergen los propósitos perseguidos por Touraine y su bendita democracia: se trata, ante todo, de sostener el orden social vigente. "La argumentación que presento en este libro –dice– muestra a la democracia como la única manera posible de limitar la disociación creciente entre la racionalidad instrumental y las identidades culturales (...), ruptura que podría llevar a una guerra civil mundial que destruiría la civilización si no se interpusieran las fuerzas de mediación, el sujeto y la democracia".

En los últimos años ha crecido la preocupación de los intelectuales europeos sobre las perspectivas del orden social que ellos contribuyeron a establecer. Si algunos, como George Lipovsky, aclaman irresponsablemente "la era del vacío", otros, como Alain Finkielkraut, alertan sobre "la derrota del pensamiento", es decir de la razón y de la "civilización", que estaría preanunciada en la irrupción del "fanático" y del "zombie", es decir de la "barbarie". Hacía falta un pensador orgánicamente ligado con

la burguesía europea para intentar resolver el dilema. ¿Quién mejor que Touraine? Su "democracia" apuntaría tanto contra el triunfalismo neoliberal de un Fukuyama como contra los intentos de un Samir Amin para devolver el vigor intelectual a los movimientos nacional–populares del Tercer Mundo.

Touraine puntualiza que "la razón de ser de la democracia es el reconocimiento del otro" y que "ni el diferencialismo absoluto ni el universalismo de la Ilustración pueden fundar un orden social y político democrático". La sociedad civil, la sociedad política y el Estado serían las dimensiones que, diferenciadas, resultarían articuladas a la democracia. Según la preponderancia otorgada a cada dimensión, cabría reconocer los "tres tipos de democracia": el británico, el norteamericano y el francés. Todos ellos garantizarían por igual "la constitución del sujeto", basamento éste de la democracia. Aunque Touraine prefiere el tipo británico, aclara que "Gran Bretaña, Estados Unidos, los Países Bajos, Francia y los países que siguieron sus modelos, construyeron Estados democráticos".

La "democracia" de Touraine desnuda, en consecuencia, su naturaleza eurocéntrica. Quien no acepte sus modelos, será automáticamente excluido del universo democrático y el profesor de la ONU cederá su sitio a los generales de la Guerra del Golfo, porque "la letra con sangre entra". Al llamado que Simón Rodríguez formuló hace dos siglos desde la tierra de Bolívar –"inventamos o erramos"–, Touraine contrapone el "imitamos o erramos" de los cartógrafos custodiados por los misiles de la OTAN.

"La democracia se define por sus enemigos", dice Touraine. Y, si bien "liberalismo y democracia" no son sinónimos (aunque, previene, "hablar de una democracia antiliberal es una expresión contradictoria"), el verdadero enemigo es la revolución: "La idea de democracia se opone a la idea de revolución y no corresponde llamar democráticos a los regímenes que nacieron de las revoluciones del Tercer Mundo". Touraine no anda con vueltas para decirnos de qué está hablando: "tal fue el caso de la Argentina peronista", dice a modo de guiño a nuestros profesores pos–peronistas y pos–socialistas que lo escuchan embelesados.

La pretendida científicidad de *¿Qué es la democracia?* se desvanecería ante la más tímida crítica teórica. A lo largo del texto se reitera el contrabando de juicios de valor por juicios de hecho. Así, por

ejemplo, cuando afirma que "una sociedad democrática combina la libertad de los individuos y el respeto a las diferencias con la organización racional de la vida". ¿Se trata de la descripción de una realidad empírica o de una expresión de deseos? ¿Hay alguno de sus "tres tipos de democracia" en que el individuo no esté cosificado, en que el racismo no aplaste a "las diferencias" o en que "la racionalidad de la vida" sea algo más que el control totalitario ejercido por la plutocracia? Además, el teórico del pos-industrialismo, el pos-socialismo y la pos-revolución retrocede a la pre-cientificidad cuando recurre a conceptos tan oscuros e infecundos como "actor social". O cuando se empantana en la estéril contraposición entre universalismo y particularismo, al margen de toda referencia a unas relaciones sociales concretas.

El libro de Touraine es, antes que nada, la expresión ideológica de una burguesía europea que compite con sus pares japoneses y estadounidenses al tiempo que lo hace contra las aspiraciones emancipatorias que sobreviven en el Tercer Mundo. Por eso cuestiona al neoliberalismo pero afirma que "la economía de mercado es una condición necesaria para la democracia". Por eso ve en la "democracia" el medio de "compensar las desigualdades sociales" pero apostrofa contra las "utopías" que pretenden abolirlas. Por eso, frente al nacionalismo tercermundista (la posición nacional de que hablaba Jauretche) y al neoliberalismo reaganiano, reivindica "la doble influencia de las políticas socialdemócratas y el pensamiento keynesiano". La democracia, acotada a los límites impuestos por el nuevo orden mundial imperialista, constituye el estrecho horizonte intelectual de los escribas bien alimentados como Touraine. Se impone su crítica implacable a fin de "empezar de nuevo" y liberar al pensamiento de las cadenas que lo atan a un orden fundado en la explotación social y la opresión nacional.

Los cartógrafos democráticos piden mano dura contra el poverío

Giovanni Sartori, otro de los cartógrafos imperiales que guían a la *intelligentia* colonizada, no se sirve de eufemismos a la hora de definirse: "El símbolo del fin del Estado revolucionario por antonomasia fue

la caída del Muro de Berlín, y la disolución del comunismo nos deja frente a un vencedor absoluto: la democracia liberal".

Debe reconocérsele al profesor italiano una admirable capacidad de síntesis. En una sola frase reúne por lo menos cuatro afirmaciones diferentes: 1) la revolución llegó a su fin; 2) la URSS encarnaba la revolución; 3) la revolución y la URSS eran el comunismo; 4) la derrota del trípode URSS–revolución–comunismo determina la victoria de la democracia liberal. La primera de estas afirmaciones constituye una expresión de deseos, las tres últimas son falsedades fácticas. Por añadidura, hay encerrada una falacia: suponer que la democracia liberal queda validada por el hecho de que su contraria, la URSS, fue invalidada. Así lo explica en otra parte de su libro *La democracia después del comunismo* (7): "Queda claro que la teoría liberal–democrática vuelve a encontrar en los acontecimientos de 1989–91 su mejor confirmación".

Aun suponiendo que la URSS haya sido el correlato empírico de las ideas revolucionarias y comunistas, y que su desmoronamiento implique la invalidación teórica de éstas últimas, resultaría ilegítimo concluir que, por estas razones, el liberalismo ha quedado confirmado. Los defectos del oponente nunca son prueba de las virtudes propias. Estas deben, necesariamente, encontrar procedimientos independientes de confirmación. Sin embargo, la falacia de Sartori es un lugar común ampliamente extendido en nuestros días. También hoy, como en vida de Jauretche, "democracia" es el término fetiche con el que se intenta conjurar la resistencia nacional–popular.

Empecemos por el principio. Tras morir Lenin en 1924, se desató una encarnizada lucha por el poder en la URSS. León Trotsky, el heredero natural del caudillo bolchevique, fue combatido y desplazado por José Stalin. Perseguido primero y expatriado después, el autor de *La revolución traicionada* acabó siendo asesinado por un esbirro stalinista en 1940. Entretanto, los más prestigiosos dirigentes de la Revolución de Octubre habían sido arrestados e inmediatamente exterminados durante los tristemente célebres procesos de Moscú.

Antes de cumplirse diez años de la muerte de Lenin ya poco y nada sobrevivía de las conquistas revolucionarias de 1917. Una burocracia de raíz pequeño burguesa había desplazado a la clase obrera del poder y la militarización de la producción había acabado con las experiencias de democracia autogestionaria. La III Internacional se quedó convertida en mera correa de transmisión de los intereses de esa burocracia y el marxismo-leninismo fue degradado a la condición de dogma legitimador del régimen stalinista. En la llamada "patria del socialismo", el comunismo estaba ausente y era tan perseguido como en los países capitalistas. Lejos de "exportar la revolución", Stalin se dedicó a combatirla dentro y fuera de la URSS. En 1927, condujo al atolladero a la revolución china y en 1936-39 envió a España agentes de la GPU, como Victorio Codovilla, fundador del PC argentino, para exterminar a los militantes revolucionarios.

La identificación entre la URSS y la idea de revolución se desploma al considerar el papel desempeñado por los partidos comunistas en los países semicoloniales. El PC cubano colaboraba con Batista mientras Fidel Castro peleaba en la sierra. Los stalinistas nicaragüeses eran aliados de Anastasio Somoza. En nuestro país, tanto el yrigoyenismo como el peronismo eran calificados por el stalinismo como "nazi-fascistas", a diferencia de los generales Aramburu o Videla, caracterizados como "democráticos". Si Sartori y los teóricos de la democracia quieren brindar por la derrota de la revolución y el comunismo, deben entonces rendir homenaje a los jefes stalinistas y pos-stalinistas que los aplastaron una y otra vez no obstante presentarse como sus mejores intérpretes.

El examen más superficial de la política contemporánea pone de manifiesto que entre los revolucionarios de 1917 y la superpotencia "comunista" existen las mismas relaciones que entre los *sans-culottes* de 1789 y el imperialismo francés. La caída del Muro de Berlín, en consecuencia, significa para las ideas del comunismo y la revolución tanto como significaría el hundimiento de la Renault para las ideas de la democracia y la libertad. Por lo demás, si por comunismo se entienden las previsiones de Carlos Marx, resulta evidente no sólo que ellas jamás se plasmaron en la URSS, sino que, conforme los mismos supuestos del marxismo, jamás habrían podido plasmarse: el comunismo

requiere un grado de evolución material y moral del que estaba lejos la Rusia semianalfabeta de comienzos de siglo.

El embrollo que los profesores democráticos construyen en torno a las relaciones entre la URSS, la revolución y el comunismo no se disipa ni ante las preguntas que ellos mismos se formulan. Dice Sartori: "Hasta donde alcanza nuestra memoria histórica nunca se ha visto que en un inmenso imperio todavía en la cumbre de su poderío militar, que seguía siendo considerado por todos como indestructible, se disuelva de repente sin que nada lo haya abatido, sin ninguna derrota externa y sin perturbaciones internas". En efecto, resulta incomprensible que, una vez concentradas en un Estado todopoderoso, las aspiraciones revolucionarias que acompañaron al "comunismo" desde sus inicios se hayan evaporado sin que nadie se percatara. A no ser que ese Estado nada tuviera que ver con la revolución o que... no se haya evaporado, como lo sugiere la continuidad en el poder de la nomenklatura. A mediados de los años treinta Trotsky constataba que en la URSS no existía el socialismo y que la dictadura de Stalin declaraba la guerra a la revolución mundial. "Queremos mostrar un rostro, no una máscara", escribía (8). Y presagiaba que no tardaría en llegar el día en que la burocracia stalinista se despojaría del disfraz "comunista" para sumarse al capitalismo mundial. Cuando ese día ha llegado, sólo quienes no supieron ver la realidad, quienes vieron la máscara pero no el rostro, pueden sorprenderse de la "disolución repentina".

Pero volvamos a la democracia. Aunque la pretensión de legitimarla demostrando que la URSS o el comunismo (impropiamente identificados) han fracasado constituye una falacia fácilmente rebatible, su utilización por parte de Sartori es una necesidad interna de su discurso. En nombre del "pluralismo" y del "reconocimiento del Otro", el profesor italiano insta totalitariamente el reinado de lo Único. "La democracia ha vencido –afirma– y la democracia que ha vencido es la única democracia real que se haya realizado jamás sobre la tierra: la democracia liberal". Sartori no se conforma con suprimir cualquier alternativa al régimen político que defiende. Junto a la democracia liberal, todos los países del

globo deberán adoptar la economía de mercado, pues la "economía es una sola: la que llamamos neoclásica", y en este punto, como en el anterior, "se trata de una elección obligatoria, sin alternativas". Sin embargo, cuando el "triunfo de la democracia" aclamado por Sartori desnuda su rostro, es en el momento de referirse a los peligros que todavía lo acechan. Además de los consabidos nacionalismos, totalitarismos, socialismos y fundamentalismos, en suma, la "barbarie", entre la que se cuentan "las diversas dictaduras argentinas" como "la de Perón", Sartori divisa "enemigos internos". "Con el sufragio universal y, al mismo tiempo, con la transformación del Estado mínimo en un Estado que lo hace todo y al cual se le pide que lo remedie todo, los parlamentos se convierten en mucho más dilapidadores que el gobierno". En ese momento, "la ciudad buena" (la democracia) da lugar a la "mala política" ("políticas de pleno empleo, bloqueo de los precios, de fiscalidad y gasto"). También la TV, al hacer visible la pobreza, puede propiciar peligrosas rebeldías sociales contra la democracia: "Hasta el advenimiento de los medios de comunicación los pobres no se daban cuenta de cuán pobres eran, ahora lo advierten, y así la pobreza se vuelve intolerable".

El profesor "pluralista", el teórico de la "elección obligatoria", empezó glorificando la Democracia Unica y terminó alertando contra los pobres y marginados que con sus demandas la ponen en peligro. Elevada al rango de valor universal y absoluto, su democracia es en realidad la de los magnates que lo alimentan. Es, también, la de las cacatúas intelectuales que ven en Sartori (o en Bobbio, o en Touraine) al paradigma del "pensador libre" antes que al mercenario, y que por eso propagan sus lucubraciones en la universidad pública. Es, por último, la "democracia" con la que se flocean los políticos de una partidocracia cuya izquierda y derecha son las dos caras de una sola moneda. De allí que Jauretche advirtiera: "No me hablen de valores universales; lo que ellos llaman universal es la visión local de las metrópolis" (9).

Tercera Vía: la última trampa de la colonización pedagógica

Bobbio, Touraine, Sartori y muchos otros cartógrafos del pensamiento elaboran discursos grandilocuentes que los caminantes de la *intelligentzia* colonizada repetirán a coro mientras dure la moda. Pero en ningún momento serán capaces de advertir que esos discursos no tienen más valor que los intereses que vehiculizan. Atrapados por la fuerza hipnótica de las palabras, perderán de vista la sujeción del saber al poder, la polifuncionalidad de las ideologías y, con más razón, la naturaleza del poder que se oculta tras ellas.

Sin embargo, llega un punto en que el edificio conceptual de los cartógrafos debe poner sus pies sobre la tierra y traducir sus disquisiciones abstractas sobre la "democracia", la "libertad", etc. al lenguaje más concreto de un programa político. Es entonces cuando la dependencia del saber respecto del poder se vuelve más evidente. La "tercera vía", ese último grito de la moda metropolitana, constituye la desembocadura natural de las reflexiones nebulosas de los cartógrafos del pensamiento. Allí se produce el encuentro indisimulado con el poder político en el que aquellas se asientan. No es casual que un cartógrafo como Anthony Giddens, trabajando al servicio del gobierno británico de Tony Blair, sea presentado como el inventor de este nuevo remedio político-ideológico (10). Desgraciadamente, ni siquiera en este instante los caminantes colonizados se atreven a poner en funcionamiento su propia cabeza y oponer a los remedios ajenos los remedios propios. Por esa razón, será útil examinar en qué consiste la famosa "tercera vía" de los socialdemócratas europeos, es decir, la última trampa de la colonización pedagógica.

Diez años atrás, los ideólogos de las principales potencias capitalistas ofrecían a los países "subdesarrollados" una receta presuntamente infalible. Era la "revolución conservadora", cuyas figuras emblemáticas fueron Ronald Reagan y Margareth Thatcher. Los escritos de Guy Sorman o de Milton Friedman (y su adorable esposa Rose), que declaraban la guerra a la más tímida manifestación de intervencionismo estatal, cautivaron de inmediato a ese género de "comunicadores sociales" auspiciados generosamente por "las empresas a las que les interesa el país".

En realidad, las fórmulas neoliberales no eran tan novedosas como se pretendía. Joseph Schumpeter, Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek las habían difundido en Viena hacia 1920. Pero la Europa de entreguerras debía resolver urgentes problemas antes de prestar atención a los consejos de sus profesores. La revolución social era una amenaza concreta para el capitalismo y la burguesía apostó todas sus fichas a los movimientos fascistas que se ofrecían para conjurarla. Los profesores debieron entonces hacer las valijas y partir hacia el nuevo mundo. Ya instalados en los *campus* universitarios de los EE.UU., no tardaron en encontrar el auditorio que necesitaban. La exaltación del mercado, concebido como una entidad automáticamente reguladora de la vida económica y garante, a la vez, de la libertad individual y la democracia política, era la música adecuada para los oídos de una plutocracia ansiosa por legitimar científica y moralmente su desmedido afán de lucro. Mientras fueran sólo los trabajadores y los países coloniales o semicoloniales los que pagaran los platos rotos de la ortodoxia liberal, no habría motivos para inquietarse: los profesores conservarían el empleo. El inconveniente se presentó a raíz del derrumbe de la bolsa en octubre de 1929. Presas del pánico, las clases dominantes experimentaron en su propio pellejo los efectos de la depresión. Bajaron entonces el pulgar a los emigrados austríacos y se rindieron a los pies de lord Keynes y los partidarios de las "políticas fiscales". Mientras los europeos apagaban el incendio social, en EE.UU. se disponían a prevenirlo. Llegaba la hora del *New Deal* y del "Estado benefactor".

Sesenta años más tarde, la historia vuelve a repetirse. Los ideólogos neoliberales resucitados por la "revolución conservadora" abandonan desacreditados la primera fila. El triunfo electoral del socialdemócrata Gerhard Schröder en Alemania pareció profundizar esa suerte de "giro a la izquierda" que expresan los gobiernos de Jospin en Francia, D'Alema en Italia, Blair en Inglaterra y hasta Clinton en los EE.UU. Fue el primer ministro británico, Tony Blair, quien bautizó esta tendencia con el nombre de *tercera vía*. Y, como cabía esperar, fueron los intelectuales colonizados del progresismo vernáculo, los caminantes de la *intelligentzia*, quienes festejaron la ocurrencia de Blair y aconsejaron a los políticos progresistas que asesoran presentarse como la versión criolla del original inglés.

"La *tercera vía* es una revaluación seria –informa Blair–. Saca su vitalidad de la unión de las dos grandes corrientes del pensamiento ubicado a la izquierda del centro, socialismo demócrata y liberalismo, cuyo divorcio durante este siglo debilitó la política progresista en Occidente" (11). Pocas veces se consigue reunir una variedad tan grande de errores fácticos y conceptuales en un párrafo tan breve. En primer lugar, ¿qué significa ubicarse "a la izquierda del centro"? ¿No se tratará de una huída hacia adelante para ocultar con un juego retórico la indisimulable mimetización de la izquierda con la derecha? En segundo lugar, ¿de quiénes habla Blair cuando menciona a "Occidente"? Si el término nos incluye, lo que como explicó Jauretche no es cierto ("se nos quiere presentar como ligados indisolublemente a Occidente... este error ha sido profesado por los Estados Unidos" (12)), debería recordársele al "neolaborista" británico que los argentinos ya tuvimos nuestro Américo Ghioldi, célebre precursor de la fusión entre socialismo democrático y liberalismo.

En cualquier caso, es enteramente falso que el pensamiento europeo socialdemócrata y el liberal hayan estado divorciados durante este siglo. En 1947, cuando comienza la "guerra fría" y los EE.UU. dan a conocer el Plan Marshall para ayudar a los países capitalistas europeos, el socialista francés León Blum lanza la idea de la *tercera fuerza*. Cuatro años más tarde, en 1951, esa idea sirvió de base para refundar la Internacional Socialista en el Congreso de Francfort. ¿Y en qué consistía la *tercera fuerza*? En la aceptación de la propiedad privada capitalista, en la renuncia a la lucha revolucionaria, en el abandono del marxismo y en una proclamada "neutralidad ideológica" entre el capitalismo y el comunismo. Es decir, la *tercera fuerza* era lo que ahora se llama *tercera vía*: un intento de domesticar al capitalismo "salvaje" dotándolo de "rostro humano". La "revaluación seria", por tanto, brilla por su ausencia.

Pero escuchemos a Blair. "En economía –dice– nuestro enfoque no es ni *laissez faire* ni uno de interferencia del Estado". Dejemos a los historiadores la tarea de demostrar la falta de originalidad que evidencia el premier británico y concentrémonos en la naturaleza contradictoria del enunciado. Nadie ignora que el *laissez faire* es una construcción ideológica elaborada con el propósito de impedir "la interferencia del Estado" en los negocios privados de los capitalistas. En consecuencia, negar el *laissez*

faire implica afirmar "la interferencia del Estado". Se sigue de esto que la negación simultánea de ambos términos, formulada por Blair, encierra una contradicción. Pero una contradicción necesaria, en la medida que se recurre a ella para ocultar la impostura política: "la tercera vía promueve normas justas para el empleo elevando al mismo tiempo los sueldos, al reducir impuestos y las multas que desalientan la creación de fuentes de trabajo", afirma Blair.

Mucho antes que la *tercera vía* o que la *tercera fuerza* de Blum, von Mises exigía una disminución de las cargas impositivas de los patrones como condición para el aumento de salarios. Tampoco en este punto el eclecticismo socialdemócrata se revela como novedoso.

La ofensiva ideológica y política del neoliberalismo durante la década pasada afectó seriamente a los movimientos populares del Tercer Mundo. Nada quedó en pie de las viejas banderas antiimperialistas y nacionales que expresaron las aspiraciones más profundas de los trabajadores y el poverío. Convertidos en cáscaras vacías de contenido, esos movimientos fueron utilizados por las oligarquías y el capital extranjero en su propio provecho. Sin embargo, no todos sus dirigentes y militantes abrazaron de buena gana los preceptos del liberalismo. Muchos creyeron que se trataba de una ola pasajera y que ya llegarían los tiempos de retomar la marcha interrumpida de la liberación nacional y social. ¿La irrupción de la *tercera vía* en Europa y el consiguiente repliegue del neoliberalismo indican acaso que esa hora ha llegado?

Por su parecido terminológico con la Tercera Posición, inaugurada hace medio siglo por el general Perón, la *tercera vía* de los socialdemócratas europeos puede resultar engañosa. Disipar el engaño exige, como enseñaba Jauretche, distinguir las formulaciones ideológicas de los intereses nacionales y sociales que aquellas vehiculizan. Porque si "la tercera posición argentina es una exigencia no sólo de soberanía abstracta, sino de nuestros concretos intereses nacionales" (13), la *tercera vía* de Blair, como la *tercera fuerza* de Blum, reflejan el intento de la burguesía europea por abrir un espacio propio en un mundo atravesado por rivalidades interimperialistas. Exactamente lo opuesto a la Tercera Posición, que significó una denuncia frontal del imperialismo en cualquiera de sus manifestaciones. "Los bandos están

claramente definidos –escribía Perón–. Los que anhelan liberar a sus países y los que sirven a la causa imperialista del neocolonialismo (...) Esta es la verdadera guerra de nuestros tiempos" (14).

No por casualidad las palabras "imperialismo", "explotación", "liberación nacional", etc. están ausentes en el discurso socialdemócrata. Por el contrario, ellas constituyen los pilares de la Tercera Posición. "En 1946 Argentina era un país *subdesarrollado* –observa Perón–, adjetivo que se aplica comúnmente a los países descapitalizados por la acción expoliadora del imperialismo y a los que se quiere presentar poco menos que por incivilizados". Tras llamar a las cosas por su nombre, el líder justicialista arremetía contra esos símbolos sagrados del poder imperial ante los que se prosternan tanto neoliberales como socialdemócratas: "El FMI, creado según decían para estabilizar las monedas del *mundo libre*, no ha hecho sino envilecerlas en la mayor medida. Mientras tanto, los Estados Unidos se encargaban, a través de sus empresas y capitales, de apropiarse de las fuentes de riqueza en todos los países donde los tontos o los cipayos le daban lugar, merced a su dólar ficticiamente valorizado con referencia a las envilecidas monedas de los demás". Por esa razón, "el gobierno justicialista de la Argentina no se adhirió al FMI". Y tampoco adhirió a "las grandes internacionales creadas por los imperialismos dominantes", como las internacionales socialista, comunista, liberal o democristiana. Para Perón, "solamente la conformación de un Tercer Mundo podría ser la garantía que espera la raza humana para disfrutar de un mundo mejor, donde no existan niños de corta edad que se mueran sin ver la vida, ni seres humanos que padezcan miserias y enfermedades por falta de atención o de elementos sanitarios" (15).

El derrumbe de la URSS y la conversión de Rusia al capitalismo, invocados tantas veces para justificar la capitulación de los movimientos tercermundistas ante el imperialismo, no ha borrado del mundo el espectáculo de los "niños de corta edad que se mueren sin ver la vida". Hoy como ayer, "la democracia que anhelan los pueblos está muy distante de ser la que pretenden imponerle desde los centros demoliberales de las oligarquías manejadas por el Pentágono yanqui" (16). Hoy como ayer, quienes rescatan la Tercera Posición distante de los imperialismos en pugna no pueden abreviar en las mismas fuentes que los socialdemócratas o neoliberales que se disputan la hegemonía mundial. Porque "el

problema sigue siendo el mismo, si el amo es el mismo", como decía Jauretche (17). La emancipación nacional y social de los pueblos oprimidos exige valor para la lucha y no astucia para subirse al carro de los poderosos, sean estos de derecha o de izquierda.

Pero ya es tiempo de dejar a los cartógrafos para ir al encuentro de los caminantes.

Notas

(127)ver revista "El Caminante", N° 1, diciembre de 1995, director Eduardo Jozami.

(128)Arturo Jauretche, *Filo, contrafilo y punta*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1986, pág.

(129)Norberto Bobbio, *Izquierda y derecha. Razones de una distinción política*, Taurus, Madrid, 1996.

(130)Alain Touraine, *El postsocialismo*, Ed. Planeta, Barcelona, 1982.

(131)E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Seix Barral, Barcelona, 1973, pág. 58.

(132)Alain Touraine, *¿Qué es la democracia?*, Fondo de Cultura Económica, Montevideo, 1995 (todas las citas pertenecen a este libro)

(133)Giovanni Sartori, *La democracia después del comunismo*, Alianza ed., Madrid, 1994 (todas las citas pertenecen a este libro).

(134)León Trotsky, *La revolución traicionada*, El Yunque editora, Bs. As., s/f.

(135)Arturo Jauretche, *Filo, contrafilo y punta*, pág. 16.

(136)Anthony Giddens, *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Taurus, Madrid, 1999.

(137)Tony Blair, *La tercera vía*, Aguilar, Madrid, 1998. (las citas pertenecen a este libro).

(138)Arturo Jauretche, *Ejército y política*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1984, pág. 154.

(139)Ibid. pág. 81.

(140)Juan D. Perón, *Latinoamérica ahora o nunca*, Ed. Realidad política, Bs. As. 1985.

(141)Ibid.

(142)Ibid.

(143)Arturo Jauretche, *Mano a mano entre nosotros*, Peña Lillo, ed., Bs. As. 1986 pág. 164.

Capítulo 7

LOS CAMINANTES DE LA COLONIZACION PEDAGOGICA

La transformación de los intelectuales contestatarios de los sesenta en apologistas profesionales de la sociedad capitalista es un fenómeno que ya había sido previsto por los expertos norteamericanos ligados al Partido Demócrata. Tras festejar "el fracaso de las experiencias socialistas o casi socialistas y de los regímenes militares populistas", el politólogo Abraham Lowenthal sostenía hace una década que "las oportunidades de América latina de encarar con éxito su agenda social pueden depender mucho de la izquierda; existe un espacio político en muchos países de América latina para un movimiento social democrático que acepte las reglas democráticas y los principales principios de una doctrina económica moderna, pero que plantee los temas de igualdad que han sido muy descuidados hasta ahora" (1).

Esta inesperada confianza del *establishment* norteamericano en la izquierda latinoamericana abrió a los ex jóvenes radicalizados las posibilidades de realización personal y ascenso social que le estaban vedadas a las mayorías populares. Al tiempo que llovían becas, cátedras, asesorías, promoción publicitaria y otras canonjías, los intelectuales izquierdistas aprendieron buenos modales. Comiendo de la mesa abundantemente servida de quien hasta ayer era el "enemigo burgués", descubrieron el "valor universal de la democracia", abjuraron de los métodos violentos de lucha política, desconfiaron de la capacidad revolucionaria de la clase obrera y acallaron las "profecías milenaristas" de Carlos Marx con la dulce melodía de lord Keynes. Llamaron a su apostasía *aggiornamento* y se declararon a salvo de todas las utopías. Beatriz Sarlo calificó de "psicótico" a su maoísmo juvenil, mientras que el profesor Atilio Borón intentó renovar el socialismo sintetizando las abstrusas teorías de Harvard con las reivindicaciones de los homosexuales. La reconversión de la intelectualidad izquierdista latinoamericana es a la de los países metropolitanos lo que las novelas de Isabel Allende son a las de Gabriel García Márquez: un remedo burdo, una versión degradada y de segunda mano.

Hace unos diez años el sociólogo español Ludovico Paramio publicaba *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, un libro en el que incluía "artículos que reflejan mis opiniones desde 1981, muy distantes de mis planteamientos de los años setenta" (2). Paramio todavía se pronunciaba en favor del socialismo, pero de "un socialismo factible y no de un socialismo científico". En su doble carácter de ideólogo y de funcionario rentado del Partido Socialista Español se extendía sobre la naturaleza de ese "socialismo factible". "Hay que separar el proyecto socialista de la mitología romántica de la revolución", clamaba. Hoy, cuando "ya nadie cree en el tercermundismo como alternativa al capitalismo" y cuando se ha desvanecido "el mito de una sociedad sin clases y la utopía ha saltado hecha pedazos", sólo queda aferrarse al "socialismo de la demanda, el

modelo de sociedad más progresista", basado en "una combinación de Estado de bienestar y economía mixta". Los seres más prosaicos, poco inclinados a sobrevolar con los profesores por el etéreo mundo de los discursos y las teorizaciones, pudieron encontrar en el gobierno de Felipe González, repudiado en las urnas tras verse envuelto en escándalos de corrupción, la encarnación de ese "socialismo factible" que nos ofrece Paramio.

En rigor de verdad, las posiciones de Paramio no resultan novedosas. No sólo porque los intelectuales españoles se limitan a repetir lo que sus pares franceses o italianos gritaban a los cuatro vientos antes que ellos, sino porque el "socialismo factible" es un vulgar refrito del revisionismo de Eduardo Bernstein que se había popularizado a comienzos de siglo y que, entre nosotros, se apresuró a adoptar Juan B. Justo, aquel acérrimo enemigo de la "política criolla".

Sea como fuere, lo cierto es que las elucubraciones de Paramio no tardaron en desembarcar en América latina. México, el país que daba refugio a los intelectuales escapados de los regímenes militares del Cono Sur y de la guerra civil centroamericana, fue el primero en darles cabida. Los Paramio de todas las nacionalidades proliferaron como hongos en la UNAM. No tardó entonces en aparecer el nuevo gurú de la izquierda intelectual: Jorge Castañeda. Tras pregonar por una izquierda "respetuosa de la democracia" y olvidada de la revolución, "que se ha vuelto indeseable e inimaginable", el autor de *La Utopía Desarmada* sostenía: "la clave del cambio en el Sur y en Latinoamérica se halla en EE.UU.; la izquierda del Sur debe mirar al Norte y siempre que sea posible ir hacia él". El círculo se cerraba: Lowenthal convocaba a la izquierda y la izquierda aceptaba la convocatoria.

¿Habría que sorprenderse de este enternecedor idilio entre los *aggiornados* intelectuales de izquierda latinoamericanos y las clases dominantes? En una sociedad que diferencia claramente a los privilegiados del pobrerrío, no resulta difícil saber de qué lado se sitúan los profesores de filosofía, los críticos literarios o los científicos sociales. Arturo Jauretche se extendió ampliamente sobre esta convergencia entre la derecha y la izquierda. Esta última –decía– "es el ala izquierda de la oligarquía. Ella tiene por misión distraer la opinión del pueblo, sacarlo de sus verdaderos objetivos (...). Por eso el imperialismo y la oligarquía les da prensa, cine, radio, televisión, cartelera, cartel. Su función es taponar las vías del pueblo para que no aparezcan verdaderos caudillos y conductores. Su función es hacer méritos, que el aparato de la publicidad realza para que se prestigien en las masas. Son la argolla en la nariz del toro" (4).

No se equivoca Lowenthal. Curada del sarampión juvenil contraído en los tiempos del Mayo Francés, la izquierda *aggiornada* está en condiciones de administrar el estado. Al acatar las "reglas democráticas" y la "doctrina económica moderna" está aceptando, en definitiva, el capitalismo en su conjunto y cumpliendo con la tarea que Jauretche denunció.

Sobre esta base, cualquier recambio gubernamental en los países latinoamericanos significará, si es que no irrumpe en la escena política el pobrerrío, el triunfo de esta izquierda: los "Lowenthal boys", que son los herederos desdentados de la nueva izquierda carnívora de los sesenta.

El retorno de la nueva izquierda

Ninguna "democracia" digna de tal nombre puede permitirse desatender el flanco izquierdo de la sociedad. Tan útil como que los gerentes de la plutocracia manden en la economía, es que los intelectuales progresistas controlen la cultura. El menos pragmático de los políticos profesionales sabe que la garantía de una carrera promisorio consiste en hacerse asesorar por algún profesor izquierdista necesitado de empleo y, simultáneamente, frecuentar los banquetes de los hombres de negocios. Definitivamente, han quedado atrás los tiempos en que Simone de Beauvoir escribía un ensayo para marcar las diferencias entre los intelectuales burgueses y los de la izquierda. "Ahora –constata complacido Tulio Halperín Donghi– lo que uno oye desde la izquierda es muy parecido a lo que uno oía desde la derecha".

El libro *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política* viene a confirmar esta situación. Se trata de un emprendimiento editorial de "El cielo por asalto", que reúne entrevistas a algunos de los más reputados exponentes de la historiografía académica: Oscar Terán, Daniel James, Hilda Sabato, José Chiaramonte, Juan Carlos Torre, Beatriz Sarlo, Tulio Halperín Donghi y Natalio Botana. Muchos de ellos, ex neoizquierdistas aplacados por los años (5). "La elección de quienes conforman nuestro grupo de entrevistados –confiesan los editores– no es casual ni está guiada exclusivamente por criterios académicos (...), nosotros somos partidarios confesos de implicar a la experiencia historiadora como experiencia política".

En consecuencia, no deben buscarse razones "académicas" o "científicas" para justificar la participación de cualquiera de los mencionados en el libro. Es la comunión política entre los entrevistadores y los entrevistados la que la hace posible. Los galardones académicos de los historiadores sirven tan sólo para dotar de un efecto de verdad a sus aserciones y también ellos son resultado de una operación política. ("Si el figurón tiene méritos, mejor; si no, no importa", decía Jauretche). En los tiempos de Simone de Beauvoir éste era un recurso de la derecha: presentar como verdad indiscutida de la ciencia lo que no es sino una toma de posición política. Hoy es un recurso de la izquierda: tanto los editores de "El cielo por asalto" como los profesores entrevistados pertenecen al arco "progresista", que si algo asaltó a partir de 1983 no fue precisamente el cielo sino la universidad pública.

¿Y cuáles son los propósitos de este libro sobre la historia y los historiadores? El primero, instituir la cientificidad de un discurso y de quienes lo monopolizan. El segundo, complementario, machacar contra "la melodía estridente y grosera del revisionismo histórico, melodía incapaz de adecuarse a las pautas de la historiografía".

Todos y cada uno de los entrevistados hacen votos de anti–revisionismo.

"Me atraían Scalabrini Ortiz, Puiggrós y Abelardo Ramos (...), me sentía ideológicamente cerca de la vertiente de izquierda del revisionismo", rememora Hilda Sabato. Pero nos tranquiliza de inmediato: "Me llevó mucho tiempo desmitificar mi propia convicción (...). Mi autocrítica comenzó no tanto en Inglaterra sino a mi regreso a la Argentina (...), conocí a Beatriz Sarlo y a Carlos Altamirano y llegué a la revista 'Punto de Vista' en 1982".

Otros, como José Chiaramonte, no necesitan autocriticarse. Desde su lejana militancia en el Partido Comunista viene sosteniendo que "la historia cultural del país ha sufrido el desarrollo de una literatura que es mal llamada historiografía, de lo cual forma parte el revisionismo histórico en sus dos vertientes, de derecha y de izquierda". El objetivo salta a la vista: presentar al revisionismo histórico como mera "literatura" para así privarlo de científicidad y ocultar el carácter político que asume su rechazo.

Pero corresponde a Halperín Donghi echar luz sobre el significado de esta fobia anti-revisionista. "El contexto presente en el cual se afirmaba el desafío revisionista estaba dado por el legado de la política económica peronista, es decir, una economía semicerrada, con gran participación del Estado, etcétera. En la medida en que esto está siendo demolido (...) está quitando toda eficacia actual al revisionismo, y eso se manifiesta en una especie de eclecticismo". Asegura que "si llegan a surgir nuevos conflictos, todo el pasado también se erizará de nuevo de conflictos que van a interesar a los historiadores, pero de momento no es así". Halperín no tiene reparos en decir a viva voz lo que sus colegas callan: la historiografía actual oculta tras la búsqueda de rigor metodológico y la simulación de neutralidad valorativa los trazos políticos que la determinan; no residen en la "cientificidad" su diferencias con el revisionismo, sino en su aceptación acrítica de un statu quo que aquél objetaba. Como decía Jauretche: "Para eso se falsifica la historia, no para que no sepamos lo de ayer. Para que lo de ayer no nos enseñe lo de hoy y lo de mañana" (6).

"La revisión del marxismo que se da después de 1976" (Sarlo) y la "revalorización de las instituciones" (Sabato), condujeron a los profesores izquierdistas a coincidir con el conservador Natalio Botana. "Hay un liberalismo de contorno y otro de contenido. Si queremos una legitimidad democrática todos debemos adherir al liberalismo de contorno". El repudio al revisionismo es una necesidad política, no "científica", de ese "liberalismo de contorno" al que también adhieren los izquierdistas "que hablan como las derecha", según observa Halperín. El revisionismo es "esa antigualla que apelaba a imágenes fundamentalistas del pasado" sobre la que escupen una y mil veces quienes lo abrazaron en su más tierna juventud, cuando estaban en la "nueva izquierda".

Umberto Eco, uno de los escritores predilectos del progresismo, afirma haber conocido infinidad de "estudiantes que empiezan con una tesis ambiciosísima sobre Marx para terminar en el departamento de personal de las grandes empresas capitalistas" (7). Son las vueltas de la vida. Les *enfants terribles* de los años sesenta y setenta se han convertido en profesores

socialdemócratas dedicados a añadir fojas al currículum mientras los jóvenes de los noventa compiten por los favores de la generación precedente a la pesca de una beca, ayudantía o subvención.

Sería un error, sin embargo, contentarse con una explicación generacional del fenómeno. "Un hecho que se olvida de inmediato –dice Halperín– es que la crisis de la universidad nos privó de nuestros sueldos". Semejante desgracia no sólo se desató con los golpes de 1966 y 1976: "la marginación total de la vida pública que el peronismo imponía era que había muy pocas bases institucionales sobre las cuales mantenerse". Sin empleo, en los años sesenta y setenta los profesores se hicieron revolucionarios. Una vez que lo obtuvieron, sus veleidades se esfumaron. Por eso Beatriz Sarlo reivindica al alfonsinismo, "cuando parecía que el destino nos daba una nueva oportunidad" y se entusiasma como un perrito faldero con Mitterrand, "que lo llama a Bordieu para que piense un nuevo sistema de educación". La socialdemocracia proporciona empleo a los intelectuales y de allí que ejerza sobre ellos una atracción irresistible.

Los historiadores hablan de historia y política, reza el título del libro. Cuando hablan de historia descalifican al revisionismo. Cuando hablan de política, injurian al "populismo peronista". Exaltan su papel autorizado de "expertos" para seguir contando con los espacios institucionales que les garantizan un lugar destacado en la jerarquía profesional, de la que excluyen a los disidentes –los revisionistas– y gracias a la cual explotan a los estudiantes y auxiliares como mano de obra dócil, obligándolos a aceptar los lineamientos impartidos bajo amenaza de bloquear su promoción académica. El "liberalismo de contorno" no les exige que renuncien a ese vago izquierdismo que resulta funcional a un orden social al que ya no objetan. "Pueden existir historiadores que se consideren 'de izquierda' a título individual –escribía Jean Chesneaux–, pero el sistema académico está vinculado al orden dominante, lo refleja y lo consolida a la vez" (8).

Pero si este izquierdismo descolorido acapara el saber universitario desde 1983 y actúa impunemente sobre la conciencia de las nuevas generaciones, impidiéndoles acceder a una visión nacional del pasado y del presente, es porque encontró un espacio vacío y un terreno fértil sobre el cual trabajar. ¿Dónde están las corrientes nacional–populares capaces de enfrentar la ofensiva ideológica de los profesores domesticados con las becas de Harvard u Oxford? Mientras ellas no entren nuevamente en escena, seguirán mandando los que colocan el saber al servicio de un poder que nos es ajeno.

Un ejemplo paradigmático

Como decía Jauretche, a veces un ejemplo ilustra más que la mejor explicación. El servicio que la intelligenzia presta al régimen semicolonial y la conversión de los fubistas de la nueva izquierda sesentista en los figurones de nuestra época, queda reflejada en una figura emblemática: Juan Carlos Portantiero.

El derrocamiento de Perón en 1955 le permitió al Partido Comunista ejercer una considerable influencia en ciertas capas obreras y estudiantiles hasta mediados de la década de los sesenta. Principalmente gracias a su incondicional adhesión a la URSS, pero también aprovechando la dispersión del socialismo tradicional tanto como el silencio obligado del justicialismo, el PC llegó a ser un factor de poder. En esos tiempos, Portantiero se hizo comunista.

Cuando la resistencia peronista, el cordobazo y otras puebladas pusieron en jaque a las dictaduras militares, surgió la denominada "nueva izquierda". Disconformes con la "coexistencia pacífica" de Kruschchev, nutridos contingentes del PC se hicieron maoístas y guevaristas. Convergieron con los díscolos del viejo socialismo juanbejustista y con el clasismo combativo en la búsqueda de un nuevo horizonte político barnizado por los procesos revolucionarios tercermundistas. En esos tiempos, Portantiero se sumó a la nueva izquierda.

A mediados de los años setenta las aspiraciones insurreccionalistas fueron brutalmente aplastadas. La mayor parte de sus protagonistas pagó con la vida el precio de la revolución buscada. Algunos otros consiguieron escapar hacia México, Venezuela o Europa occidental. Allí los recibió la socialdemocracia ofreciéndoles sustento económico y prestigio académico a cambio de que sustituyeran el revolucionarismo juvenil por la moderación de la madurez. Portantiero, aceptando la oferta, se convirtió en intelectual orgánico de la socialdemocracia.

En 1983, el triunfo de Alfonsín les ofreció a los exiliados la oportunidad de retornar al país para colaborar en la reconstrucción de la democracia parlamentaria. Sólo tenían que abjurar de las posiciones socialistas, peronistas o revolucionarias que habían sustentado y sumarse al "pacto democrático" que proponía el presidente radical en su afán por garantizar cien años de bonanza ininterrumpida. Portantiero armó sus valijas y volvió para asesorar al ex presidente: se había hecho alfonsinista.

Después fue decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, director de la revista "La ciudad futura" y candidato permanente de la Unidad Socialista. Aunque la sinuosidad de su trayectoria permita sindicarlo como un saltimbanqui de la política, tal calificación no sería del todo justa. En primer término porque Portantiero preferiría ser considerado un intelectual antes que un político. Pero, también, porque por debajo de esa aparente sinuosidad existe una línea directriz a la que ha sabido ser fiel durante muchas décadas. Será de gran utilidad descubrirla.

El stalinismo constituyó durante muchos años una fuente dispensadora de prestigio cuya seducción no pudieron resistir los intelectuales pequeñoburgueses. Desde André Gide hasta Pablo Neruda, desde el filósofo Louis Althusser hasta el pintor Diego Rivera. Constituirse en un "amigo de la URSS" y en un "compañero de ruta" del PC significaba rentas, viajes y prensa. Al mismo tiempo, permitía compatibilizar la buena conciencia con la seguridad de aferrarse a un poder tangible. La adhesión al PC le permitió a Portantiero obtener una excelente plataforma de lanzamiento desde la cual incursionar en el terreno de la lucha de ideas. En 1961, el joven stalinista escribía que "el problema de fondo para el país sigue siendo que los

obreros peronistas dejen de ser peronistas". Y agregaba: "La izquierda real es la que lleva a la sociedad sin clases. La neoizquierda, cualquiera sea su origen, puede ayudar a acelerar el objetivo inmediato, democrático–burgués, pero jamás podrá pretender reemplazar al marxismo revolucionario, a su forma organizada, al Partido Comunista" (9).

Sin embargo, sería el mismo Portantiero quien muy pronto reemplazaría "la forma organizada del marxismo revolucionario" por una forma menos organizada pero con más prometedoras posibilidades: la "nueva izquierda" que se extendió en el país a mediados de los sesenta. Si el stalinismo había enseñado que Perón era una versión criolla de Hitler o Mussolini, sus discípulos ultraizquierdistas estaban dispuestos a probar que era la encarnación autóctona de Mao tsé–tung o Fidel Castro.

Para esa época el joven stalinista había madurado al calor de las lecturas que José Aricó ponía a su alcance con la colección "Pasado y Presente". Se decidió entonces a escribir su propia obra: *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (10). En ella, ni la URSS es el "faro luminoso de la humanidad" ni el PC argentino la "vanguardia del proletariado". Reemplazando la terminología militante por la académica, ya no habla de "nacionalismo burgués" sino de "populismo". En lugar de intentar que "los obreros peronistas dejen de ser peronistas", opta por aconsejar a su público estudiantil que también lo sea, pues "su adhesión (la de los obreros) al populismo en el momento de su estructuración podría ser legítimamente percibida como su elección más adecuada". En su versión personal de 1971, el "canal de organización sindical" garantizaba la "orientación autónoma" de la clase obrera dentro del peronismo: "No habría una disolución de la autonomía a favor de la heteronomía obrera en el momento inicial del peronismo".

Si el lector se esfuerza por desenredar la maraña terminológica propia del mundillo universitario, advertirá que el joven profesor no hacía otra cosa que señalar a sus alumnos izquierdistas que en el peronismo estaba contenida la vía al socialismo; que correspondía ingresar al justicialismo en cuyo seno la "orientación autónoma" de la clase obrera ofrecía un atajo sindical a la construcción de un partido marxista.. Fue esta confusión entre socialismo y peronismo la que condujo a la izquierda peronista a cuestionar la jefatura de Perón y a servir de pretexto a los golpistas de 1976. Si el precio de tan peregrinas teorizaciones debió finalmente pagarse con mares de sangre, el joven profesor no aportó una sola gota, pues ya era uno de esos "maestros de la juventud" que –como afirma Jauretche–, forman parte del regimiento de "animémonos y vayan" (11). Cuando la situación se tornó peligrosa decidió partir en busca de paisajes más calmos y recaló en México.

En la tierra azteca, una vez más las convicciones de Portantiero sufrieron un vuelco: si del stalinismo había pasado a la "neoizquierda", pasaba ahora a la socialdemocracia. Dictó seminarios junto a los renegados franceses del maoísmo autodenominados "los nuevos filósofos". Así fue engrosando su currículum. Cuando el triunfo electoral de Alfonsín en 1983 ofreció la posibilidad del retorno a los estudiantes rebeldes convertidos en profesores conformistas pero "progresistas", Portantiero no desechó la oportunidad.

El ex presidente radical lo nombró asesor y se le volvieron a abrir las puertas de la universidad. Ya no estaban para desenmascararlo aquellos que lo habían escuchado cantar loas a la URSS y, posteriormente, teorizar sobre la autonomía obrera en el peronismo. La historia los había devorado. Portantiero encontró entonces el campo expedito para difundir su nuevo hallazgo: la "especificidad de la política" y el "pacto democrático". Por supuesto que tal hallazgo era en realidad la letra que le dictaba la Internacional Socialista, la cual, a través de la Fundación Friedrich Ebert (nombre elegido en honor a quien fuera uno de los asesinos de Rosa Luxemburgo), financia las publicaciones "Punto de Vista" y "La Ciudad Futura".

El futuro decano de la Facultad de Ciencias Sociales escribía en 1984: "Se trata de un pacto democrático, esto es, de un modo político de convivencia que supone reconocer al otro, en su diferencia misma, como un semejante cuyos derechos y cuya autonomía son valores intangibles; que supone rehusarse a aceptar ninguna instancia (llámese clase, vanguardia, partido, etc.) ni como absoluta, ni como central, ni como depositaria de misión histórica alguna". La idea del "pacto democrático" entusiasmó a Mariano Grondona, que la repitió con puntos y comas en su libro *El posliberalismo* (13), a Alfonsín, que le ofreció un empleo, y a los herederos de Américo Ghioldi, que propusieron su candidatura a diputado. Pero ni los grupos económicos que desataron la hiperinflación en 1989, ni el pobrerrío que se rebeló en el "santiagoñazo", adhieren a la postura "de un pacto, es decir, de un compromiso que requiere de autolimitación de los actores sociales". Por desgracia, los "actores sociales" no gustan comportarse conforme las indicaciones de los ingenieros sociales.

Stalinista en los sesenta, neoizquierdista en los setenta, socialdemócrata y alfonsinista en los ochenta. ¿Qué nos deparó Portantiero '90? La respuesta está contenida en el número 40 de la revista "La Ciudad Futura". Allí escribe: "Todo parece indicar la necesidad de un acuerdo para la formación de esa convergencia transversal entre Alvarez, Bordón, Storani y un radicalismo renovado, los socialistas, los democristianos" (14).

Es verdad que los políticos y los intelectuales tienen derecho a cambiar de opiniones. Pero cuando las conversiones dejan al converso siempre bien parado, uno no tiene más remedio que desconfiar. ¿Será que por debajo de los cambios aparentes habrá una línea de continuidad? Bien mirado, el caso Portantiero lo pone de manifiesto: allí donde calienta el sol, allí está Portantiero. Con el poder siempre, contra el poder jamás. Sus idas y venidas no tienen otro propósito que mantenerlo fijo en el mismo sitio. Es el que lo vio emerger en la Unión Democrática de Victorio Codovilla y Spruille Braden, y el que hoy lo encuentra en el "frente grande, amplio o progresista" de los cultores de la "tercera vía".

Juan Carlos Portantiero es un claro exponente de esa *intelligentzia* que gira en la órbita de los grandes centros de poder mundial. Académico de la Facultad de Ciencias Sociales, está recubierto por una aureola de saber que es, en realidad, una estafa a sus alumnos. Su hora, y la de todos los "maestros de la juventud", habrá pasado cuando el país real asuma la soberanía sobre el saber institucionalizado. Pero detengámonos en el caso prototípico del extravío de la *intelligentzia* a propósito de un episodio clave de la Argentina reciente.

La inteligencia y la Guerra de las Malvinas

Malvinas: el gran relato (15), un libro publicado por la profesora Lucrecia Escudero, constituye un auténtico testimonio. Pero no de la guerra librada contra Gran Bretaña, sino de la impotencia teórica de una semióloga adoctrinada por las universidades europeas para explicar el antagonismo entre los países centrales y los periféricos, eso que constituye el eje del pensamiento jauretcheano. La esterilidad de su instrumental teórico se manifiesta desde el momento en que no consigue utilizarlo a fin de esclarecer el fenómeno que aborda sino que, inversamente, oscurece el fenómeno para poder desplegar la herramienta. Desde esta perspectiva el libro significa una estafa al lector: se lo convoca a partir del tema Malvinas y se le entrega una indigente teoría sobre los medios de comunicación por añadidura pretendidamente autónoma de una teoría de la sociedad.

Por cierto, no otra cosa cabía esperar de Escudero. En 1983 había participado en los equipos de marketing político que trabajaron para Raúl Alfonsín y a los que comandaba Eliseo Verón. Fueron esos equipos los que aconsejaron al ex presidente apuntalar su campaña electoral con la denuncia de un pacto militar-sindical (es decir, entre la dictadura y el peronismo) a sabiendas de que se trataba de un embuste. Creían, como dice Escudero, que "un relato que no es cierto puede volverse en el interjuego político no sólo verdadero sino inclusive verdad objetiva". Verón, un ex neoizquierdista que introdujo el estructuralismo en la Argentina, tenía una larga trayectoria en la producción de mentiras mediáticas y publicitarias: durante la guerra de Malvinas asesoraba a Francois Mitterrand, el presidente francés que le indicó a la Task Force la mejor manera de destruir la aviación argentina. Para justificar su colaboración con las potencias colonialistas, estos argentinos anglófilos y francófilos sostienen que la de Malvinas fue "una guerra absurda que, de ganarla, perpetuaría al infinito la cruel soberbia militar". Sabían que, al perderla, un ejército civil de políticos profesionales sucedería a la dictadura militar y se encargaría de restablecer las relaciones con las grandes potencias en nombre de la "democracia". De paso, lloverían becas, asesorías, cátedras y otras dádivas que darían de comer a los intelectuales en premio a su vocación servil.

"La verdad es un efecto del discurso", dice Escudero. El espionaje británico había echado a circular a través de la agencia Reuter la versión de que un submarino atómico navegaba por aguas argentinas. Durante varios días la prensa argentina, cuya imposible "libertad" se debe, entre otras cosas, a su dependencia respecto de las fuentes informativas transnacionales, difundió esa versión. Finalmente se supo que el submarino nunca había abandonado su base y que el rumor no había sido otra cosa que una operación de inteligencia británica. Contra lo que podría esperarse, Escudero no concluye que la "prensa libre" miente conforme se lo imponen los intereses que la controlan. No. Primero exculpa a los medios: "no se discute aquí si los medios han tenido o no voluntad de mentir". Luego, sostiene que "el sistema de los medios produjo efectivamente" el

acontecimiento narrado. Más claro es Umberto Eco en el prólogo del libro: "una vez puesto en el discurso, por el discurso de los medios masivos, (el submarino) estaba allí (en aguas argentinas)".

Todas estas lucubraciones acerca de "la construcción de la verdad mediática" conducen a Escudero a extraviarse en una teoría del conocimiento de corte idealista y subjetivista según la cual la realidad no es más que "discurso" y su "sentido" es producido por el "receptor". La falacia consiste en confundir el hecho narrado con el acto de narrar: de los efectos eventuales del segundo se infiere la verdad del primero. No hacía falta este libro para advertir sobre las consecuencias a que pueden dar lugar las noticias falsas. Orson Wells había alertado sobre ello mucho antes y con sorprendente elocuencia.

Lo que sí hace falta, en cambio, es derribar uno de los mitos más perjudiciales elaborados por los expertos en comunicación social: aquel que hace de la prensa una fuerza autónoma, encarnación última de la libertad de opinión o información y que la independiza de los grandes poderes políticos y económicos que la controlan. Uno de estos expertos, Heriberto Muraro, escribió que "en la actualidad la hipótesis de la manipulación de los medios goza de escasa aceptación entre los especialistas de la comunicación social y la cultura de masas", porque de ella "pueden derivarse posiciones político-culturales inadecuadas para el momento actual" (16). ¡A confesión de parte, relevo de pruebas! Son consideraciones políticas y no teóricas las que conducen a abandonar la "teoría de la manipulación" en beneficio de la "teoría de la recepción" de Verón, Escudero y cía. Una vez más, el saber desnuda sus ataduras con el poder precisamente al empeñarse en disimularlas.

La voluntad de reducir la Guerra de Malvinas a un episodio mediático conduce a Escudero a sostener que una una vez derrotadas las fuerzas argentinas "el régimen cae demolido en veinticuatro horas a manos de sus propios lectores". Se trata de una afirmación mucho más grave de lo que su implícita ridiculez permite suponer. Todo el edificio conceptual de la aventajada discípula de Eco ("contrato mediático", "lector prisionero", "producción de la verdad", "mundos posibles mediáticos", etc.) no persigue otro propósito que ocultar la naturaleza de las fuerzas sociales y nacionales enfrentadas durante la Guerra de Malvinas. Baste señalar que ni en una sola oportunidad se emplea la palabra "imperialismo" a lo largo de las casi doscientas cincuenta páginas dedicadas a analizar el enfrentamiento entre una potencia capitalista y un país del Tercer Mundo. En ese sentido, Escudero y Verón actualizan la posición de los viejos "maestros de la juventud" retratados por Jauretche. Recordemos que al producirse el estallido de la guerra europea de 1939, Alfredo Palacios renunció al cargo de presidente de la Comisión Nacional pro Recuperación de las Malvinas arguyendo que "no era de caballeros" seguir la lucha por la reivindicación de la soberanía territorial debido a que Inglaterra encarnaba la "democracia universal" en su guerra contra Alemania (17). Los nuevos "maestros de la juventud" vuelven a olvidar el interés nacional en beneficio de las modas intelectuales procedentes de la Europa "democrática". Pero dejemos a los "maestros" de ayer y volvamos a los de hoy.

Al presidente Galtieri no lo derrocaron "sus lectores", sino un golpe de Palacio pergeñado por los altos mandos liberales de las fuerzas armadas, la diplomacia norteamericana y las fuerzas partidocráticas vernáculas. Todavía está pendiente la explicación verdadera y objetiva de este episodio cuidadosamente silenciado. También, por supuesto, contribuyó al derrumbe el cretinismo político del propio Galtieri, que lo llevó a confundir su condición de súbdito de los Estados Unidos con la de aliado, a designar a un agente británico como Roberto Alemann en el Palacio de Hacienda y a creer que se podía librar una guerra anticolonial sin apoyarse en la movilización popular y en la conformación de una ideología nacional antiimperialista que aunara al gobierno, a los trabajadores y a sus fuerzas armadas en torno a un objetivo patriótico. Es decir, sin reconstruir el Frente Nacional contra el que la dictadura cívico-militar se había alzado en 1976. Porque la Guerra de Malvinas puso estas cuestiones a la orden del día, fue que cundió el pánico en el establishment y sus personeros más representativos se abocaron a la tarea de ponerle fin. La misma Escudero recuerda las declaraciones de Arturo Frondizi y Raúl Alfonsín al respecto, a las que podrían agregarse las de Alsogaray y los trasnochados medievalistas de "Tradición, familia y propiedad". También podrían citarse trabajos académicos en los que profesores argentinos defienden los derechos británicos en Malvinas (18).

La derrota de Malvinas determinó que Argentina bajara la cerviz ante el orden mundial hegemonizado por las grandes potencias y acallara la voluntad emancipatoria que irrumpió inesperadamente el 2 de abril de 1982. Se entronizó a partir de ella una seudodemocracia desmalvinizadora monitoreada por el Banco Mundial de cuyos efectos vamos ahora tomando conciencia.

El libro de Escudero es, también, una consecuencia de la derrota. Expresa el vaciamiento de la conciencia nacional y la ofensiva ideológica de quienes, luego de vencer en el terreno militar, trabajaron para rematar su victoria despojando a los derrotados hasta de su propia memoria. Y si la Guerra de Malvinas caló demasiado profundo en la conciencia nacional como para borrarla del escenario, habrá que asimilarla a un "nacionalismo" retrógrado que genere fácil repudio. Este "nacionalismo", objeto de la crítica jauretcheana, aún se perpetúa. Echemos un vistazo sobre él.

Nacionalismo y pensamiento nacional-popular

Resultará toda una proeza encontrar en las páginas políticas de los grandes diarios o en los programas radiales y televisivos alguna referencia al pensamiento nacional-popular y a las agrupaciones que intentan expresarlo remando contra la corriente. Como sucedió a FORJA en su momento, la "invisibilidad mediática" es el precio que deben pagar quienes desafían la orientación impuesta por los centros de poder mundial. La incompatibilidad entre esta situación y el ejercicio de una auténtica libertad de prensa es un problema que podrían investigar los expertos como Oscar Landi, Eliseo Verón o la misma

Lucrecia Escudero, si no fuera porque son precisamente esos personajes quienes diseñan la "estrategia discursiva" de los medios.

Sin embargo, sería excesivo concluir que la "invisibilización" de los disidentes no reconoce excepciones. En 1992, por ejemplo, cuando Saúl Ubaldini decidió probar suerte electoral en la provincia de Buenos Aires, un "gran diario argentino" reveló que una ignota agrupación de falangistas argentino-españoles impulsaba su candidatura. La información no era inocente: por un lado omitía toda referencia al nutrido y heterogéneo tejido militante que acompañaba a Ubaldini; por otro lado, al asociar al dirigente cervecero con el término "falangismo", se buscaba instalar en el "inconsciente colectivo" una sospecha sobre sus credenciales democráticas.

No era ésta la primera vez que los operadores mediáticos intentaban manipular la opinión popular. En tiempos de Alfonsín todas las elecciones estaban precedidas por el desbaratamiento de organizaciones "desestabilizadoras", "antidemocráticas", "violentas", etc., siempre más o menos nazis y más o menos ligadas al peronismo.

La burguesía europea ha comenzado a preocuparse por las reiteradas manifestaciones de racismo y xenofobia que tienen como protagonistas a franjas juveniles afectadas por las consecuencias sociales del neoliberalismo. Sin embargo, todavía disponen de un ejército de profesores e intelectuales dispuestos a tranquilizar a la opinión pública con sus teorías legitimatorias del statu quo. Norberto Bobbio, como ya vimos, es uno de ellos: cuando los adolescentes desocupados de París o Berlín apalean a indefensos turcos o argelinos, el nonagenario profesor explica que todavía sobreviven extremismos autoritarios en los márgenes de la izquierda y la derecha, pero que la democracia puede controlar esos excesos con el único remedio que conoce: "más democracia", es decir, más de lo mismo.

Los políticos e intelectuales argentinos, habituados a pensar con cabeza ajena, no dudan un instante en adoptar los esquemas mentales de Bobbio. Pasan por alto que existen diferencias sustantivas entre la realidad de los capitalismos centrales y la de las periferias o semicolonias. En lugar de adecuar los esquemas a la propia realidad o prescindir de ellos si no sirven, fuerzan la realidad para amoldarla a los esquemas. En consecuencia, si el racismo y el neonazismo proliferan en Europa, aquí debe suceder lo mismo.

Esta vocación imitativa de los "formadores de opinión" explica en gran medida la difusión que alcanzó hace algún tiempo el juicio seguido a unos skinheads que golpearon a un joven creyendo que era judío. Pero la vocación imitativa suele resultar funcional a ciertos propósitos políticos. Si se consigue identificar los delirios racistas de un puñado de adolescentes con el conjunto de fuerzas que levantan un programa nacional-popular, se hará un favor al régimen partidocrático liberal que hoy actúa como dique de contención de las energías disruptivas alimentadas por los ajustes, la contracción salarial, la desocupación y otras maravillas de la globalización.

Claro que, si hay algunos que piensan con cabeza ajena, hay otros que no piensan con la cabeza. Son aquellos que a la hora de conceptualizar su repudio visceral (y legítimo) al nuevo orden mundial, recurren a la fuente inspiradora de los nacionalismos europeos de los años treinta. Pretender curar los males del capitalismo con las recetas de Hitler y Mussolini es como encargarle al gato el cuidado de las sardinas, para decirlo con la expresión de Jauretche. Por añadidura, resulta evidente que si el nacionalismo argentino es incapaz de encontrar en su horizonte otros símbolos y programas que los de nacionalismos extranjeros, entonces estará reconociendo que carece de bases propias de sustentación.

Muchos militantes nacionalistas gustan inspirarse en el ejemplo del falangismo español. En 1933 José Antonio Primo de Rivera creó la Falange Española. Eran tiempos de gran convulsión social en España y en toda Europa. El sistema capitalista se debatía entre la vida y la muerte ante la ofensiva de un proletariado encolumnado en organizaciones marxistas y revolucionarias. José Antonio intentó terciar entre una burguesía conservadora que "sólo prometía derechos a los obreros pero no se cuidaba de proporcionarles una vida justa" y los partidos de izquierda que siendo "una reacción legítima contra la esclavitud liberal", desatendían la identidad nacional (19).

El destino final de la Falange constituye toda una enseñanza para los nacionalistas. Atrapados en el fuego de la guerra civil, los falangistas combatieron junto a las fuerzas franquistas. Pero la victoria del "generalísimo", lejos de abrir el curso a la "revolución nacional-sindicalista", restauró el viejo orden que José Antonio había repudiado. En 1937, Franco reorganizó la Falange purgándola de sus elementos más honestos y revolucionarios. En los años subsiguientes la cárcel reunió a los mejores falangistas con sus ex adversarios socialistas y comunistas. La burguesía, que había financiado generosamente a la Falange con la esperanza de salvaguardar sus negocios mediante la sangre de los militantes idealistas, no vacilaba en desprenderse de ella cuando dejó de serle necesaria.

En realidad, no era la primera vez que los militantes nacionalistas terminaban siendo burlados por la burguesía. En Alemania, Krupp y la gran industria habían financiado al partido nacional-socialista. En 1934 le exigieron a Hitler que se desprendiera de aquellos de sus seguidores que insistían demasiado en la revolución social. Gregor Strasser, Rhom y otros "bolcheviques nacionales" del NSDAP fueron brutalmente asesinados por la Gestapo. Desde Roma, Mussolini aprobó la medida y felicitó a Hitler.

Los nacionalismos europeos de los años treinta encerraban una contradicción que no podía mantenerse indefinidamente. Mientras que sus más altos dirigentes establecían vínculos indestructibles con las clases privilegiadas de la sociedad capitalista, su activo militante procedía de una pequeña burguesía arruinada por la crisis económica y social. La irrupción de un proletariado que enarbolando banderas rojas prometía acabar con la propiedad privada y subvertir el orden social, generó la reacción de los grandes industriales y terratenientes tanto como la de los pequeños comerciantes, miembros subalternos de las fuerzas armadas o empleados calificados. Unos y otros sabían lo que no querían (el socialismo), pero sólo los primeros

sabían lo que querían: defender los privilegios que les proporcionaba el viejo orden. Los otros, en cambio, esbozaban confusamente un programa de revolución social y nacional. Pero semejante programa se tornaba irrealizable desde el momento que para llevarlo adelante no buscaban la alianza con la clase obrera, que se hallaba del otro lado de la barricada, sino de los grandes capitalistas, que no podían más que traicionarlo.

Con todo, la naturaleza social de los nacionalismos europeos no era el único factor que impide reivindicarlos como tentativas de cambio social. En su discurso se descubren, también, elementos abiertamente opuestos a las más sanas aspiraciones populares. Hitler confesaba: "Como nacionalista (...) no puedo admitir la conveniencia de encadenar el destino de la propia nación al de las llamadas 'nacionalidades oprimidas', porque conozco lo poco que éstas valen desde el punto de vista racial". Y agregaba: "Exigimos espacio, territorio, y colonias para la alimentación de nuestro pueblo" (20). Mussolini, por su parte, declaraba con grandilocuencia: "El Estado Fascista es una voluntad de potencia y de imperio" (21). Hasta un nacionalista como José Antonio, tan distante en otros aspectos de los fascistas italianos o los nazis alemanes, aspiraba a que España incrementara sus posesiones territoriales y llegó a hablar, inclusive, de la absorción de Portugal (22).

Si la expansión imperialista se encontraba en el centro mismo del programa de los nacionalismos europeos, el nacionalismo de los pueblos coloniales o semicoloniales de Africa, Asia y América Latina sólo puede ser viable a condición de condenar el imperialismo. En tal sentido, éste último constituye la antítesis del primero.

A los adolescentes de tez morena y apellido italiano que rapan su cabellera y saludan con el brazo en alto, habría que explicarles que no es persiguiendo bolivianos, judíos u homosexuales como se construirá la gran alternativa nacional y popular al liberalismo antinacional. Por el contrario, si el nacionalismo no desea ser usado por la burguesía para apagar el fuego que su codicia enciende en el poverrío, si desea ser una opción popular al modelo claudicante de conservadores y progresistas, entonces debe aprender a distinguir al enemigo aparente del enemigo real.

Debe aprender que una cosa es el nacionalismo antiimperialista de los pueblos oprimidos que defienden su identidad y luchan por la emancipación social y otra muy diferente la patología racista y xenofóbica, propia de los decadentes capitalismos metropolitanos. Mostrar la última para aislar al primero es la trampa de la colonización pedagógica. Una vez construido el cuco "nacionalista" y analogado al pensamiento nacional-popular en un cóctel denominado "populismo" o "fundamentalismo", sólo queda la "opción única" (Sartori) de un liberalismo más o menos progresista, con el que se puede jugar poniéndolo "en el centro de la izquierda", en "la derecha del centro" o donde a los cartógrafos se les ocurra.

El antiperonismo se viste de post-peronismo

¿Bobbio o Jauretche? Que el pensamiento colonial opte por el primero resulta esperable. Que quienes abrevaron en el pensamiento nacional–popular también lo hagan es revelador de que "hay que empezar de nuevo" en la pelea contra la colonización pedagógica, haciendo de quienes han cruzado de vereda el primer objeto de la crítica.

Convencido de que para llegar al gobierno hay que seducir al capital y no combatirlo, como creyera en sus años mozos, Carlos Chacho Alvarez encomendó a sus asesores económicos que repitieran una y mil veces que un eventual gobierno de centroizquierda respetaría las privatizaciones y cumpliría con las obligaciones de la deuda externa. "Gobernaremos no contra los grupos económicos sino con ellos", agregó Graciela Fernández Mejjide.

Ningún militante centroizquierdista nostálgico del peronismo histórico o de la izquierda combativa tiene derecho a reprochar a Alvarez su progresiva alineación con el poder que presuntamente iba a combatir. Y no sólo porque ya en 1988 Chacho anunciaba que "en política nunca se hace estrictamente lo que se dice", sino porque desde mucho antes de ese año exponía en la revista "Unidos" su pensamiento más de centro que de izquierda, más liberal que peronista (23).

En julio de 1983 Alvarez escribió un artículo sobre el tercer gobierno peronista en el que atribuye al caudillo desaparecido su propio deslizamiento hacia posiciones liberales apenas barnizadas de socialdemocratismo.

Según Alvarez, "la revalorización de la democracia representativa es un nuevo elemento en el discurso político de Perón". A partir de esta premisa, toda la referencia al gobierno justicialista pasará por alto aquellas medidas sustantivas que dieron su razón de ser al movimiento nacido en 1945 (nacionalismo económico, tercera posición o tercermundismo, legislación social, etc.) para centrarse en aspectos referido al régimen político–jurídico. Es decir, se anteponen las formas a los contenidos. Al sostener que "en la nueva estructura doctrinaria encontraban cabida contenidos pluralistas antes ausentes u oscuros", Alvarez hace suyas las acusaciones de "autoritarismo" y "totalitarismo" lanzadas por los apóstoles del liberalismo democratista. Américo Ghioldi, uno de los próceres del antiperonismo, escribía en 1955 que "el país ha luchado contra sociedad totalitaria y contra la tiranía con algunos emblemas ideológicos. Uno de los más importantes fue la Constitución de 1853" (24). Cuarenta años más tarde Alvarez no sólo legitima el gorilismo ghioldista, sino que pretende que lo mismo habría hecho Perón en 1983. Curioso: semejante tesis es la que sostienen los ideólogos menemistas, orgullosos de "no haberse quedado en el 45".

En suma, ya en 1983 Alvarez convocaba a los cuarentones y cincuentones sobrevivientes de la experiencia "camporista" a reponerse de la "desviación ideológica de la JP" y reconocer "un modelo político que define a los actores legítimos del sistema, los factores de poder y los partidos políticos"; un modelo que suponga "la aceptación de los adversarios en un marco de referencias compartido", para construir la "democracia social" como "antídoto contra la violencia". Resulta claro que, se comparta o no, toda la conceptualización de Alvarez se emparenta con el ideario liberal antes que con el del nacionalismo popular. Es por eso que hasta Mariano Grondona se anota hoy entre los enamorados del Frepaso.

Durante los años del alfonsinismo y hasta la victoria de Menem en las internas justicialistas de 1988, Alvarez capitaneó un "banco de cerebros" integrado por sobrevivientes de la "generación setentista" a quienes el tiempo y la vida habían despojado de sus "utopías" o ilusiones. Fue así como "Unidos" se convirtió en una usina ideológica de la "renovación" peronista de Cafiero y Manzano. Alvarez diseñó entonces una astuta operación dirigida a capitalizar en su beneficio el atractivo moral emanado de las ideas revolucionarias contra las que dirigía su prédica, mientras el gobierno de la provincia de Buenos Aires financiaba su revista. (Hecho sintomático: el abanderado de las "nuevas formas de hacer política" siempre contó con el sostén financiero de algún sector de poder).

Repitiendo las trivialidades echadas a correr por los intelectuales posmodernos de la vieja Europa, Alvarez escribía en octubre de 1986: "el poder no tiene lugar fijo ni propietario único, ni se encuentra en el Estado ni es patrimonio de una abstracción 'oligárquica'. El poder se diluye generando un circuito tan extenso como inhallable. En consecuencia, si "el poder es inhallable", resulta lógico que el líder del Frepaso declare fenecidos "los pensamientos expropiatorios como el marxismo o la idea de revolución socialista" y que no procure destruir "la abstracción oligárquica" sino tan solo "fortalecer la democracia" para "compensar a los grupos concentrados de poder".

Como se observa, existían razones ideológicas de fondo para que Alvarez se propusiera "no jugar al fracaso del gobierno alfonsinista" y aconsejara que "el peronismo no debe pensarse como alternativa de poder frente al radicalismo sino como opción de gobierno en el sistema de competencia de partidos". Al mismo tiempo, se entiende que ya en 1994, cuando "jugaba" a oponerse al menemismo que lo había ungido diputado, deslumbrara a Mariano Grondona: "Mariano, no se trata de luchar por el poder sino de competir por el gobierno; buscamos una alternativa de gobierno, no de poder". Exactamente al revés de lo que enseñaba Jauretche: "hay que actuar en dirigente revolucionario y no en dirigente electoral, porque se trata de la disputa del poder" (25). Se entiende, entonces, que el abogado aristotélico, que desde los años sesenta trabajaba en la domesticación del peronismo y que escribiera que "Scalabrini y Jauretche intoxicaron el alma de los argentinos" (26) mirara con ojos soñadores a su interlocutor.

Pero todavía hacía falta una vuelta de tuerca más para contrabandear las posiciones socialdemócratas bajo el disfraz de un reflexivo postperonismo. Había que privar al peronismo de su carácter disruptivo en la historia argentina ocultando que supo expresar las aspiraciones más profundas de los trabajadores y las capas más sumergidas. Alvarez se propuso entonces "actualizar al peronismo como doctrina crítica de la sociedad, doctrina que no expresa los intereses de un sujeto ya constituido sino que invoca a su formación". Una manera elegante de pedirle al peronismo que renuncie a encarnar los intereses de los "cabecitas negras", que deje de ser el "hecho maldito del país burgués", como expresó Cooke, para diluirse en un proyecto de "democracia integrada" que colme de satisfacción a los intelectuales de la pequeña burguesía sin hacer cosquillas a quienes detentan el poder económico.

Hasta 1988 Alvarez había depositado sus expectativas en la "renovación" del Partido Justicialista: "la candidatura de Cafiero –decía– significaba la posibilidad de establecer, con reglas de juego claras, el debate en esta etapa crítica del país". Pero con sus preferencias por las tradiciones nacional–populares enarboladas entonces por Menem, el pobrerió peronista acabó con las aspiraciones de la "cafieradora" y dejó a los ideólogos de "Unidos" girando en el vacío. Alvarez se apresuró entonces a reacomodarse con el menemismo no sin antes advertir: "ahora las dudas están menos puestas en el avance neoliberal sobre el Movimiento que sobre la capacidad del nuevo liderazgo para ordenar y conducir los conflictos". No pasó mucho tiempo hasta que la realidad desmintió los temores de Alvarez. Pero para entonces ya era dueño de una banca en el Congreso y podía prescindir de la revista "Unidos", a la que dejó morir sin pena ni gloria. Conformó entonces el "grupo de los ocho" para continuar batallando a favor de esa suerte de postperonismo antiperonista de matriz socialdemócrata en el que se empeña en incluir al propio Perón. Por este camino, y contra lo que podría esperarse, no le reprochó a Menem haber abandonado el peronismo histórico del 45, sino conservarlo: "Menem quiere volver a una época en la cual en los países periféricos primaba una concepción donde el liderazgo encarnaba la totalidad de la Nación. Esta doctrina es la que el propio Perón revisó durante su exilio rescatando el pluralismo en el camino hacia una democracia social".

Las reiteradas invocaciones de Alvarez a la "democracia social" lo condujeron a establecer una sólida alianza con una de las expresiones más rabiosamente antiperonistas de la política argentina: el viejo socialismo amarillo que sobrevive en la Unidad Socialista.

Producido el golpe militar de 1955, Ghioldi declaraba: "Hay que suprimir de cuajo la sociedad totalitaria (peronista)". Y agregaba: "Yo no quiero ser ganado por el evangelismo, modo de decir que expresa sentimentalidad y nada más" (27). Un año después, cuando Aramburu y Rojas fusilaban obreros peronistas en José León Suárez, el impiadoso profesor profería el grito de guerra que lo haría célebre: "¡se acabó la leche de la clemencia!". Así avalaba los crímenes de la dictadura, que había premiado a estos curiosos socialistas con un lugar en la Junta Consultiva creada para legitimar jurídicamente el golpe militar. Del mismo modo que en 1976 otra dictadura, la de Videla–Viola, los recompensó por el apoyo brindado nombrando a Ghioldi embajador en Lisboa.

Chacho Alvarez aclaró repetidamente el sentido de su alianza con los socialistas: "nosotros como la convergencia democrática chilena, tenemos que ser los que piloteemos la transición económica hacia un modelo económico más justo".

El socialismo chileno, que gobernó con Allende entre 1970 y 1973, recorrió su camino de Damasco que lo condujo a aceptar la herencia pinochetista de la "economía de mercado". Andrés Allamand, una especie de Alsogaray trasandino, no se cansa de repetir desde entonces: "no habría ningún problema ni suscitaría ninguna amenaza que en Chile gobernara el PS" (28). En términos semejantes se expresa Mariano Grondona, inesperadamente convertido en abanderado de las causas progresistas. Tras explayarse sobre sus simpatías por el centroizquierda, advierte: "No me refiero, claro está, al tipo de socialismo que

podríamos ejemplificar con Salvador Allende (...), él venía a expropiar todo, en tanto los socialistas europeos siempre dejaron la vaca en manos privadas" (29).

¿Alguien puede dudar de que el postperonismo antiperonista de Alvarez y el postsocialismo antisocialista de sus aliados juanbejuistas también "dejarán la vaca en manos privadas"? Los representantes del centroizquierda creen que sin cuestionar el poder de las clases dominantes y prometiendo respetar las reglas de juego de la democracia liberal pueden, si no llegar al poder (que es "inhallable"), al menos llegar al gobierno. Es la tesis que difunden charlatanes como el mexicano Jorge Castañeda.

Expresión de una Argentina cosmopolita que se mira en el espejo de las metrópolis imperialistas y da la espalda a las masas oprimidas de tez morena, el centroizquierda se revela como una ilusión destinada a esfumarse ni bien se siente realizada. Que el "partido transversal" de los ex revolucionarios haya servido para instalar en el gobierno al conservador Fernando de la Rúa, es algo más que una paradójica contingencia de la política. Está en la lógica de la "alternancia", que, por definición, no es sino más de lo mismo. Sólo cuando en el horizonte vuelva a asomar una alternativa nacional–popular, para así desatar de la noria a los millones de argentinos que giran encadenados a ella, será posible elegir más allá de las falsas opciones entre un progresismo y un conservadurismo igualmente liberales e igualmente antinacionales. Pensar desde Jauretche es la mejor contribución al alumbramiento de tal alternativa.

Notas

(144)Abraham Lowenthal, en "Página/12", 7/2/93.

(145)Ludovico Paramio, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI, Bs. As., 1990 (las citas que siguen pertenecen a este libro).

(146)Jorge Castañeda, *La utopía desarmada*, Ariel, Bs. As. 1993.

(147)Arturo Jauretche, *Prosa de hacha y tiza*, Ed. Coyoacán, Bs. As. 1961, pág. 50.

(148)Roy Hora y Javier Trímboli, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Ed. El cielo por asalto, Bs. As. 1994 (las citas que siguen pertenecen a este libro).

(149)Arturo Jauretche, *Mano a mano entre nosotros*, Peña Lillo ed. Bs. As. 1986, pág. 34.

(150)Umberto Eco, *Cómo se hace una tesis*, Ed. Gedisa, Bs. As, 1986, pág. 25.

(151)Jean Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*. Siglo XX ed., Bs. As., 1984.

(152)Juan Carlos Portantiero, "Algunas variantes de la neoizquierda argentina", en E. Giudici y otros, *Qué es la izquierda*, Ed. Documentos, Bs. As. 1961.

(153)M. Murmis y J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI Bs. As. 1974.

(154)Arturo Jauretche, *Filo, contrafilo y punta*, Peña Lillo ed., Bs. As. 1986.

(155)Juan C. Portantiero y Emilio de Ipola, en revista "Punto de Vista" N° 21, 1984.

(156)Mariano Grondona, *El posliberalismo*, Ed. Planeta, Bs. As., 1992.

- (157)J.C. Portantiero, "Tiempo de decisiones", en "La ciudad futura", N° 40,1994.
- (158)Lucrecia Escudero, *Malvinas: el gran relato*, Gedisa Barcelona, 1996 (las citas pertenecen a este libro).
- (159)Heriberto Muraro, *Invasión cultural, economía y comunicación*, Ed. Legasa, Bs. As. 1987.
- (160)Cit en René Orsi, *Jauretche y Scalabrini Ortiz*, Peña Lillo ed. Bs. As. 1985, págs. 41 y 66.
- (161)Ver Carlos Escudé, *La Argentina vs. las grandes potencias*, Ed. de Belgrano, Bs. As, 1986.
- (162)Cit. en Stanley G. Payne, *Falange. Historia del fascismo español*, Sarpe, Madrid, 1985.
- (163)Adolfo Hitler, *Mi lucha*, Bs. As. Ediciones Modernas s/f.
- (164)Benito Mussolini, *El espíritu de la revolución fascista*, Ed. Temas contemporáneos, Bs. As. 1984.
- (165)Stanley Payne, ob. cit.
- (166)Las citas pertenecen a la revista "Unidos" de los años 1988/90.
- (167)Américo Ghioldi, *De la tiranía a la democracia social*, Ed. Gure, Bs. As. 1956.
- (168)Cit. en Norberto Galasso, *Las polémicas de Jauretche*, 4° parte, Los nacionales, Bs. As. 1986, p.7.
- (169)Revista "Todo es Historia", N°
- (170)Américo Ghioldi, en ob. cit.
- (171) Ver revista "Convergencia", (publicación del PS chileno) Santiago de Chile, 1991.
- (172)Mariano Grondona, en ob. cit.

Indice

Introducción

"Empezar de nuevo" pág. 1

Primera parte: La época de Jauretche

Capítulo 1: El debate ideológico en los años sesenta pág. 6

Segunda parte: La metapolítica jauretcheana

Capítulo 2: La epistemología jauretcheana pág. 29

Capítulo 3: La metodología jauretcheana pág. 53

Tercera parte: La política jauretcheana

Capítulo 4: Jauretche frente a la izquierda y al nacionalismo pág. 65

Capítulo 5: Entre Yrigoyen y Perón pág. 80

Cuarta parte: Pensando con Jauretche

Capítulo 6: Los cartógrafos de la colonización pedagógica pág. 97

Capítulo 7: Los caminantes de la colonización pedagógica pág. 115